TESTIGO

EL OJO FUGITIVO

Raúl Gustavo Aguirre, Bernardo Kordon, Marta Lynch, Pedro Orgambide, Alfredo Veiravé, Roberto Paine, José Rabinovich, Angel Leiva, Willy Buillon, Fina Warschaver, Sigfrido Radaelli, Juan Carlos Liberti, David Maldavsky.

VIÑAS DE IRA

Iverna Codina, Miguel Grinberg, Enrique Silberstein, Raúl Aragón, Gregorio Selser, Andrew Graham-Yooll, Miguel Brascó, Lea Lublin.

EL TRIGO JOVEN

Inés Hosking, Claudia Prieto, Fernando Sorrentino.

LIBROS Y ESPECTACULOS

Alberto Giudici, Enrique Molina, Fina Warschaver, Raúl Gustavo Aguirre, Milton Rodríguez, Rodolfo Rabanal, Miguel Grinberg.

BUENOS AIRES

8

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EDITORIAL SUDAMERICANA
Obras de reciente aparición

Vicente Fatone
OBRAS COMPLETAS - I
Ensayos sobre hinduismo y budismo
El primer volumen de las Obras Completas del eminente maestro argentino. Prólogo de Rodolfo Mondolfo
400 págs. $ 42,—

Anthony Burgess
TREMULA INTENCION
Espionaje, fantasía y humor en uno de los libros más celebrados del extraordinario escritor inglés.
340 págs. (Col. Horizonte) $ 20,—

Humberto I° 545
Buenos Aires

$ 6.—

TESTIGO

8

TESTIGO

EL OJO FUGITIVO

Raúl Gustavo Aguirre, Bernardo Kordon, Marta Lynch, Pedro Orgambide, Alfredo Veiravé, Roberto Paine, José Rabinovich, Angel Leiva, Willy Buillon, Fina Warschaver, Sigfrido Radaelli, Juan Carlos Liberti, David Maldavsky.

VIÑAS DE IRA

Iverna Codina, Miguel Grinberg, Enrique Silberstèin, Raúl Aragón, Gregorio Selser, Andrew Graham-Yooll, Miguel Brascó, Lea Lublin.

EL TRIGO JOVEN

Inés Hosking, Claudia Prieto, Fernando Sorrentino.

LIBROS Y ESPECTACULOS

Alberto Giudici, Enrique Molina, Fina Warschaver, Raúl Gustavo Aguirre, Milton Rodríguez, Rodolfo Rabanal, Miguel Grinberg.

BUENOS AIRES

8

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

TESTIGO

Director: Sigfrido Radaelli
Secretario de redacción: Enrique Pugliese
Paraguay 647, 5º — Buenos Aires

ARGENTINA

Precio del ejemplar: $ 6.—
Suscripción a 3 números (1 año): $ 20.—

EXTERIOR

Precio del ejemplar: 3 dólares U.S.A. (envío certificado o por avión, según los países).
Suscripción a 3 números (1 año): 10 dólares U.S.A.

Esta revista se vende en las principales librerías y en los quioscos de lugares céntricos

NUMEROS ATRASADOS

Colección de los Nos. 2 a 4 -	$ 48,—
Nº 5 -	$ 12,—
Nº 6 -	$ 10,—
Nº 7 -	$ 8,—

Pedidos:
Administración de Testigo (de 16 a 19).

Solicitamos canje con publicaciones similares.

CORREO ARGENTINO
TARIFA REDUCIDA
Concesión Nº 550

TESTIGO

es una revista literaria sin fines de lucro.
Se costea con el producto de la venta de sus ejemplares. Si Ud. simpatiza con este esfuerzo desinteresado por la cultura argentina compre la revista en las librerías o en los quioscos, o mejor aún: suscríbase.
Y suscriba a sus amigos.
Sólo podemos regalar ejemplares a las publicaciones con las cuales mantenemos canje.

TESTIGO

publica únicamente trabajos inéditos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EDICIONES TESTIGO

EL OTRO RIO
Perla Rotzait

El otro río es el cuarto libro de Perla Rotzait y el primero en prosa.
Fue finalista del concurso de novelas organizado por la Editorial Sudamericana en 1967, con el jurado formado por Gabriel García Márquez, Leopoldo Marechal y Augusto Roa Bastos.
Con este título **Testigo** inaugura una serie de ediciones.
En las principales librerías. — $ 4,90.

EL CAMBIO SOCIAL
H. M. Johnson y otros

En el **Apéndice documental** se transcribe en su totalidad la encuesta de los números 1, 2 y 3 de Testigo sobre **La ansiedad frente al cambio,** con las contribuciones de Enrique Pichon Riviere, Gino Germani, Ernesto Sábato, Arturo Frondizi, Bernardo Canal Feijóo, Beatriz Guido, Silvina Bullrich, María Rosa Oliver, Manuel Peyrou, Armando Bauleo, Miguel Brascó, Daniel Cherniavsky, Lea Lublin, Clara Matzner, Juan Carlos Paz, Leopoldo Presas, Jorge Romero Brest y José Espósito.

Biblioteca del Hombre Contemporáneo
Editorial Paidós
Buenos Aires

GUIA DE RELACIONES PUBLICAS
Millares de informaciones para ejecutivos de empresas e instituciones

CONSULTENOS:
PARAGUAY 776 - 8º C
392-9937 y 6198

PROXIMA APARICION:
Guías Sociedades Anónimas y Empresas (Tomo 2)

Ediciones para bibliófilos

Villa Cartón bajo los astros
Poema de Sigfrido Radaelli
Grabado de Antonio Berni

Tirada única de 17 ejemplares
En venta: Galería Nexo y Librería del Dragón

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

NEXO

Galería de arte y cultura
Exposiciones
Trastienda

Sociedad de
Artistas Plásticos
Viamonte 458
32-5152
Buenos Aires

Librería del Dragón

Poesía
Literatura
Filosofía
Arte

Suipacha 1051
31-8035
Buenos Aires

LA GRAN ALDEA

Una librería diferente

Libros, revistas
y diarios de todas
las épocas

Paraná 937
Buenos Aires

CASTRILLON

Camisero

Florida 890
Local 15
Buenos Aires

Los Derechos del Escritor y del Artista

Por Carlos Mouchet
y Sigfrido Radaelli

Faja de Honor de la SADE
Un vol., $ 6.—

Editorial Sudamericana
Humberto I° 545
Buenos Aires

Transformaciones

Enciclopedia de los
grandes fenómenos de
nuestro tiempo

Centro Editor
de América Latina
Rincón 77
Buenos Aires

RONNEY

Arte en calzado

Venezuela 3648
97-2629
Buenos Aires

LOS LIBROS

Un mes de publicaciones
en América Latina
Director:
Héctor Schmucler

Tucumán 1427, 2°, 207
Buenos Aires

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cemep

Centro de Psicología Médica

La complejidad de la vida moderna ha intensificado los conflictos y desajustes en las relaciones sociales y familiares. Son frecuentes por ello los problemas que al hombre y a la mujer, al adolescente y al niño, se le presentan en los ambientes de estudio, de trabajo y de relación interpersonal.

El Centro está constituido por profesionales especializados en Psiquiatría y Psicología Dinámica, y su fin es asesorar, esclarecer y asistir a los sectores más amplios de población sobre aquellos problemas. Sus integrantes ponen al servicio de este propósito una larga experiencia teórica y práctica, que abarca las diversas técnicas de rehabilitación psicológica.

Medrano 250 — 86 - 7436

Buenos Aires

Anchorena 439 — 87 - 0336

GALERIA VAN RIEL

Exposiciones

Florida 659
Buenos Aires

TESTIGO

Quedan algunas colecciones de los números 1 a 7, que se ofrecen a los suscriptores de la revista.

Paraguay 647, 5º
31-9029 (de 15 a 20, sábados de 10 a 12)
Buenos Aires

TESTIGO

La Dirección de esta revista se considera responsable de todos los materiales que aparecen en sus páginas, con o sin firma.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Si Ud. simpatiza con TESTIGO

suscríbase

y suscriba a sus amigos.

Lugar y fecha .....

Administración de Testigo
Paraguay 647, 5º
Buenos Aires

Envío la cantidad de .....

importe de mi suscripción a 1 año, a contar desde el

Nº .....

Nombre .....

Domicilio .....

Viñeta de Leopoldo Presas

TESTIGO

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual 884.636. Ediciones Testigo, registro Nº 550 (Libros de Edición Argentina). Distribución: en librerías, DER, Corrientes 1582; en quioscos, ASTRO, Angel Justiniano Carranza 1682. Buenos Aires.

BUENOS AIRES — MAYO-AGOSTO DE 1972 — Nº 8

AL LECTOR:

Los hombres de hoy son testigos de uno de los hechos más característicos del tiempo de hoy: la violencia. Entre estos hombres, los más sensibles a la violencia son los escritores y los artistas. La violencia no es de hoy: la hubo en todos los tiempos, y ya en la Biblia *se registran episodios, casi todos muy conocidos, sobre la represión excesiva y sobre el uso innoble de la fuerza. No podemos dejar de lado el tema, máxime cuando nos toca vivirlo tan de cerca. A él van dedicadas muchas páginas de este número.*

Al llegar al número 8 podemos hacer rápido balance de lo que ha pasado por Testigo *hasta ahora. En el primer número, los temas especiales eran Buenos Aires y el tango y la ansiedad frente al cambio. Este último prosiguió durante dos entregas más, y finalmente se recogió como apéndice de una obra editada por Paidós.*

En los números 2 y 3 el tema central fue la generación de 1926: los llamados grupos literarios y artísticos de Florida y Boedo, o "martinfierrista", aunque no todos hubieran participado en el periódico Martín Fierro. *Esta década del 20 —que comenzó con* Fervor de Buenos Aires, *en 1923, o quizá un poco antes, con otras revistas, y concluyó en 1927, con la muerte de Güiraldes y de* Martín Fierro—

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

señala la existencia de una de las pocas "generaciones" argentinas que registra la historia de nuestra cultura.

En el número 4, el título Expresiones del Mundo Nuevo aludía a cuatro grandes figuras americanas de las letras, allí estudiadas.

En el 5 conmemoramos otro gran movimiento cultural, pero esta vez universal: el surrealismo, y otras corrientes rebeldes del pensamiento europeo posterior a la Primera Guerra Mundial, que en seguida recorrieron todo el mundo y siguen vivas hasta hoy. El tema prosiguió en el número siguiente, al mismo tiempo que la sección Revolución y Cambio retomaba el hilo de los planteos hechos en las primeras tres entregas sobre la ansiedad frente al cambio. Pero el tema principal del Nº 6 fue otro: la Iglesia y el cambio.

El Nº 7 estuvo en muy buena parte dedicado a la realidad actual de Chile.

Por ahora, eso es todo. — La Dirección.

AMOR EN LA OFICINA

Por Raúl Gustavo Aguirre

He visto un hombre que por un momento toda su
vida la entregaba al amor.
Ese hombre brillaba y alrededor de él la tarde neu-
tra se contagió de pronto de un raro res-
plandor.
Los escritorios y las sillas, las heladas columnas, los
pulidos teléfonos recobraron de pronto un per-
dido calor,
el reloj se detuvo y el universo sorprendido en ese
tiempo sin medida por el que siempre hemos
sentido un oculto temor
mostró como un milagro: algo en él respondía per-
didamente unánime con este hombre que esta-
ba allí pero a la vez muy lejos de nuestro mun-
do sin error,
con este hombre que brillaba con la belleza de un
prodigio que hemos perdido a fuerza de acumu-
lar tanta mentira, tanta basura y tanto miedo
alrededor,
y que daba su vida, su corazón, su ser, a otro ser
que no importa si en fin de cuentas existía o
merecía tanto honor.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SIN DESTINO

¡Oh, lejos! Aunque las miradas se unan en silenciosa conmoción. Aunque ella sola quede en el universo vacío, como el relámpago que ha de ponerle fin. La tonta sabe tu deseo pero no sabe de cuántas maravillas extirpadas es un pobre gemido ese deseo.

Y así existe, asesina del tiempo, situada sin saber en la belleza inexpugnable.

DIANA EN LA HOGUERA

Mi corazón, de día, es de invencible y solitario hielo.

Me agrada ser esta dureza más altiva que el sol, que tus canciones y tus llantos.

De noche sufro largamente
porque no hay nadie sobre mi cuerpo desolado.

DAME TU MANO

El tigre brama cuando se abre una rosa negra.

El tigre brama del lado del sol. La rosa negra es un monstruo sumamente delicado, ah, cuánto misterio hay en mi corazón.

Dame tu mano, bella que todo lo ignoras. Tú miras y sonríes, los senos erguidos contra el crepúsculo, la rosa negra es sólo un pequeño incidente en la danza formidable del tiempo.

RETRATO

Su limitado corazón prefiere las propiedades a las tormentas.
Sus apacibles ojos se cierran ante la demasiada realidad.
Sus tontos pies creen que existen pavimentos seguros.
Sus inocentes manos creen que sólo sirven para asir.
Cree que su placer vale todo el dolor del mundo.
Y qué hermosa es no obstante,
caballero, qué hermosa
esta criatura equivocada.

OBRA

Toma la zarza con tus manos y devuélvela a la belleza. Si es necesario, para ello, incéndiate.

Toma el sol con tus manos si está saliendo mal y sólo tú lo sabes.

Recuérdale su canto a la calandria que lo perdió.

Tu riqueza y tu gracia son estos riesgos absolutos, estos quehaceres solitarios.

SUCESIVAMENTE

Agua montañesa, sólo puedes caer hacia los desiertos que te esperan a la vez que te rechazan. "Yo te amo" es poco decir para el viento, para la tierra, para el bosque infinito. "Yo te amo" es de pronto el estruendo que une dos fantasías de la materia, demasiado visible la una, demasiado abismal la otra, en la nova flagrante por donde sangra lo desconocido.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL REMOLINO

Por Bernardo Kordon

—El remolino es lo mejor para pescar —le enseñaba el Beto—. Parece peligroso pero es lo más seguro.

El Beto la agarraba del brazo o del vestido para que no resbalara al río.

—Tirá la caña por ese lado.

Hermenegilda esperaba que picara un bagre, ojalá un pacú, y dejaba que el Beto le corriera la mano por el brazo y se metiera en el pecho. Lo que realmente importaba era pescar algo. Si aparecía en casa con un dorado la mama le sonreía y seguía sonriendo cuando llegaba el viejo y todo iba de lo mejor con el humo de pescado asado. Lo malo era llegar al rancho con las manos vacías.

—¿Anduviste con ese atorrante del Beto? —le reprochaba la vieja. Con Beto andaba siempre. A veces se conformaba con manosearla mientras pescaban, o se le echaba encima al borde del terraplén de donde se dominaba el remolino del río. Resultaba cómodo ese terraplén de abundante pasto mullido y escondedor. Pero el Beto nunca le dijo que la llevaba allí para aprovecharla, sino que le enseñó:

—Ahí donde el remolino la pesca es mejor.

Aquí en la ciudad encontró el remolino en las estaciones ferroviarias, en algunas plazas y en muy pocas calles. La multitud era un cuerpo cerrado y aplastado, igual que el río, tan ajena a su carne y a su pensamiento como fue el río de su infancia. Pero de pronto esa multitud compacta y hostil entraba en un remolino, girando en un movimiento que

permitía penetrar en esa masa cerrada y tomar contacto con tanta ajenidad.

El remolino arranca al hombre de su ciega embestida. Vacila un brevísimo instante antes de dejarse tragar por la estación ferroviaria. No hace falta entonces magnificar una sonrisa. Para pescar basta un leve parpadear, un casi imperceptible rictus de la boca. El remolino traía peces y también la muerte al menor descuido. Aquí en la ciudad el peligro se dice hacer bandera, es decir, llamar la atención. El remolino humano trae solitarios hombres peces, secos bagres o grasosos pacús, pero también tiras pechadores y charlatanes de vana degeneración que preguntan y desaparecen. Lo peor es la gente joven, su dañina y trémula curiosidad, la perversa búsqueda de un diálogo al puro cohete. Hay que seleccionar bien y el remolino de Plaza Once permite barajar el torbellino de jetas con pantalones.

Un tipo de portafolios en la mano. Ella le hace un gesto y se detiene mirando una vidriera. El hombre se vuelve y la aborda. Usa sombrero como para ocultar la cara.

—¿Vamos? —propuso ella.

—¿Hay cerca un lugar barato?

—Aquí a la vuelta —y lo encaminó a través del remolino. Al tirar el portafolios sobre una silla hay un ruido de hierros.

—¿No llevás armas o algo así?

—Instrumentos —replicó el hombre. Y dándose importancia—. Soy técnico.

—¿De qué?

—Televisión y todo eso.

—¿Ganás bien, verdad? ¿Me vas a dar entonces un buen regalito?

El hombre le alcanzó un papel de mil pesos. Ella lo dejó sobre el velador y pidió más. El hombre le dio otro billete.

Con el gesto automático del cierre relámpago se quitó el vestido y quedó en calzones y sostén blancos que contrastaban con el cuerpo cobrizo, casi negro. El hombre la contempló detenidamente. Negra con pies grandes y piernas anchas, de niñez descalza y caminadora. Al soltarse el corpiño resbalaron los pesados pechos de enormes pezones morados.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Aquello prometía como un inerme objeto sexual si no fuese que, negro sobre negro, los ojos de la mujer relucían como dos animalitos indóciles y vigilantes. Esa mirada resultaba contradictoria con el cuerpo abundoso y quieto; la mirada era el remolino negro y profundo de un río chato y calmo. El hombre pensó que ella venía de lejos.

—¿De dónde sos?

A la mujer no le gustaba nada esa pregunta. La humillaba que la encontraran cambiada de lugar.

—De aquí cerca: santafecina soy.

Podía decir chaqueña o formoseña para mayor exactitud, pero prefería quedarse por ahí nomás: santafecina le gustaba, algo más cristiano que decir chaqueña, ser provinciana pero no india.

El hombre gimió y rogó que lo besara en el final que se precipitó más de lo deseado. Ella le apartó la boca y después se incorporó. Guardó los dos billetes en la cartera. El hombre la vio hacer con una mirada de huérfano. Se veía triste.

—Así que sos de afuera, ¿verdad?

La mujer no contestó. Empujó los dos billetes al fondo de su cartera. "Esto ahora es mío como mi cuerpo y mi boca y me llevo todo y te dejo más solo que te encontré, con la tristeza del bicho fláccido y dos papeles de mil pesos menos en el bolsillo."

El hombre miró ansiosamente a la mujer, con la intención de detener el tiempo. De pronto se le revelaba la exuberancia y el misterio de esa mujer. Pero el remolino giraba vertiginosamente y se sintió inerme frente a los movimientos mecánicos y exactos de la mujer morena. Le bastó un solo movimiento para encerrar los enormes pechos en el corpiño y otro gesto, oblicuo, de autómata, para encajarse los calzones. Aun sin los pezones morados y el poderoso trapecio del sexo a la vista, el cuerpo presente seguía llenando la habitación con su luz aterciopelada.

—¿Cómo te llamás? —preguntó el hombre en otro vano intento de detener el vértice del remolino que ya lo tragaba.

Mientras se ponía los zapatos ella dijo Nelly o Betty, cualquier nombre de batalla que no significaba gran cosa y totalmente ajeno a las piernas macizas, a esa carne morena que igual que un sol iluminaba esa pieza con mayor intensidad antes de desaparecer. El hombre pensó que esa impresión le venía por la sorprendente blancura de la ropa interior de la mujer. Sin un solo adorno: blancas y sencillas, amplias y henchidas como las velas de una fragata.

Finalmente la mujer se puso el vestido floreado y apretó la cartera bajo su brazo redondo. Apuró al hombre:

—Terminá de vestirte y vamos.

El tipo la miró con resentimiento:

—¿Cabecita, eh?

Cabecita, cabecita negra, salida de la tierra y color tierra como un gusano, el pensamiento torcido de quien viene a arrebatar la tranquilidad y los bienes y hasta la salud del hombre blanco de la ciudad.

—¿Cabecita, eh?

Merodeadora solapada, patas polvorientas de tierra adentro.

El porteño es limpio rosado, rico hospitalario. Su ciudad fue el templo de virtudes consagradas en todo el mundo, hasta que el cabecita trajo la doblez, la rapiña, el resentimiento social, todo aquello oscuro como su piel. Con los dos billetes bien metidos en la cartera, ahí estaba lista para partir con su vestido floreado ajustado al cuerpo moreno, los ojos negros relucientes de animal nocturno. Quizá le había encajado alguna enfermedad. ¿Por qué no? Cabecita, cabecita negra, color tierra en el cuerpo y en el alma. Una cabecita con ganas de escapar como chinchuda y ladrona que seguramente era:

—¿Salimos o no?

Al salir a la calle ella quiso tomarlo del brazo, así como hizo al entrar al hotel, pero esta vez él la rechazó.

—Para disimular —insistió la mujer—. Siempre andan tiras por aquí, ¿sabés?

Eso le faltaba. Que lo interrogara la policía. Que lo metieran en cana. Que todo el mundo lo viera en la calle del brazo de esa cabecita negra.

—Aquí en la esquina nos separamos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Él apuró el paso y ella siguió detrás como si la remolcara, hasta que lo perdió de vista. Todo desaparecía pronto en el remolino. Ese movimiento vertiginoso terminaba por marear.

Vio una mesa recién desocupada en el café de Pueyrredón y Sarmiento y allí se sentó. Era en el reservado para familia, caso contrario no se hubiera atrevido a entrar. Buenos Aires le había enseñado a ser prudente; a no hacer bandera por nada en el mundo. Resultaba impropio que una mujer entrara en el café repleto de hombres. Otra cosa era en el reservado para familias. Por encima de un tabique los hombres podían mirarla y quizás intercambiar algún gesto.

La mujer morena pidió un vaso de leche, bien calentito por favor, con tonada provinciana que hizo sonreír al mozo. Le gustaba cómo servían la leche en el café, con un soporte metálico firuleteado. Bebió con sorbos cortos y esperó. Por el ventanal veía girar el remolino de la calle. Una o dos vueltas más, pensó la mujer. Con los sorbos de leche se filtraba la confianza como un vino tibio. No temió como otras veces llegar tarde a la villa donde vivía. Resolvió dar otra vuelta antes de volverse a casa. Le tocó caminar mucho. El remolino de la estación Once abarcaba la avenida Pueyrredón hasta llegar a Corrientes, y por Rivadavia hasta Congreso. El remolino de pesca daba vueltas en toda la ciudad y en todo el recorrido de su vuelta a casa. Remolino de Plaza Flores, y seguía girando con mayor volumen y velocidad en Liniers. Remolinos de gente y luces en el cuerpo presente de la ciudad estaqueada de este a oeste en la noche pampeana. La mujer comió una porción de pizza y un vaso de moscato en *Las Delicias*. Después tomó otro colectivo que bajaba por la Avenida Perito Moreno. Bajó en el cruce con la autopista del aeropuerto de Ezeiza. Altas torres coronadas con focos iluminaban la zona con una poderosa luz naranja que resultaba más peligrosa que la oscuridad del suburbio. Allá arriba de la autopista silbaban los autos y camiones lanzados a toda velocidad. La mujer apuró el paso para protegerse en las sombras. De lo alto giró un coche con los focos encendidos. Pasó a toda velocidad y retomó el camino en

trébol que bajaba y ascendía a la autopista. Con una chirriante frenada se detuvo al lado de la mujer. Iban dos muchachos de pelo largo.

—¿Qué hacés aquí?

—A casa voy —dijo ella y siguió andando.

—Parate —gritó el que manejaba. Era un tipo gordo, de polera colorada. El otro era flaquito.

—¿Y si no quiero?

—Te conviene hacerme caso —siguió hablando el gordo—. Mirá que podemos atropellarte con el coche.

—Me esperan en casa.

—Y te van a seguir esperando.

Ella se detuvo.

—¿Qué te parece? —preguntó el gordo.

—Bien poco vale la negra —respondió el otro con voz aflautada.

—A mí me gusta.

—¿No vamos a esperar a los otros?

—Esos ya no vienen. No habrán conseguido coche.

—Quedamos en encontrarnos de doce en adelante.

—Pero ya son cerca de las tres. Te digo que no vienen. Queda la picada para otra vez.

La mujer pretendió escapar por un lado, pero el gordo saltó a tierra y la agarró del brazo.

—A no avivarse. A vos te necesito y aquí te quedás. ¿Qué miedo tenés? No te hagás la delicada. Un ratito conmigo y te vas.

Se dirigió a su compañero:

—Mostrale el bufoso a la negra para que aprenda.

El otro asomó una cara pálida y afilada. Los tres inmovilizaron la mirada en el arma que relucía con las luces anaranjadas de las torres de la autopista.

—Ya te dije que te conviene.

Empujó a la mujer por la puerta trasera del coche.

—Está bien —aceptó ella—. Pero hacé pronto.

Se quitó el vestido y con él envolvió la cartera para esconderla. Temía que esos tipos le robaran, justo en la noche que traía más plata que nunca.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—Dejá esa negra de mierda y vamos a la Panamericana —se lamentó el flaquito—. Se me ocurre que nos esperan por allí.

—Aquí nos citamos y de aquí no me muevo.

—Largá esa cabecita —rogó el flaquito—. No es para nosotros.

—Para vos no —rió el gordo—. Ni ésta, ni ninguna otra.

—Ayer no me hablabas así. Te conseguí la guita y hoy el coche.

—¿Por qué no salís a estirar las piernas?

—¿Me echás de mi coche?

—Con vos al lado no puedo hacer. ¡Callate al menos!

El flaco se asomó al asiento trasero:

—Largá la negra o te quemo.

El otro giró la cabeza y le sorprendió encontrarse con esa mirada fija y desesperada, las pupilas abiertas y vidriosas. Le temblaba el revólver en la mano.

—Guardá eso, turrito. ¿Andás pichicateado, verdad?

—No guardo nada. Salgan de ahí o los cago a tiros. Dale el vestido a la negra y que salga rajando.

—La cartera —reclamó la mujer a los gritos—. Quiero mi cartera. ¡Ladrones!

—Bajá —le dijo el flaquito—. Ahora agarrá tu vestido. ¿No te da vergüenza? Ponételo. Y rajá pronto y lejos.

Pero la mujer quedó parada al lado del coche. Extendía la mano y gritaba para que le dieran la cartera y entonces el flaquito disparó dos veces. La mujer giró suavemente sobre sí misma y cayó de rodillas en el asfalto. El coche arrancó y aceleró a todo motor al subir el trébol que llevaba a la autopista: un remolino rugiente (el último) alrededor de la mujer abundosa y morena que se extendió en el asfalto como una mancha de aceite, y los altos focos anaranjados velaron el cuerpo presente hasta el amanecer.

LA LECCIÓN DE QUÍMICA

Por Marta Lynch

Me miraba. En realidad me miró siempre, desde el día en que su padre llegó a la dirección para anotarlo, con un incierto aire de triunfo, o quizá sólo sería incomodidad. Nos cruzamos en la puerta por azar. "Tal palo tal astilla", pensé haciéndome a un lado, sin detener los ojos. Ahora podría explicárselo a Miss Hughes, pero sería difícil, porque ella seguía siendo inglesa a pesar de los largos años de destierro en Tucumán; ella seguía siendo rectísima, imparcial y fría.

La respuesta iba a ser: "Se equivoca, Elsa", y sería todo. Entonces, ya en inglés, Ana diría que los muchachos son iguales unos a otros, capas similares de un tejido espeso, células de cuerpos semejantes; por lo tanto aquél, a pesar de la mirada, recibiría un tratamiento igual. En eso consistiría la salud espiritual de nuestro establecimiento y los resultados estaban a la vista. A los sesenta y tantos años Miss Hughes podía enorgullecerse de estar al frente del único colegio decente de la zona. Ya se lo aclaraba al padre —el palo— cuando cerró la puerta a mis espaldas casi con desgano. Al fin y al cabo un alumno nuevo era una posibilidad, y nuestra vida en el colegio —y fuera de él— no dejaba un margen generoso. Apenas si cosas como aquella separaban los días, uno de otro; apenas si una se sabía parte de la vida por cosas tan livianas como aquella de encontrar los ojos torvos de un nuevo colegial al promediar el horario de la mañana.

Pero Miss Hughes me llamó y todavía no comprendo bien el motivo. Aún palo y astilla estaban en la habitación, y esta

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

vez sí creo que advertí la sorna en uno y el rechazo en otro. Pero quizá era el estómago vacío y el día de neblina que ocultaba los cerros y hacía más chata y descolorida la ciudad. El caso fue que la rectora mezcló mi nombre al de la química como si ambos se conectaran misteriosamente; elogió mis cualidades y puso cara de alerta cuando, volviéndose, explicó:

—El hijo del señor Forte hará una gran carrera.

Entonces yo me pregunté si la inglesa se habría vuelto loca. Me impuse del nombre del chico, de la ausencia de la madre por una separación legal y de la imposibilidad de que siguiera estudiando con los curas "porque son flojos y yo quiero buena preparación y disciplina". Y debí parecerles una pobre cosa con mi pecho exiguo y el pulóver de varias temporadas, sonriendo sin encontrar una respuesta y muerta de curiosidad.

—Este chico se ha criado bien —dijo rotundamente el señor Forte. Dio un largo mordisco al cigarrillo al añadir—: Y el otro, el mayor, se entiende, estudia en Buenos Aires. Se maneja en política económica, esas cosas. El campo aquí pasó a segundo plano. Usted ve.

Miss Hughes absorbía plácidamente una historia conocida de triunfos y de arbitrariedades. A lo largo del rudo destierro sudamericano, ¿cuántas veces oiría la inglesa la misma explicación? Ahora la compartíamos y eso me daba un cierto aire de superación, tal como si de pronto hubiera sido ascendida a un alto rango. El señor Forte y el hijo que acusaba su bizquera eran dosis demasiado fuertes que la directora precisaba compartir. Y bien: ahora Forte se explayaba fustigando la quietud de la provincia. En realidad, todo el tranquilo local resultaba chico. De ahí su industria, de ahí los nuevos galpones y barracas, ya el campo era un predio conquistado e iba hacia lo desconocido con la infinita seguridad que otorga la experiencia. Yo pensé que podría ponerse a rebotar contra el techo y las paredes al mismo ritmo de sus frases terminantes; en la habitación era el redoble de tambor de las grandes paradas militares, y a un compás semejante iban las frases de Forte, las alusiones a su destino de

pionero, la seguridad del triunfo y el autoelogio sin reservas. El imperio a crearse estaba regiamente encaminado y ahora tocaba al establecimiento de Miss Hughes preparar al heredero. Estaba claro. Lo que no estaba claro era el motivo por el cual la directora se veía obligada a compartir conmigo aquella explosión de entusiasmo personal. De repente, Miss Hughes me pareció una anciana, no la recia sajona que imponía una política implacable entre los muchachos. Cierto es que Forte superaba la imaginación. Potente entre el juego de sus músculos y el sonido de su voz paseaba su corpachón envuelto en pelo de camello como si la habitación no pudiera contener su impulso, el humo del cigarrillo y sus divagaciones. El chico que bizqueaba tendría diecisiete años, pero aparentaba menos, unos catorce años desgraciados de gimnasia forzada y trastornos neurovegetativos. Unos quince como máximo. Creo que fue entonces cuando comenzó a mirarme, y él —como yo— también aparecía poco decoroso aunque bien vestido, flamante estaría por decir, con las manos tomadas a la espalda, la cabeza algo baja. De tal manera no podía menos que bizquear si es que quería espiarme, y vaya si quería. Hacía saltar su torva desconfianza del rostro de Miss Hughes al mío, que no es joven ni bonito, sino un rostro simplemente, una cara de mujer de esas que se encuentran a la vuelta de la esquina. Así fue como el cuadro se compuso con el señor Forte perorando acerca del triunfo y los triunfadores, Miss Hughes con aire de estupor detrás del escritorio, y el futuro alumno frente a su profesora, como los parientes pobres, esos que nunca saben si sentarse o dejar el lugar para los otros.

—Si alfredo completa aquí su educación estaré satisfecho —dijo Forte, descontando el futuro—. Hemos tenido tropiezos, no lo niego.

Ahora vendría la verdad y Miss Hughes se estiró levemente sobre la carpeta de cuero repujado para oír mejor:

—Con el problema de la madre, digo mi esposa, claro, algún tiempo perdido y los curas que resultaron flojos, Alfredo no ha podido demostrar que su verdadera inclinación está en la química. Justo lo que precisamos todos en la em-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

presa, una mano firme que maneje lo heredado en su momento y que conozca cada matiz, cada detalle.

—La señorita —dios mío, conmigo es la cosa— es una mujer joven y su cara muy despierta.

Celebró su propia frase con una ronca risa que interrumpió la tos.

—Le encargo entonces que saque de mi hijo lo que los curas no pudieron, por flojos.

—Quizá la vocación...

Pero Miss Hughes, que parecía muy cansada, no fue fiel.

—Estoy segura que la señorita Elsa se hará cargo —dijo como si quisiera levantarse de la silla.

—Estoy seguro —dijo el señor Forte. Y esta vez la frase no necesitó respuesta.

Sentada frente a ellos me sentía peor. Aún no había logrado acostumbrarme a aquel oficio y raras veces acertaba con la posición de las piernas y las manos. Alfredo me miraba desde el segundo banco, junto a la pared, a la derecha. Si Traverso se inclinaba un poco, descubría toda su cara. Y seguramente a él le ocurría lo mismo. Yo entraba en el aula, daba los buenos días con entonación falsete, dejaba los guantes, la cartera y de espaldas a la clase llenaba el pizarrón de fórmulas. Era casi una catarsis semanal y una vez cumplida podía sentirme menos desdichada. Al menos tenía la silla, el escritorio protector y el lápiz bicolor con el que punteaba los nombres de mis treinta alumnos o hacía dibujitos. Con Alfredo la ceremonia era mucho más difícil. Por lo general yo sobrevivía a mi pasión hacia la química por el solo hecho de que más de la mitad de la clase se distraía no bien comenzaba la explicación; yo los sentía retirarse blandamente a zonas más bien desconectadas, y aquella deserción me otorgaba un margen de tranquilidad para continuar la cosa. Distrayéndose, mis alumnos aflojaban la tensión terrible que se había convertido en inevitable compañera. Ellos leían, conversaban entre sí, se cambiaban cartas, todo en medio de mecheros de Bunsen y de salicilatos. Podía sentirme menos mi-

serable si al volverme hacia los muchachos veíalos perdidos en distintas cosas, distracciones inocentes, casi diría saludables, como arrojarse proyectiles o mirar por la ventana.

Luego iba a sentarme detrás del escritorio, a comenzar mi lucha con el pelo en rebeldía, un tic nervioso en la mejilla izquierda, la falda tirante sobre las rodillas, los pies cruzados y descruzados veinte veces. Pero entonces, desde hacía un par de meses, me encontraba con Alfredo. No quiero decir que se portara mal ni siquiera que intentara burlarse. La suya era más bien una pacífica penetración tal como si hubiera aprendido a servirse de sus ojos para hacer presión sobre los otros. El asunto comenzaba al trasponer la puerta. No podía resistir la tentación de mirar cuando dejaba la cartera y los guantes, siempre cerca del tintero con dos vasitos, uno negro y otro azul. Tampoco contestaba a mi saludo. Se ponía de pie junto con los otros, pero su figura resaltaba inconfundible en el vaivén ansioso de los que tosían, cuchicheaban o simplemente emitían un saludo alegre y sin complicaciones.

En la dirección, la primera vez, me había parecido algo bizco. Ahora ya no podía asegurarlo, por momentos distinguía un iris más oscuro, como esos extraños ojos de animales de color distinto y expresión feroz. Tampoco era feroz, debo decir. Él se contentaba con una muda observación que abarcaba, sin mover un músculo, mis mezquinas proyecciones. Debió adivinar el contorno de mi cinturón, la mala calidad de mis zapatos, los días de mi indisposición y el mal aliento de un desayuno a la ligera. De espaldas a la clase yo comenzaba a gemir mis conocimientos. La voz me flaqueaba, y a veces la memoria. Tomé la costumbre de llevar anotaciones en papeles diminutos arrollados dentro de los bolsillos, y aun de anotar mis fórmulas en la palma de las manos. Pero como sudaba todo el tiempo, la tinta se borraba, y con ella mis recursos defensivos. Con gran esfuerzo consentía en volverme y formular preguntas.

Lo hacía con la íntima esperanza de que Alfredo hubiera bajado la tensión y, con ella, la vigilancia de sus ojos. Pero siempre estaba allí, mirándome, sin levantar la mano,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sin cruzar gestos ni palabras con los compañeros, atentísimo a una ciencia que, según su padre, alimentaría el curso entero de su vida. Yo regresaba a casa exhausta.

Tres veces por semana marcaban la tortura, y la tortura se extendió desde el día mismo en que el señor Forte lo llevó al colegio hasta aquel mediodía de setiembre. Por las tardes, despreocupándome de todo lo demás, tomé la costumbre de preparar mis clases con un fervor exagerado. Más bien parecía aprestarme a un examen impiadoso que a las modestas cátedras con las que sobrevivía. Pero no hallaba modo de escapar a aquello por cuanto vivo sola desde que murió mamá, y mis hermanas, ya casadas, prefirieron probar suerte en Tartagal. Hubiera sido insensato que les escribiera acerca de la extraña compañía inmóvil que pasaba revista a mis balbuceos tres veces por semana. "Toma una aspirina", hubiera sido la respuesta de Silvina, la más chica, la más indiferente de las tres; "a veces es la vista lo que afloja", o, "cambia de peinado", escribiría Antonia, la lengua puesta entre los dientes para evitar la mala ortografía. No, no habría caso con mis tres hermanas, y si descontaba a Hebe, catedrática de historia en las Mercedarias, sólo me quedaba Miss Hughes, y con ella las explicaciones se hacían muy difíciles.

—A las argentinas les falla siempre el corazón y el pulso —diría detrás de su cara de tres mil arrugas.

Le faltaba dos meses para jubilarse y ya había comprado el pasaje de regreso a Londres con histórica prudencia. Un día, sin embargo, se lo dije y ella me escuchó.

—Usted sabe quién es Forte, Elsa —dijo empleando un tono muy criollo que me sorprendió.

Quizás Miss Hughes no era tan inglesa al fin y al cabo. Ya casi en la planchada de su barco —porque viajaría en barco, "jamás me privaría del placer de volver a mi tierra sin apuros"— se teñía con todo aquel blando comportamiento cuidadosamente rechazado durante veinte años. A ella la habían enviado para sostener el prestigio del colegio inglés en un país que pendía del mapa, que pendía cabeza abajo, las narices en las nieves de la Antártida. Y ella se había conservado invicta, virginalmente sajona, a punto tal que alguien

leía en su lugar el discurso cada fin de año. Su vida entera dependía del colegio y apenas si por las noches se perdía en lo alto de la escalera bien lustrada, a un costado de la dirección, como concesión única a su severa intimidad. Ahora, sin embargo, me miraba con ojos y gestos iguales a los míos:

—Forte es la mitad de la provincia, Elsa —dijo la inglesa revisando el estado de sus plantas junto a la ventana.

—Pero siento temor por el muchacho —dije y me corregí—: es el muchacho el que me da miedo.

Miss Hughes tendió la mano hacia los anteojos de aro de metal y acomodó la reliquia sobre su nariz afiladísima.

—¿Cuántos años tiene usted? —me preguntó como quien descubre polvo sobre una repisa.

—Veintiséis —le contesté.

Traté de echarlo a broma.

—Usted lo sabe tan bien como yo, Miss Hughes. Usted me contrató.

—A veces habría que casarse —me dijo entonces reflexivamente.

Giró por la habitación, y no había rastros de lengua inglesa en sus palabras cuando se detuvo.

—La soltería resulta un estado especialísimo para el que es preciso ser fuerte, señorita.

Debí explicarle que hay mujeres como yo que nacen y mueren en el mismo estado. Una muchacha sola en provincia es algo más que una petición de matrimonio o algo similar para no ser tan pretenciosa. Yo había visto morir a mis padres, casarse a todos mis hermanos, una viuda del ejército me daba pensión en su casa. Aquella sabia providencia de mamá que me enseñó el inglés me permitía trabajar. Y en eso estaba desde hacía ocho años. Entonces no pude comprender cómo es que se conectan los temores de una profesora de química con los desvelos de una mujer soltera. Tampoco descubrí el punto en el que encajaba Alfredo Forte.

—El señor Forte quiere que su hijo dirija la nueva petroquímica. Según él la fábrica modificará hasta la raíz todo cuanto se hizo aquí hasta ahora. El nuevo pabellón, la cancha, tienen el visto bueno y el respaldo del señor Forte.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El todo consiste en que Alfredo Forte apruebe los dos cursos finales de la materia en que usted se especializa, Elsa. El planteo es tan sencillo como el estudio de mi lengua. ¿Hay algo más preciso que el inglés? También ahora, señorita, yo lo dije muchas veces: buenas maestras las muchachas argentinas, un poco pasionales, sin embargo. Lamentable.

Ahora me miraba de cerca con sus arrugas finísimas y sus ojos azules y muy miopes.

—El 26 de diciembre sale el Duke of Wellington para Londres. Hará escalas en Las Palmas, en Lisboa, luego en Vigo. Hace quince años que no veo el contorno de Europa. Elsa: ¿le gustaría acompañarme?

Lo mismo hubiera sido conversar acerca de la Pirámide de Mayo, menos exótica, demasiado familiar al menos para mí, pero del mismo modo muy lejana. De pronto el mundo todo se volvía inaccesible.

Nuevamente descubrí el cansancio de mi directora. ¿Qué edad tendría aquella figurita? Aquel ejemplo de eficiencia en el destierro, ¿qué afectos, qué tiempos, qué nombres misteriosos dibujaba en la memoria? Nos separábamos casi sin conocernos y habíamos pasado juntas muchos años; sentí lástima y temor. Siempre es triste descubrir el estado de ansiedad en los demás.

—Sesenta y dos —dijo Miss Hughes asombrándome (nuestros pensamientos se encontraban libremente entonces)—, sesenta y dos años, Elsa, y veintidós de América. Ahora quiero volver. Usted se encargará del joven Forte y todo saldrá muy bien. Los programas de química son más sencillos hoy, tal como si la misma ciencia quisiera ponerse en la boca y en las manos de los niños.

—Forte no es un niño —murmuré irritada.

—Como si lo fuera. El padre es un ejemplar muy recio; el chico vivió sin madre, sin delicadezas, usted sabe, hemos tenido casos como ese: mano dura para el que heredará un imperio.

—¡Éste tiene que formar su imperio todavía!

—Lo mismo da. Un programa de química elemental no cambia el curso de la historia, Elsa.

Afuera resonó el timbre de entrada a clase y Miss Hughes me regaló un par de palmaditas.

—Buena muchacha —dijo en inglés—, vaya, eso sí: buena muchacha.

Me había formado cerca de ella y aún tenía mucha fe en su ecuanimidad. Quizá Alfredo Forte no pasaba de ser un muchacho más difícil que los otros, quizá un introvertido, algo mejor: un tímido. También yo era tímida, siempre me sentí mejor entre aquellos para los que la vida no es un lecho de rosas. Quizá si hablaba con el muchacho a la salida del colegio podría serle útil. Al fin y al cabo mi profesión consistía en algo semejante; alguna vez creí que ejercía una misión sagrada, un sagrado ministerio, y ahora era cuestión de poner en práctica cuanto aprendiera. Para Miss Hughes sería una bonita despedida descubrir que su ex alumna, su joven protegida, su modesta catedrática de química vencía sus temores y procuraba un beneficio al establecimiento.

Pero el muchacho apenas se detuvo en la vereda. Me rozó con los ojos, que de cerca bizqueaban claramente, y se excusó, con media docena de palabras, por no detenerse en la conversación. Su padre lo esperaba, o el chofer, no entendí bien. Fue aquella la única vez que le escuché la voz, porque en clase no hablaba ni conmigo ni con sus compañeros; allí se estaba todo el tiempo, sin desprender los ojos de mi persona, a la que prestaba a la vez una atención deferente y ofensiva. Era informal. Entonces eché mano de la clase escrita como último recurso; si conseguía entablar comunicación con él, ambos estaríamos salvados. No sé por qué motivo la respuesta de Alfredo se refería ahora extrañamente no sólo a él sino a mí misma. Los símbolos de la química que yo enseñaba con terror servirían como última emergencia. Si la gente trataba de entenderse por cualquier medio, aquel engendro y yo utilizaríamos para ello las sales y los alcoholes. Ya en ese tiempo descubrí que aceptaría cualquier cosa antes que la pacífica contemplación que era un gesto de protesta. Pero Alfredo Forte me devolvió la hoja en blanco, firmada en un extremo con una letra alta y colegial que me erizó la piel.

Entonces en las dos últimas semanas de clase pretexté

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

una larga amigdalitis para no asistir a clase. El día anterior a los exámenes Miss Hughes me llamó a la dirección.

—La última semana, señorita —dijo alegremente—. En ocho días más usted estará de vacaciones, los muchachos en su casa, y yo varias millas más cerca de Inglaterra.

Mostraba una alegría contagiosa que me enterneció. No encontré propicio aquel momento para insistirle en el problema de mi alumno, y casi grité desprevenida cuando me crucé con el señor Forte, padre, en la salita de los profesores.

—Ha venido a entregar un cheque —cuchicheó un señor Martínez que enseñaba matemáticas—. La vieja Hughes por lo tanto culminará su obra.

Volví mis pasos hacia la dirección y entonces fue cuando el señor Forte trató de recordarme, como quien comparte el buen humor de una espléndida mañana de verano.

—El padre de su alumno es terriblemente generoso, Elsa —dijo Miss Hughes guardando el cheque en un cajón con llave.

Todo el tiempo, mientras duró el examen, tuve que hacer esfuerzos terribles por conservar la calma. Sentía sed, tan pronto miedo como curiosidad e incontenibles deseos de orinar que me ataban a la silla. Al cabo del tiempo permitido aguardé que los muchachos pasaran frente al escritorio a depositar las hojas. Pasaron Alfieri, Traverso, Torres, Gómez, Farías.

Ahora pasaría Forte. No lo hizo último aunque sí penúltimo. No sé si Duhalde, el rezagado, escuchó su frase, pero yo sí la escuché con claridad; imposible dejar de recibir aquel aliento sibilante, aquel helado chirrido, los ojos como ráfagas sobre mi desaliento espiritual y físico.

—Nunca seré químico, señorita —dijo—. Nunca seré químico.

Apenas necesité mirar la hoja para descubrir que estaba en blanco, y aquella noche no dormí. A eso de las dos de la mañana bajé a la antecocina donde mi patrona guardaba el teléfono y marqué el número de la directora. También ella estaba despierta, y me contestó con una voz fresca y firme:

—La hoja en blanco del joven Forte no es desconocimiento de la química, Elsa. Es sólo capricho, algún mal momento, distracción, emoción de un día de examen. Comparto en todo su opinión, señorita, un buen alumno como Forte no debe ser interrumpido en su carrera. Es un tema discutido muchas veces con los salesianos, que no han querido considerarlo, al parecer. Su padre hará todo por él, ahora sí, mucho más que nuestra química. La veré luego, querida: ¿Quiere creer que llevo embaladas la mitad de mis cosas? Sólo quedan las valijas más pequeñas.

Por la mañana, a la entrada de la clase aparecieron las clasificaciones en un gran pizarrón. Un poco más abajo figuraba el horario de historia y geografía de ese mismo día. Miss Hughes, el señor Forte y yo observamos estricta reserva acerca de la hoja en blanco que Alfredo entregara como resultado de su examen, pero de todos modos su clasificación fue muy alta, enteramente satisfactoria para todos. A las cuatro de la tarde, don Polo, el cordobés que hacía las veces de sereno, corrió por el pasillo principal detrás de Alfredo que blandía su revólver. Asimismo pudo descargarlo íntegro sobre nosotras dos. Los médicos dicen que estaré bien en un par de semanas.

Pero Miss Hughes quedó junto al escritorio, con las piernas sobre el borde de la silla, en una pose cómica y terrible, como si los ojos, vueltos hacia la ventana, preguntaran a la vida que se iba, la última razón de aquella cosa.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LOS PRIMEROS JUEGOS

Por Pedro Orgambide

El nene dijo: "mamá puta, mamá puta, mamá puta". También dijo Bramaputra y otras inconveniencias. Era un niño precoz, resolvía ecuaciones de tercer grado y arrancaba las patas de los insectos. El padre, orgulloso, veía cómo su hijo jugaba con los huesecillos de los pájaros y soñaba, para él, un futuro semejante al de Florentino Ameghino. El doctor Holmberg, director del Jardín Zoológico, fue el primero en advertir ciertas irregularidades en el niño. Un día lo sorprendió dialogando con un tucán; otro, acariciando el lomo de una foca como si le enviara pequeños mensajes táctiles. Pero el doctor Holmberg desconfió de sí mismo, y pensó que se trataba de una fantasía de su espíritu. Por aquel tiempo, ya se sabe, el doctor Holmberg escribía los primeros cuentos fantásticos de la Argentina y solía ver, como ahora, extrañas realidades. Se tranquilizó cuando vio al niño arrojando, como otras criaturas, galletitas a los monos. "No debieras dejar que el niño lea esos libros", solía decir la mamá. Pero su marido, liberal y masón, no impedía el acceso de su hijo a la biblioteca y solían platicar juntos acerca del doctor Darwin y otros gringos ilustres. Para contrarrestar esas influencias la madre llevaba a su hijo a la iglesia. Muy devoto, el niño comulgaba, se confesaba, rezaba con unción. Allí, en armonía, el cientificismo de su padre y la religiosidad de mamá se unían en la criatura lo mismo que en el abrazo del primer día de bodas. Así cuando el niño martirizaba los insectos recordaba el martirologio de los santos y, a la vez, cuando veía

las heridas de los mártires imaginaba feroces batallas de tigres y leones y víboras y arañas. Su padre, lector, amigo y apologista de José Ingenieros, veía en su hijo la antítesis de la mediocridad y el resplandor del genio. Mimado, amado hasta el delirio, crecía sano y feliz entre los suyos. "Papá es un idiota", dijo el niño. Entonces la madre recitó los memorables versos de Olegario V. Andrade:

Ven para aquí, me dijo dulcemente mi madre cierto día
ven y dime qué causa tan extraña
arranca de tus ojos esa lágrima, hijo mío.

—Lloro por la idiotez del mundo, mamá, y, por favor, no repitas más esos versos. Son espantosos.

La madre retrocedió. El niño avanzaba hacia ella con un cuchillo. Echó a correr por los pasillos, bajó las escaleras, llamó a su marido.

—Estoy jugando, mamá —la tranquilizó el niño.

—Está jugando —afirmó el padre.

—Está jugando —aceptó la mujer.

Pero desde entonces los padres se arrinconaban en los cuartos, temerosos del chico. Abandonaron el placer conyugal, las reuniones mundanas y se consagraron a servir al niño que habían engendrado. Éste jugaba con ellos, los encerraba en el sótano, y, por las noches, les hacía oír en el piano tangos de prostíbulo. Por momentos la pareja trataba de rebelarse e imaginaban su asesinato. Pero las pistolas de duelo (en otro tiempo el padre solía batirse por cuestiones de honor) estaban en poder del niño. Insomne, éste se paseaba vigilándolos.

—Sos la vergüenza de la especie —murmuró el padre.

—El baldón de la familia —sollozó la mujer.

—Tu conducta no es racional.

—Dios te va a castigar.

Con paciencia, el niño les explicaba que sólo estaba jugando, que no quería privarse de aquellos ejercicios lúdicos que repetían allí, en una casona de Belgrano, los hechos familiares de la historia y la biología y la conducta humana.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Por otra parte, no esperaba ni castigo ni perdón de Dios, sino una comprensión generosa, es decir, ilimitada. Nada más racional ni más religioso al mismo tiempo.

—¡Monstruo! —gritó el padre.

—¡Desalmado! —gimió la madre dulcemente cierto día.

Entretanto, el niño indagaba acerca de las apariencias de las cosas, descubría el alma monstruosa que albergaban los hechos, descifraba el lenguaje de los adultos con los que, pese a todo, no lograba entenderse. Desconsolado, triste, lloraba a gritos como lloran los chicos, y pataleaba, furioso, ante la incomprensión de sus padres.

La madre, entonces, le alcanzaba el dulce de leche, que el nene comía, voraz, mientras una lágrima de agradecimiento rodaba mansamente por sus mejillas.

Años más tarde, cuando fue diputado y senador nacional, cada vez que llevaba flores a la tumba de sus padres a la Recoleta, solía recordar aquellas travesuras infantiles de las que nuestra literatura, tan pródiga en autobiografías, no ha dejado memoria.

SAQUEO

Por Alfredo Veiravé

Te pido perdón porque mientras vos estás ausente
yo me dedico a contrabandear espejos y saquear tus [galeones anclados
en las arenas de las islas
y aun cuando después te prometa repartir el tesoro por [partes iguales
no me lo creas amor porque nosotros los ladrones
somos muy egoístas con los tigres que matamos en la selva
con los cofres que abrimos cuando los ojos se nos salen de [las órbitas
y tampoco nada escuchamos cuando nos hablan de poner [más sal en las comidas.
Así, déjate vivir y no me perdones nunca
aunque me veas reír solo mientras estudio la carta de [navegación o leo
los signos del zodíaco en tus piernas o en tu vientre
aun cuando en mi defensa deba explicarte
que jamás me lo propongo
y que todo este vicio de fumar solo es más bien un castigo [que me inflijo
cuando veo a la distancia tus galeones vacíos
estas riquezas que puedes devaluar con un solo gesto de [tu mano.

(Resistencia.)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CUENTA REGRESIVA

Por Roberto Paine

En la creciente oscuridad
la cuenta se hace audible
como el canto monótono de un pájaro.
Inútil distraerse, mirar hacia otra costa,
alegar privilegios:
parsimoniosamente
estamos regresando
al misterioso centro de la tierra.
Como aquel pasajero
de un tren que invierte el rumbo de su marcha,
con pánico advertimos
que el paisaje se aleja de nosotros,
ya no nos acompaña, nos rehuye,
se fuga al infinito.
De pronto comenzamos a palpar
los años, los peldaños
finales de una escala
suspendida en el aire, en el vacío;
con sobresalto comprobamos
que nuestros pobres muertos sobrepasan
lo tolerable, el justo límite,
y que estamos cercados de invasores,
rostros de otra galaxia, indiferentes
a lo que queda aún
de nuestro cuerpo lacerado.

Es triste caminar por tanta ruina,
dejarse demoler impunemente,
talados hasta el hueso
precisamente, ay, precisamente
cuando nos disponíamos a amar
por vez primera,
a iniciar un amor resplandeciente,
a descubrir una palabra
que lo contenga todo.

Dicen que es un destino
insoslayable, amargo;
y que debemos asumirlo,
rodeados de campanas que doblan por nosotros.
Yo me resisto aún. La cuenta sigue,
regresiva, agrediéndonos por dentro,
pero debemos insistir,
multiplico el penúltimo latido,
lo hago durar como una música,
dejo la huella de mis dientes
en la fruta prohibida, permanezco.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

OJALES

Por José Rabinovich

¡Botones pregona
el vendedor!
¿El vendedor pregona
botones?
Lo que pregono
no es un artículo
de emergencia.
Existen temporadas
que botones no tienen
salida.
Sobre playas, balnearios,
terrazas, cornisas y olas,
no se usan botones.
En cambio mi factura
se utiliza sobre mar y tierra
las cuatro estaciones
del año.
Yo pregono ojales.
Botones sólo son para abrochar
carnes, pasiones, secretos,
sudor ajeno, mujer ajena, inmoralidad,
sombras, dolores, violaciones
y adulterada edad.
Yo me especialicé
en la industria fascinante
de ojales.

Ojales abrochan
fe.
Ojales abrochan fragancias
de suspiros,
ojales abrochan mirada
con mirada.
Ojales abrochan a la criatura
con su Creador.
Ojales abrochan
aleluyas.
No cambio un solo ojal
por todos sus botones.
Botones
aunque de rubíes y salpicados
con aguas benditas
despiden olor a pez
muerto.
A veces despiden olor de
crimen, olor de celda
a pan y agua.
Ojales respiran aroma a
Dios.
Ojales respiran esencia a
Santidad.
Y por la boca del ojal
respira
el alma.

Yo pregono ojales.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

YO QUE ESCUCHÉ TODOS LOS CANTOS

Por Ángel Leiva

No es agua no lo que se quema adentro
y es algo más que un cántaro de sangre
lo que se desborda.
Son cosas que yo he visto
viajando por la tierra.

Ni todos los mármoles tallados,
ni todas las pinturas del Universo se te acercan,
oh viento que recogí sin saber nada
y que mi sombra arrastra
por todas las ciudades.

Aquí se sueltan todos los himnos de los mortales,
y tu destino me señala algún lugar tranquilo
donde irá a quedarse la pobreza
de esta garganta.

Yo que escuché todos los cantos de los sapos,
vacío mi cabeza en la quemazón de tu cuerpo,
me instruyo y desfallezco como un perro
atormentado en el furor de todos los climas
y las razas.
Y sólo tengo la palabra
que siempre irá nombrándote.

Oh memoria de ese país que me acompaña,
jamás podrán los sexos de todas las especies
arrancar de tu vientre,
algo que no se parezca
a un campo lleno de árboles.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

UNA ROSA EN LOS CIEGOS OJOS DE NATHANAEL

Por Willy Bouillon

Decididos, desencadenando
El filo y la grandeza, con el poder natural
De remover la esfera, dimos voz a las semillas,
Corregimos el sordo rumbo de los astros,
Cambiamos la condición sigilosa del deseo.
Hasta nuestros brazos llegaron los caballos
Buscando la clemencia,
O la ternura que no les fue
Concedida en el asalto a las murallas.

Una mariposa se alzó
Ebria de cristales.

Entonces la vimos.
Vimos la rosa en los ciegos ojos de Nathanael.

(Santa Fe.)

A LA MUERTE DE TANIA

Por Fina Warschaver

... mi corza blanca,
los lobos la mataron
dentro del agua.
RAFAEL ALBERTI.

Yo anhelo tu destino,
tu pequeña figura, tu pesado mortero,
tu casa de altiplanos, tu mortaja de río,
eterna siempreviva en el Vado del Yeso.

Yo quisiera saber de tu cara,
tus cabellos, tus ojos, la estela
de tu risa y sólo veo
tu pequeña figura, tu pesado mortero,
tu mortaja de río, tu cuerpo
remontando la corriente.

Como yo de la tierra argentina,
como yo con padres de otras lenguas,
pero yo estoy en mi casa caliente
y en tu cuerpo la fría mortaja del río.

Hay algo que no puedo callarme, una pregunta,
¿acaso se han secado las guitarras de América?
¿acaso al silencio de su cuenca vacía
Tania va sin un canto? Qué esperan, qué consignas,
para decir que sos libre de morir en tu río
como otros en su casa caliente.

Yo anhelo tu destino,
tu pequeña figura, tu pesado mortero,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tu itinerario abierto en las picadas claras,
las aguas llevando tu tormento.

Yo anhelo tu andariego destino,
y no sé de tu cara, y no sé de tus pechos,
y no sé de tus huesos, sólo sé
tu pequeña figura, tu pesado mortero,
tu morada de río en el Vado del Yeso.

Y las aguas que cargaron tu muerte,
tu pequeña figura, tu pesado mortero,
desbordaron el cauce
más allá de las fuentes.

(8 de setiembre de 1967.)

LOS CÓMPLICES

Por Sigfrido Radaelli

Me miras,
me sonríes,
me perdonas.
Te miro,
y en el acto quedas perdonada.
¡Son tan conocidas por nosotros nuestras propias culpas!

En seguida me inquieres. Insistentemente me inquieres.
Yo te respondo. No es la contestación que buscas,
pero sonríes
y perdonas.

Sigo mirándote. Con algo de agobiadora tristeza,
con cierta lástima de mí mismo.
Observo tus manos,
tu pelo.
Largamente apoyo la mirada en tus ojos.
Allí está la verdad.

Nos miramos.
Nos apartamos fugazmente.
De nuevo nos miramos.
Hurgamos cada uno en los ojos del otro, con prolijidad,
como si revolviéramos un recinto hasta el fondo.
Finalmente, cada uno encuentra (y casi al mismo tiempo
[que el otro)

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lo que ya sabe, o lo que aún no sabe,
lo que sospechó, o lo que todavía no sospechaba.

Entonces los ojos se callan.
Vuelven a sonreír
y olvidan.

JUAN CARLOS LIBERTI

La Gran Dama

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA TRANSMUTACIÓN INTELECTUAL DE LAS EXPERIENCIAS VITALES EN LA NARRATIVA DE BORGES

Por David Maldavsky

I. *Alcances de este trabajo*

A los fines de esta exposición defino a la literatura como un acto sémico, es decir como la transmisión de un mensaje desde un emisor a un receptor a través de los semas, o sea del significante con su significado. [1]

Quisiera dejar aclarado que entiendo que el emisor y el receptor del mensaje, es decir el autor y el lector de la obra literaria, me interesan en tanto tales: nada más que como participantes del acto sémico, y no fuera de este contexto. El acto sémico puede ser estudiado en tres niveles: sintáctico, semántico y pragmático. [2]

En el nivel sintáctico se estudian las relaciones que los semas mantienen entre sí; en el nivel semántico se analizan las relaciones entre los significantes y los significados incluidos en dichos semas, y en el nivel pragmático se consideran las relaciones que mantienen el emisor (o el receptor) con los semas que emite (o capta).

Un estudio semiótico de la obra literaria parte, pues, del supuesto de que ésta puede ser enfocada de un modo fructífero como un acto sémico complejo mediante el cual un autor (emisor) procura transmitir un mensaje al lector (receptor).

Para llevar a cabo su propósito, el emisor selecciona y combina un conjunto de semas (nivel sintáctico), con los cuales mantiene una cierta relación (nivel pragmático). Estos semas incluyen, desde el punto de vista del emisor, una relación significante-significado específica (nivel semántico). A su vez, el lector recibe un conjunto de señales que adjudica a determinados semas que le permiten captar un mensaje. Así como el autor tiene un "estilo" para transmitir un mensaje a través de los semas, así también el lector tiene un "estilo" para captar el mensaje transmitido. [3] La selección y combinación de semas (nivel sintáctico), que constituyen el "estilo" de un autor, se articulan con la selección y combinación de semas que hace el lector, en su estilo peculiar de captar la realidad (nivel sintáctico). Sobre esta base, el lector podrá captar una distinta relación significante-significado (nivel semántico) de la que el mismo autor había pretendido encontrar en los semas seleccionados y combinados en su obra literaria. También podrá establecer una relación con tales semas (nivel pragmático), que modificará de una u otra manera su captación de los mismos.

Todo esto da origen a problemas de distintos grados de complejidad. El nivel semántico y el pragmático presentan las mayores dificultades. El primero pone en juego la estructura de valores que posee cada participante del acto sémico, puesto que sólo a partir de dicha estructura valorativa un significante adquiere su nexo con el significado correspondiente. El segundo se relaciona con las finalidades que llevan a escribir o a leer una obra literaria (finalidades determinadas también por la estructura valorativa personal).

No me propongo aquí efectuar un análisis semiótico completo, tomando en cuenta los tres niveles ya mencionados. Me limitaré a estudiar, en cambio, el nivel sintáctico de la narrativa de Borges.

Esta elección no es absoluta, puesto que es imposible prescindir por completo de los otros dos niveles y hacer un análisis puramente sintáctico. Sin embargo, los niveles restantes aparecerán aquí sólo como un complemento del nivel que he seleccionado.

Mi elección del nivel sintáctico se debe fundamentalmente a un hecho: considero que toda investigación semiótica validable debe apoyarse en un análisis en dicho plano.

Así, pues, en este trabajo procuraré limitarme en lo posible al análisis del nivel sintáctico de la narrativa de Borges, es decir a una caracterización de su "estilo" visto desde mi "estilo" de lector investigador.

II. *Un análisis del estilo en la narrativa de Borges*

Pasemos al análisis de la narrativa de Borges desde el punto de vista sintáctico. Sostengo que en la misma existe:

a) Desde el punto de vista de la *selección*, una polaridad de semas

[1] Prieto, L. J., "Lengua y connotación", en *Lenguaje y comunicación social*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1969.

[2] Morris, C., *Signos, lenguaje y conducta*, Buenos Aires, Losada, 1962.

[3] Maldavsky, D., *Las crisis en la narrativa de Roberto Arlt*, Buenos Aires, Escuela, 1968.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y de conjuntos de semas que clasificaría en: 1) aquellos que corresponden al universo del cuerpo, de los afectos, de las experiencias y los compromisos vitales y los objetos perceptuales, y 2) aquellos que corresponden al universo del intelecto, del distanciamiento y la no participación vital.

Desde el punto de vista de la *combinación*, una relación tal entre 1 y 2, que b1), los semas correspondientes al universo del cuerpo y de los afectos *son modificados* por los semas correspondientes al universo del intelecto (caso construcción endocéntrica sustantiva o adjetiva), o bien b2), a la inversa, los semas correspondientes al universo del cuerpo y de los afectos *modifican* a los semas correspondientes al universo del intelecto (caso construcción endocéntrica verbal). Esta segunda posibilidad es la más usual. Una tercera posibilidad b3), se da ya no en el caso del nivel sintáctico clásico sino en un otro nivel sintáctico, que incluye la *oposición* 1-2 en estructuras complejas. Este último punto incluye, pues, una ampliación del concepto de sintaxis.

Veamos ejemplos de las dos primeras posibilidades mencionadas.

b1) Borges utiliza esta secuencia de dos semas: "fango sagrado". En esta construcción el núcleo ("fango") es un claro representante de 1, modificado por "sagrado", claro representante de 2.

b2) Borges escribe: "Me asombró que la noche fuera no menos pesada que el día." El núcleo ("asombró") constituye un claro ejemplo de un sema del universo del intelecto, mientras el objeto directo ("que la noche", etc.) es un conjunto de semas correspondiente al universo restante.[4]

Con respecto a la tercera posibilidad, b3), la he observado en construcciones, proposiciones, oraciones, conjunto de oraciones, objetos, personajes, situaciones y actividades. En todos estos casos se repite un vínculo 1-2.

Si considero que esto constituye una ampliación del concepto de sintaxis, es porque ya no trabajamos sólo con semas, sino con estructuras seriadas de semas, estructuras que podrían constituir, desde el punto de vista que desarrollo aquí, "unidades semáticas" sumamente complejas. En este caso, b3), podemos encontrar la existencia de estructuras semáticas contrapuestas, unas correspondientes al universo 1 y otras al universo 2.

[4] Obsérvese además el modo de introducir el predicativo, como núcleo (universo 1) de una construcción endocéntrica adjetiva que posee un modificador directo ("no menos"), que a su vez pertenece al universo 2.

III. *Articulación de ambos conjuntos semáticos en las referencias a objetos y actividades*

Considero que, desde el punto de vista sintáctico, esta continua alternancia de ambos universos de semas constituye el nivel connotativo básico de la narrativa borgiana. La articulación de los mismos es lo que da a esta narrativa la tensión particular que la caracteriza.

Ahora bien, en la narrativa borgiana, que es la expresión de esta alternancia, hay referencias a algunos objetos o actividades en los que confluyen ambos universos de semas. Se configuran en estos casos nudos semáticos (tanto cuando son realmente semas unitarios que aluden a objetos como cuando son conjuntos de semas que aluden a actividades) que, desde el punto de vista connotativo, transportan lo fundamental del mensaje que Borges desea transmitir a través de la anécdota.

Entre tales nudos semáticos encontramos, pues, referencias a: a) objetos, y b) actividades.

a) Los objetos en los que confluyen ambos universos son aquellos que permiten, simultáneamente, el compromiso del cuerpo, de los afectos, y la toma de distancia intelectual.

Tal es el caso de los libros, las bibliotecas, los manuscritos, los espejos.

b) Las actividades en las que confluyen ambos universos semáticos son, como en el caso anterior, aquellas que permiten simultáneamente un compromiso vital y una falta de participación.

Entre tales actividades encontré las siguientes: la reseña bibliográfica, la narración de narracciones, el soñar los sueños, la investigación de una incógnita.

Las tres primeras actividades presentan numerosos puntos en común: la actitud del que realiza tal labor consiste en trabajar con una realidad que es a su vez representación abstracta de una realidad.

Quizá todo este enfoque permita jerarquizar oraciones tales como la que da comienzo a "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius"[5]: "Debo a la conjunción de un espejo y de una enciclopedia el descubrimiento de Uqbar."

Pasemos ahora a la cuarta actividad que he mencionado: la investigación de una incógnita. La misma posee semejanzas parciales con las tres anteriores, pero considero que condensa el significado de todas ellas. Se ha señalado[6] el valor que tiene la investigación de incógnitas en la obra de Borges.

[5] *Ficciones*, Emecé, Buenos Aires, 1968, 9º edición.

[6] Jitrik, N., "Estructura y significado en *Ficciones* de Jorge Luis Borges", *Revista Casa de las Américas*, 1969, 53.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Yo agregaría que la incógnita aparece planteada: a) en términos concretos para los personajes que la investigan (develar un crimen, descubrir una identidad, determinar la causa de una cicatriz, etcétera); esta investigación constituye parte fundamental de la anécdota, y b) en términos abstractos para un "yo" investigador (autor-lector) no comprometido de un planteo de carácter mucho más general, metafísico.

Así como los libros en la narrativa borgiana contienen una representación de la realidad, así también la realidad concreta remite a abstracciones. Los elementos concretos, inclusive la incógnita concreta, o un libro concreto, constituyen meros indicios de algo que los trasciende.

Con esto apunto a destacar este hecho: a) los nudos semáticos ya descriptos constituyen una representación abstracta, conceptual (aunque poseen también un carácter perceptual), de compromisos vitales; y b) se convierten en meros indicios (seguramente por poseer un cierto carácter perceptual) de una realidad abstracta que los trasciende.

De este modo podríamos categorizar tres niveles en la narrativa de Borges: 1) el de los compromisos vitales, contenido por (o que remite a) 2) el de los textos, anécdotas, investigaciones concretas, etcétera; este segundo nivel implica aun un cierto compromiso vital, a pesar de poseer un mayor nivel de abstracción. Por su carácter transicional queda contenido, a su vez, en 3), el nivel más abstracto e impersonal de problemas universales que trascienden a los hombres como tales, y de los cuales éstos son apenas ínfimos datos.

Veamos un ejemplo. En "El inmortal" existe una serie de contextos inclusives que van desde un plano concreto hasta otros más abstractos y abarcativos y que podría resumir en: 1) la historia del personaje que investiga algo durante su vida, contenida en 2) un "relato manuscrito" que convierte a dicha historia en una representación abstracta de la realidad, y este relato, a su vez, por poseer aun un carácter cercano a los compromisos vitales (carácter objetivable, por ejemplo, en el hecho de que se trata de un manuscrito), se transforma en 3), un dato de problemas de un mayor grado de abstracción: la inmortalidad, la identidad, el tiempo y lo que éste deja.

Todo esto permite comprender mejor otro modo en que confluyen ambos universos semáticos (1 y 2) en la narrativa de Borges, y que consiste en que las referencias denotativas a objetos del mundo del compromiso perceptivo, emocional o corporal, están formuladas connotativamente en términos abstractos. Así, no se alude por lo general a un objeto específico concreto sino a un objeto genérico, al miembro X de una clase abstracta de tales objetos.

Me parece que este punto reviste gran interés: es otra forma, mucho

más sutil, de convertir a un objeto en la idea o representación abstracta del mismo, a una experiencia vital en el concepto de la misma, etcétera.

Veamos un ejemplo de "Los teólogos" [7]: "Arrasado el jardín, profanados los cálices y las aras, entraron a caballo los hunos en la biblioteca monástica y rompieron los libros incomprensibles y los vituperaron y los quemaron, acaso temerosos de que las letras encubrieran blasfemias contra su dios, que era una cimitarra de hierro." Nos encontramos aquí no con *un* jardín, con *unos* cálices, y *unas* aras concretos, sino con la clase abstracta de estos objetos.

IV. *La transmutación intelectual de las experiencias vitales*

Estos semas o conjuntos de semas, en los cuales confluyen ambos universos, configuran en el nivel connotativo un estilo que podría caracterizar como el intento de transmutar las experiencias vitales al mundo del intelecto.

En efecto, si bien la confluencia de ambos tipos de semas existe, tiende a jerarquizarse el mundo del intelecto, de la falta de compromiso vital, a costa del otro. Así, de una realidad aparentemente bipolar (claro está, en la bipolaridad planteada por Borges), se opta por uno de los dos polos, el del intelecto, dentro del cual queda sumido el mundo del compromiso con las experiencias vitales. [8]

En el plano sintáctico clásico esto se expresaría a través de la existencia de una proposición regida por un verbo correspondiente al universo del intelecto, y que posee construcciones nucleadas en torno al mismo, correspondientes al universo restante.

Esta tarea de transmutación es penosa; consiste en un proceso de despojamiento de ciertas características del compromiso con la realidad y una difícil elaboración, la que se observa inclusive en la construcción de la frase y la anécdota de Borges. Esta tarea también tiene su expresión en un sema: el laberinto.

Tal tarea de despojamiento se observa en la evolución sintáctica de

[7] *El Aleph*, Emecé, Buenos Aires, 1968, 8ª edición.

[8] Desde luego, esta hipótesis no encierra un ataque a la narrativa borgiana. A partir de 1933, en que la dirección de la revista *Megáfono* (S. A. Radaelli, E. R. Ruben y V. M. Wullich) encaró una muy representativa "Discusión sobre Jorge Luis Borges", se han sucedido actitudes de ataque y de reivindicación de su obra, junto con algunos intentos de precisión de sus contenidos. Es precisamente en esta última línea (y como apertura hacia posteriores desarrollos) que se encuentra, según pienso, el presente trabajo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

varios cuentos, los cuales comienzan utilizando semas referidos a situaciones y objetos concretos, minuciosamente descriptos (días y/o lugares determinados), para concluir con semas referidos al universo del intelecto. Ejemplos claros de esto los encontramos en "El inmortal", "Emma Zunz", "El Zahir", "La escritura del Dios", "El Aleph", "El fin".

Veamos un ejemplo significativo. "El Aleph" comienza así: "La candente mañana de febrero en que Beatriz Viterbo murió, después de una imperiosa agonía que no se rebajó un solo instante ni al sentimentalismo ni al miedo, noté que las carteleras de fierro de la Plaza Constitución habían renovado no sé qué aviso de cigarrillos rubios; el hecho me dolió, pues comprendí que el incesante y vasto universo ya se apartaba de ella y que ese cambio era el primero de una serie infinita."

Y termina así: "¿Existe ese Aleph en lo íntimo de la piedra? ¿Lo he visto cuando vi todas las cosas y lo he olvidado? Nuestra mente es porosa para el olvido; yo mismo estoy falseando y perdiendo, bajo la trágica erosión de los años, los rasgos de Beatriz."

Como vemos, existe un pasaje de un hecho concreto y un olvido concreto, al problema abstracto de la existencia de un Ser, de su posibilidad de percepción y de su olvido. En este problema, la muerte y el olvido concretos de Beatriz Viterbo poseen sobre todo el valor de un dato jerarquizado. Se ha llegado, a través de una lucha laberíntica (o una "trágica erosión") con el propio sistema expresivo, a un despojamiento vital personal. Este es el intento constante de la narrativa borgiana. El concepto implícito en ella es que la vida toda es, más que un conjunto de experiencias personales en las que cada una determina parcialmente las siguientes, un objeto que ciertas personas, despojadas de sus características que la comprometen cotidianamente, pueden investigar como datos de problemas abstractos. Y el drama implícito es que tanto escribir como leer esta obra narrativa hace necesaria la participación vital.

LA VIOLENCIA, INSTRUMENTO DEL SISTEMA EN CRISIS

Por Iverna Codina

La incapacidad de los partidos políticos tradicionales en el juego de la democracia burguesa han demostrado, por una parte, su total inoperancia para preservar y desarrollar las fuerzas económicas de los respectivos países, y por otra parte, tampoco han servido para asegurar y garantizar las inversiones monopolistas según las necesidades expansivas del imperialismo. De ahí que las democracias han sido sustituidas en muchos países latinoamericanos —Perú, Bolivia, Brasil, Argentina, El Salvador, Panamá, Guatemala, Ecuador— por gobiernos militares dispuestos a ser instrumentos de la política imperialista. O en el mejor de los casos a "negociar" con el imperialismo un reparto más equitativo de las riquezas nacionales que también explotan las burguesías —u oligarquías— nativas, cuyo nacionalismo queda satisfecho con una tajada mayor, y ni remotamente plantean, como en el caso de Argelia, una lucha abierta por la liberación nacional. El nacionalismo burgués se limita a reemplazar el caduco capitalismo de "enclave" en situación de dependencia, del imperialismo, por un modelo de "moderno" capitalismo dependiente. Modelo que los capitales imperialistas aprueban porque la "modernización" de las estructuras económicas permite un mayor control y contención de la clase obrera que ha ido creciendo, politizándose y esclareciéndose como consecuencia dialéctica del propio desarrollo capitalista. Tal el caso de Perú y de Brasil, este último convertido en "satélite privilegiado" por expresa determinación de EE. UU., con la mi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sión de vigilar e impedir en Latinoamérica el ascenso de gobiernos populares, aun al precio de la más descarada intervención, como sucedió en Bolivia con la caída del gobierno de Torres y las maniobras del ejército brasileño en la frontera uruguaya ante un eventual triunfo del Frente Amplio.

Sin embargo, ni la exclusión total de las masas en la conducción política, ni el perfeccionamiento de los organismos de represión con material y expertos que "desinteresadamente" ofrece el Pentágono, pueden impedir que la lucha armada en Latinoamérica cobre perfiles inquietantes para el capitalismo dependiente y el imperialismo que ven levantarse un nuevo fantasma latinoamericano: la marcha de los pueblos hacia el socialismo.

A poco que se analice el panorama de este continente, un hecho surge rotundo: EE. UU. —cuyo deterioro como potencia rectora y vigilante del "mundo libre" es ya irreversible— trata de buscar nuevas fórmulas en América Latina, que eviten o aplacen el fin de su dominio frente a una situación social y política cada vez más explosiva. Las fórmulas varían desde el apuntalamiento de las burguesías nativas y los gobiernos que las representan (liberación de "préstamos atados", participación de los productos latinoamericanos en el mercado norteamericano, incremento de las inversiones privadas, créditos a los "países amigos", etc.) hasta los métodos más sucios, como los llevados a cabo en Vietnam y denunciados en el mundo entero.

En los años 1966 y 1967 Guatemala sirvió de base de experimentación para poner en práctica "el terror blanco" contra la revolución en ascenso. Se trataba de imponer la *Pax Americana*, o sea, la paz de los cementerios. Tras la mampara de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) —creada como colateral de la CIA, para disfrazar un tanto las siniestras actividades del Pentágono en el tercer mundo— y con los fondos de la bondadosa Alianza para el Progreso, los asesores norteamericanos instruyeron, armaron y prepararon para aplicar torturas a los grupos paramilitares y parapoliciales, cuyos nombres no son, como tampoco sus atrocidades, ningún misterio. Se trata de NOA (Nueva Organización Anticomunista) que operaba, según propio comunicado, "junto al glorioso ejército de Guatemala" y que se comprometía a "cortar la mano izquierda y arrancar la lengua" a todos los revolucionarios. El hoy presidente de Guatemala, general Carlos Arana Osorio, que se ganó el triste título de el Chacal de Zacapa, dio carta blanca a la NOA para actuar bajo una absoluta impunidad, porque ese mismo año de 1967, el general Arana Osorio había dispuesto "aniquilar la guerrilla" y para eso sometió al pueblo guatemalteco a un verdadero baño de sangre. La otra "banda blanca" es parapolicial, es decir, cae en la órbita de la policía y goza de la misma impunidad que la anterior. Se denomina MANO (Movimiento Anticomunista Nacionalista Organizado). Tanto NOA como MANO sembraron el "terror blanco" en ciudades y aldeas: secuestros y desapariciones sin rastros, sin apelación a la justicia que era sorda, o cuerpos que aparecían atrozmente torturados; una cruz negra en las puertas señalaba al condenado sin escapatoria posible; la muerte por la espalda sin posibilidad de defensa, por el solo hecho de ser "sospechosos". Otra de las actividades más cínicas y canallescas era la de "contrapropaganda". Los grupos se disfrazan de guerrilleros y, como tales, cometen en aldeas actos repugnantes para que la prensa y la radio armen un gran escándalo y se deteriore la imagen de los revolucionarios, que con sus métodos definen a los ojos de la opinión pública la pureza de sus fines. A un ritmo parecido al de Guatemala los grupos paramilitares han sembrado el "terror blanco" en la República Dominicana. Este es el pan de cada día en esta pequeña república que, para salvar la vida de unos pocos turistas norteamericanos refugiados en un hotel, fue invadida por veinte mil "marines" en 1965 y destruido el ascenso democrático del pueblo con el liderazgo de un hombre honesto: Juan Bosch.

México, cuyo partido de gobierno ha cultivado una imagen de estabilidad y progreso sorprendió y consternó al mundo con la matanza de estudiantes el 10 de junio de 1971. Lo que en un principio el gobierno trató de hacer aparecer como una batalla entre grupos de estudiantes rivales, la denuncia de padres y espectadores transformó en un escándalo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sin precedentes: el grupo parapolicial denominado los Halcones, y creado bajo el gobierno anterior de Ordaz, había ametrallado a los estudiantes que marchaban en una pacífica manifestación; los estudiantes se defendieron con piedras, pero el saldo trágico fue de muchas decenas de muertos, nunca se sabrá cuántos, porque la misma policía hizo desaparecer los cadáveres y ante el reclamo de los familiares se daban por "desaparecidos". El presidente Echeverría dispuso algunos cambios en la administración y los Halcones pasaron a gozar de unas merecidas vacaciones. Pero poco tiempo después desaparece Rosario Sotomayor de Asturias, la esposa de Rodrigo Asturias, hijo del Premio Nobel, Miguel Ángel Asturias. La notoriedad del parentesco divulgó su desaparición —de las otras desapariciones quién podía enterarse— y la salvó. La policía y el gobierno que habían negado terminantemente su detención, ante el estrépito que la noticia levantó en el exterior decidieron ponerla en libertad sin explicar los motivos de su negativa anterior. Tampoco los motivos de su detención, pero éstos eran muy evidentes: Rosario y Rodrigo han militado en las "guerrillas" de Guatemala.

En Brasil la policía organizó equipos de asesinos a sueldo, reclutados en sus propias filas, para limpiar al país de delincuentes. A fines de 1968 se decidió utilizar el Escuadrón de la Muerte con fines políticos. El jefe del escuadrón, Sergio Paranhos Fleury, que es también uno de los principales jefes de policía en São Paulo, disparó uno de los cuatro tiros que mataron al jefe revolucionario Marighella. Numerosos presos políticos torturados han relatado en sus testimonios que se los habría sometido a la picana eléctrica en sótanos policiales cuyas paredes estaban decoradas con los símbolos del escuadrón: la calavera y las tibias cruzadas. El senador norteamericano William Proxmire denunció que se estaba financiando al Escuadrón de la Muerte con la ayuda de Estados Unidos, pero el régimen se lavó las manos. En Brasil hubo algún intento por borrar las huellas. Se detuvieron algunos miembros insignificantes, otros más importantes se "fugaron" misteriosamente y el jefe del escuadrón, comisario Paranhos Fleury se curó en salud: "Todo lo que yo hice fue

por orden del General Airosa, Jefe del Estado Mayor del Segundo Ejército." No se animaron a tocarlo. Y el escuadrón continúa cumpliendo hazañas.

En la Argentina el "terror blanco" tiene un triste y sonado antecedente. En agosto de 1962 desaparecía en Buenos Aires un dirigente sindical peronista, Felipe Vallese, obrero metalúrgico. Esa misma noche fueron arrancados de sus casas varios compañeros y amigos de Vallese. Circularon por diversas comisarías y por último reaparecieron con huellas de torturas. Pero Felipe Vallese no apareció. La Policía no sabía nada, el ejército no sabía nada, el gobierno no sabía nada. Desaparecido hasta el día de hoy. Pero nueve años después, o sea en mayo de 1970, cuarenta policías fueron condenados por la justicia. ¡Se había probado, por fin, su culpabilidad en el secuestro y desaparición de Vallese! (aunque sus restos no han aparecido hasta el día de hoy). La "revolución argentina" —"involución" como la denominara el caústico humor del filósofo Carlos Astrada— echó mano del "terror blanco" en forma sistemática y espeluznante por la impunidad de sus autores.

En marzo de 1970 tres personas intentaron secuestrar al diplomático soviético Youri Pivovarov. El diplomático pudo arrojarse desde el auto en marcha al mismo tiempo que despojar de una metralleta a uno de sus secuestradores. El arma tenía el sello de la policía. Otro de los secuestradores resultó ser el oficial subinspector Carlos Benigno Balbuena, de la Policía Federal. Operaba para la organización parapolicial también llamada MANO (Movimiento Anticomunista Nacional Organizado) que en un comunicado emitido a propósito del frustrado secuestro se permitió agradecer a su colega de Guatemala el apoyo y la colaboración prestados. No se aclaró, por supuesto, en qué sentido fue dada dicha colaboración.

Pese al escándalo que desató el atentado, puesto que tuvo implicancias internacionales, nueve meses después el "terror blanco" sigue actuando en la mayor impunidad. El abogado Néstor Martins y su cliente, el obrero Nildo Zenteno, fueron secuestrados en plena vía pública y a la luz del día, el 1º de diciembre de 1970, sin que hasta el momento la policía, el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gobierno o la justicia hayan llevado a cabo ninguna investigación a fondo para dar con los secuestrados y sus secuestradores. El doctor Martins fue un denodado defensor de presos políticos y consiguió la condena de cuatro torturadores, causas más que suficientes para hacerlo desaparecer. A principios de julio de 1971 desaparecieron, en San Juan, Marcelo Verd y su esposa; pese a las evidencias de la intervención policial en el secuestro, la policía con todo cinismo lo atribuyó a grupos guerrilleros en pugna y se cruzó tranquilamente de brazos. Los esposos Verd no han aparecido hasta el momento y no se puede dudar ya de su triste fin. Casi en seguida, desaparecieron en Buenos Aires Juan Pablo Maestre y su esposa Mirta Misetich, ambos militantes de organizaciones peronistas revolucionarias. Dos días después apareció el cadáver de Maestre con heridas de bala en un paraje llamado Las Palmeras; la policía trató de secuestrar el cadáver, pero el asunto ya había tomado estado público y la familia reconoció en ese cuerpo al joven Maestre asesinado. En cambio su esposa Mirta secuestrada en plena calle, junto con su esposo cuando salían de la casa de sus padres, no apareció ni se tuvo noticias hasta el momento, no obstante los telegramas cruzados desde el Presidente abajo y las públicas promesas del Ejecutivo de llevar una investigación a fondo. Hay en el caso Maestre una cantidad de testigos y testimonios fehacientes que demuestran de manera rotunda la intervención lisa y llana de la policía —con sus grupos del "terror blanco"— para perpetrar el secuestro y la muerte de los esposos Maestre. Pero la justicia no ha encontrado a ningún culpable. En setiembre del año pasado desapareció el estudiante de derecho Luis Enrique Pujals. Sus abogados de inmediato responsabilizaron al Poder Ejecutivo. Pero el Poder Ejecutivo, que es el verdadero ejecutor del "terror blanco", naturalmente se lava las manos. La lista de los secuestrados y asesinados impunemente no ha terminado ni terminará. Estos son los casos conocidos por tratarse de gente con alguna relevancia cuyos familiares han podido llegar a la prensa para clamar justicia. Pero ¿y los casos de obreros y estudiantes cuyos familiares no pudieron hacerse oír? Cuántos sumarán y cuántos se seguirán

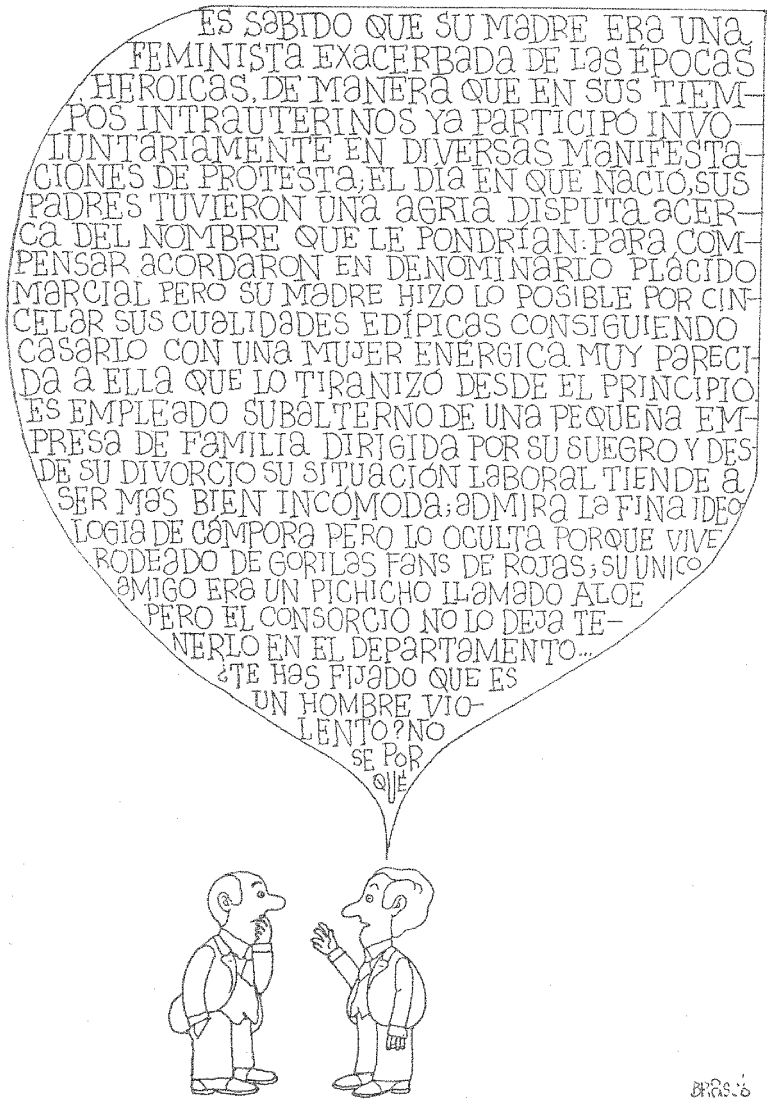
sumando en esta organizada campaña del "terror blanco", que no deja huellas de sangre, que tiene el total amparo de la impunidad absoluta. Los grupos parapoliciales argentinos actúan centralizados en el Servicio Unificado de Seguridad (SUS), nacido a fines de 1969, por inspiración del general Onganía, inspiración que han hecho suya los sucesivos generales, en las sucesivas etapas de la "revolución" —léase "involución argentina".

En el Uruguay de los tupamaros y del Frente Amplio, el capitalismo vive su hora de histeria. Brotan grupos fascistas, armados y protegidos por la policía que el Ministro del Interior elogia por televisión. No en vano la policía del Uruguay ocupaba en 1971 el primer lugar en la lista de ayuda norteamericana a las policías de toda América Latina. El enviado especial Dan Mitrione, ajusticiado por los tupamaros, enseñó tácticas de represión y de tortura a la policía uruguaya después de actuar al servicio de la CIA en Santo Domingo y Brasil. Los grupos del "terror blanco" en el Uruguay, entre los que se encuentran la JUP (Juventud Uruguaya de Pie), CCT (Comando de Cazadores Tupamaros), DAN (en homenaje al instructor de torturadores Mitrione) y ahora últimamente, el "escuadrón de la muerte", han cometido secuestros, asesinatos y actos criminales de "contrapropaganda", escudados casi siempre en el anonimato, y siempre en la impunidad que les otorga la protección policial. Pero los tupamaros han respondido a esta escalada del terror con un golpe habilísimo y espectacular desde el punto de vista psicológico. El 24 de abril de este año, un comando tupamaro secuestró al presidente de la cámara de diputados, Héctor Gutiérrez Ruiz; trasladado a la "cárcel del pueblo", pudo escuchar e interrogar personalmente a Nelson Bardesio, funcionario de la policía, preso desde febrero. Fotocopias de las confesiones de Bardesio sobre la organización del "escuadrón de la muerte" y de la directa participación de la CIA, la embajada norteamericana y de la Agencia Internacional para el Desarrollo, fueron distribuidas entre los miembros del parlamento e invitados a concurrir, aceptando los resguardos del caso, a la "cárcel del pueblo" para verificar las confesiones de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Bardesio. En ese original carácter de secuestrado-invitado, el presidente de la cámara de diputados pudo interrogar a Bardesio y a su vez hablar exhaustivamente con el "tribunal del pueblo". A su regreso de "territorio tupamaro", su informe desató un verdadero escándalo en el parlamento uruguayo, al revelar la directa intervención de países extranjeros —Argentina, Brasil y EE. UU.— en los mecanismos de represión y formación con asesoramiento técnico y ayuda económica de grupos parapoliciales. Naturalmente que la rigurosa censura del gobierno de Bordaberry impidió que se publicara una sola palabra del escandaloso asunto. Lo que no pudo impedir es que los tupamaros ejercieran la justicia del pueblo y aplicaran la pena de muerte a cuatro conspicuos miembros del "escuadrón de la muerte", un ex viceministro, un capitán de la marina, un subcomisario de inteligencia y un policía.

El llanto desesperado de una madre, de una esposa, una silla vacía, una puerta hecha pedazos, alguien que no regresa, que no regresará más: ¿en cuántos hogares de cuántos países latinoamericanos se repite el mismo espectáculo? El sistema, acosado por sus propias contradicciones, instrumenta la violencia antes de derrumbarse, recurre a la guerra sucia, al terror blanco. Tortura, secuestra, mata. De prisión en prisión, de cuartel en cuartel deambulan en vano los familiares y amigos de las víctimas. Nadie los ha detenido, nadie los conoce, nadie puede dar noticias. Sin embargo, ni el terror, ni la tortura, instituciones creadas para la persistencia de este "orden de muerte", podrán detener la gran contienda liberadora, entablada por los pueblos del surcontinente hasta la victoria final.



HUMOR

Por Miguel Brascó

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LOS JÓVENES AMENAZADOS

Por Miguel Grinberg

I

Vivimos, mejor dicho, *procuramos* vivir, acechados por los rituales despiadados de una sociedad signada con el irrealismo y la incapacidad. Este "signo" tremendo desfigura cada uno de nuestros actos, nos fuerza a seguir un ritmo cotidiano donde la alegría termina asesinada, nos lleva a un desierto donde resistimos a duras penas tanta flagelación directa o indirecta y donde, finalmente, nos sumamos al rito negador, esterilizante. Nos guste o no, claudicamos, ingresamos en mayor o menor medida a ese ritual. Técnicamente, eso puede llamarse "alienación". Prácticamente, yo lo llamaría *compresión compulsiva.*

Tal compresión se da desde el momento inicial en que nos asumimos (nos asumen) como seres públicos. Nuestros padres (comprimidos previamente) nos acondicionan en el hogar para el "tratamiento" ulterior que nos asesta la escuela. Atravesamos la adolescencia bajo un bombardeo pleno contra nuestra espontaneidad y nuestra sensibilidad perceptiva. Si somos varones, el servicio militar se ocupará de "enseñarnos a ser hombres", o sea, nos enseñará a *obedecer a un superior,* rol que luego acataremos en el trabajo. Si somos hembras, los mecanismos sexistas nos enseñarán también a obedecer los cánones establecidos por los hombres. En última instancia, el festival de la frustración queda armado y tenemos así otra generación de opresores y de oprimidos, una ola

nueva de ciudadanos "normales". El resto es este *show* enfermo que protagonizamos y presenciamos día tras día.

Las estructuras sociales, decía, nuestra adecuación a ellas, nos deforman y ciegan. Somos todos unos monstruos. Los pocos que se resisten a esta barbarie organizada, o terminan pavorosamente solos (o luminosamente solos), o bajan la persiana y se hunden en cualquier penumbra. Simultáneamente, la descomposición del edificio social es por demás obvia, aunque se la niegue emparchándolo ridículamente. Padecemos desde hace varias décadas una de las más feroces dictaduras de la mediocridad. Pobre de aquel que deba hacer una gestión en la órbita oficial: colas, papeles innecesarios, maltrato en manos de empleados resentidos; tiempo estacionado, en fin, burocracia. Somos atrapados por esos engranajes, expoliados y, tarde o temprano, destruidos. "Los que mandan" han perdido el control de la nave que presumen conducir. Los que obedecemos carecemos de ideas sobre el modo de no protagonizar un naufragio irremediable (que en el caso argentino bien podría ser una *guerra civil,* estilo español). Todo el mundo deja de ser responsable, todo el mundo pasa a tenerle miedo a la libertad. El resto es lamento y evasión.

Si súbitamente algún visionario, o algún núcleo de visionarios, fuese capaz de proponer un proyecto para integrar la imaginación, la comunidad y la vida de los argentinos en una verdadera *revolución,* me temo que pocos se darían por aludidos (algunos jóvenes apenas y varios veteranos marginados). De inmediato, los industriales de la esclerosis cerrarían filas y no escatimarían medios para detener la "amenaza". El resto se mataría de risa, seguiría prendido al televisor y jugando al Prode. Ninguno de ellos quiere recuperar su *ser,* porque se los ha domesticado para renunciar a él, para funcionar como eficientes consumidores de chatarra lustrosa.

Vivimos en un clima de ansiedad, de paranoia, de pánico. Hay corrupción en todos los planos sociales, hay violencia desenfrenada avalada por los regentes del Aparato dentro del cual todos se lavan las manos. Las prioridades ciudadanas son escamoteadas. Se remodela ostentosamente la calle Florida, se repavimenta la avenida Corrientes, se reilumina el Jardín Botá-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nico, se gastan millones en cosas que pueden esperar (diciendo que con eso va a aumentar el turismo y vamos a prosperar como España) y se mezquina el peso en otros órdenes más candentes: la terrible contaminación del aire de Buenos Aires y de las aguas del Río de la Plata, escuelas precarias, inexistentes planes de salud mental o de educación para la realidad, hospitales desprovistos, niñez desamparada, ancianos pidiendo limosna en los subtes, delincuencia juvenil, desorientación sexual, asilos y loqueros sin fondos para profesionales idóneos, etc. Se cuidan las apariencias, se postergan los contenidos. *Irrealismo* total, ficción, disimulo. La finalización de una obra pública por parte del Estado —obligación ineludible financiada con lo que aportamos al fisco— es publicitada a mansalva por los medios de difusión dilapidando así millones de necesarios pesos que acaban en las arcas de los instituyentes de la incomunicación masiva.

La publicidad nos aturde como si realmente estuviésemos participando de la revolución tecnológica. Aunque en casa, los cortes de luz o el rápido deterioro de los utensilios caseros nos hablan de la mediocridad de nuestras industrias o del precario equilibrio de los servicios públicos. Se asegura que con lo que costará el invento de los "medidores" de agua potable podría asegurarse a la Capital Federal uno de los mejores abastecimientos del mundo. No se construye, se emparcha.

La *compresión* (una violencia institucionalizada) nos impone una conducta agobiante. Vemos carteles pegados a teléfonos públicos a los que alguien ha *robado* la caja de monedas: la Empresa —siempre eficiente— rotula ese acto como *vandalismo*. Etiqueta precisa, bien diagramada. Pero nadie habla de la creciente cantidad de ciudadanos que bordea o ya conoce el *hambre*, y que ya no sabe de dónde extraer un peso para ir a la despensa, en tanto aumenta la desocupación. He oído a hombres nobles, padres de familia, vecinos míos, decir cosas como: "Con los dos *mangos* que me quedan voy a comprar un *bufoso* y voy a salir a *afanar*." Por ahora son pocos, entretanto media población de nuestra ciudad invierte sus "dos mangos" en una ilusión mediante la cual las masas son prodificadas, sin que los dineros pródicos aplicados a jubilados, deportes,

viviendas y tratamiento de toxicómanos impliquen un cambio estructural. Apenas un analgésico, no para curar la enfermedad sino para que el paciente no aúlle de dolor. Somos una gimiente masa de seres sin derechos, de seres pusilánimes. Todo atisbo de disconformismo organizado, toda tentativa de transformación profunda, es reprimida automáticamente por los "preservadores" de ese *orden*, como si tal orden fuese algo maravilloso o digno de respeto.

El trabajo cotidiano es insípido, gris. Muchos de nosotros carecemos de opción y somos también parte de la burocracia. Fabricamos cosas inservibles o peligrosas. El *irrealismo* nos mete en un limbo donde todo es artificioso y falsea nuestra vida. Nos tornamos rencorosos y malhumorados. Soportamos estoicamente el proceso y olvidamos, en definitiva, nuestras verdaderas necesidades. Nos volvemos *cosas andantes*, "buenos ciudadanos" que sufren una de las mayores cargas impositivas del mundo. La familia pasa a ser un nudo de frustraciones, la amistad desaparece, todo es un protocolo asfixiante. Sobrevivimos compitiendo por llegar antes que otro infeliz a ninguna parte, tenemos miedo de todo, el universo cotidiano se ha vuelto un territorio altamente hostil. Tratamos de pasar inadvertidos, no sea que algo o alguien nos marque para suplicios mayores. Dejamos de *ser*, nos invaginamos. Dejamos de usar la imaginación, nos desintegramos. Somos meramente un *rol*, una *parálisis* andante, envueltos por un circo sin pan donde —como anota Charles Reich— "las noticias son convertidas en mercancías por los medios masivos, en breves *staccati* del show comercial". Y añade: "Quienes analizan la sociedad en función de los intereses de clases señalan la existencia de poderosos grupos privilegiados que se benefician en gran medida con el *statu quo*. Esta *élite* de poder y los monopolios empresarios que representa explotan desde hace largo tiempo al pueblo y su contorno vital, lucran con la pobreza, la desigualdad y la guerra, y sienten un bien fundado temor por la democracia, la libertad y la solidaridad comunal... ya no entendemos el sistema bajo el cual vivimos; por lo tanto, dicha estructura se ha tornado obsoleta y nos sentimos impotentes. Al mismo tiempo, se ha permitido al sistema asumir un incontrolado po-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

der sobre nuestras vidas y ahora retumba a nuestro alrededor sin guía y, en consecuencia, indiferente al destino del hombre." (*El reverdecer de América.*)

Estos apuntes de Reich sobre EE. UU. sirven para describir también nuestra realidad, porque ciertamente somos un reflejo de ese "estilo occidental y cristiano de vida". Sólo que en la Argentina usufructuamos solamente los enunciados. Padecemos las lacras de ese "estilo" y ninguna de sus presuntas ventajas. Somos un pobre peón en el tablero donde USA, China, Europa y la URSS juegan al ajedrez de la dominación.

II

La profanación constante de las potencialidades humanas, su mutilación, su negación (compresión compulsiva), lleva a previsibles estallidos sociales. Entonces el opresor pretende trasladar la culpa al oprimido. La jerga represora sabe encontrar siempre un eufemismo para convertir a un hombre desesperado en un "delincuente" ante la ley, aunque cada vez son menos los que se tragan la pildorita. Infortunadamente, el *irrealismo* imperante genera una *irracionalidad* en las acciones mediante las cuales un individuo manifiesta su rechazo visceral al Sistema. Y claro, rompe una vidriera, quema un auto ajeno, tira piedras contra los símbolos (y los portadores) del "orden". Es cómodo reclamar, desde la poltrona del conformista, que el hombre desesperado proceda con cordura. Pero el desesperado ya no tiene nada que perder y sólo quiere *vengarse* (de cualquier manera) de aquellos que lo han hundido en la tiniebla. Y termina con la cabeza rota, o en el cepo.

Veo en vastos sectores de nuestros "jóvenes" diversos modos de *digerir* la violencia que el Sistema administra mientras engorda la dictadura de la mediocridad. Un gran número parasitario practica el cinismo o la indiferencia, está "en el ruido" y todo le importa un bledo. Otros cultivan el sufrimiento, lo adornan y siguen adelante, con aire compungido, ya con el diploma de víctimas que sus padres ostentaron tan eficazmente. Vivir aquí es duro, lo sé. Además, todos los argentinos somos grandes artistas. Y no faltan quienes pasan a ser *turros* auto-

justificados, cultores de las peores agresiones contra la sensibilidad humana, que explican su repulsivo proceder simplemente echándole la culpa al Presidente de turno. Estos últimos abundan, están en el porteño típico, ese sujeto que usa a todos en su beneficio, que constantemente añade roña al basural de la vida pública, culpando a algún otro. Ese cavernícola que humilla o agrede, lavándose luego las manos, como tantos otros.

Hay consumidores de cuanto producto estéril se inventa, hay desertores que se ponen a distancia de todo lo que implique coparticipación creadora, hay caducos que publicitan a mansalva sus detritos, hay simuladores que agitan cualquier libro "rojo" y se dicen superrevolucionarios, hay deambulantes que esperan a Godot, hay nihilistas, hay viejos que se disfrazan de jóvenes para estar a tono, hay jóvenes que ya son seniles a cuenta de mayor cantidad, hay gente que se considera "castigada" en exceso y que se casa con el escepticismo, en fin, no obstante también hay otros que se mantienen alertas buscando tierra fértil para sembrar las semillas de un nuevo (antiguo) contacto con el fluir natural de la existencia. Increíble vigilia esta última.

Y tenemos las patotas, los drogadictos y los guerrilleros. La gente "normal" se horroriza ante ellos, y no admite que tales "activismos" son *efecto* de una sociedad descompuesta y no *causa* de tal descomposición. Los patoteros ejercen su venganza contra los demás. Y no olvidemos las violaciones, pues si bien nadie osa ponerlo sobre el tapete, en la Argentina tenemos un pavoroso problema sexual (los "sátiros", un síntoma). El drogadicto termina agrediéndose a sí mismo. Por supuesto hay una diferencia entre el intelectual que fuma marihuana o usa mescalina en busca de algún "estado más elevado de percepción", y el muchacho *lumpen* que se inyecta Pervitín o se satura con Romilar. Las drogas heroicas son muy caras, son para ricos (o ladrones). Y tengo la impresión de que la actual campaña antidroga produce un efecto contrario. Basta situarse en la mente de cualquier joven desequilibrado. Todo lo que le prohiben, todo lo que los "mandantes" rotulen como *vedado* se convierte automáticamente en tabú deseado. ¿Y acaso —des-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de la óptica compresora— no es preferible que un probable disidente se autofabrique un paraíso o se embrutezca (como pasa en el altiplano con la coca o en el sur con el alcohol) antes de que impugne racionalmente al Sistema que lo mutila?

En ciertos países extrañamente llamados *democráticos* suele haber más "glamour" en la represión, más sofisticación. En los países menos "avanzados" del Oeste la mecánica supresora es más burda, más brutal. Queda siempre el recurso —si el insurrecto no manifiesta *vicios* punibles— de decir que se trata de un vil instrumento de conspiraciones extranacionales. En la Unión Soviética lo solucionan más rígidamente: todo poeta inconforme, todo disidente social, es marcado como "loco" y va derechito al manicomio. Por su parte, quien en Estados Unidos rehusa ir a guerrear en Vietnam es encarcelado por "traidor".

Además, resulta sintomático oír decir que la guerrilla es "ajena a nuestro sentir" o que responde a un complot de "inspiración foránea". Llevamos varias generaciones de aplastamiento "democrático" de la potencialidad humana libre, como para entender qué lleva a un joven de familia burguesa a proceder beligerantemente contra el Sistema y sus encarnaciones.

De todos modos, como tipo aún joven, no practico (todavía) ninguna de estas tres cosas: el patoterismo, la droga o la guerrilla, que son diversos niveles de acción o inacción, cada cual con motivaciones y objetivos particulares. Pero por el solo hecho de ser joven, *estoy amenazado*. El complejo de culpabilidad de los mayores, su frustración, su impotencia, su "mala conciencia", necesitan un *chivo emisario*. Y este "chivo" es *cualquier* joven. Por eso nuestra sociedad es *filicida*. Ante el miedo que de pronto los jóvenes *reclamen* e *impugnen* organizada y radicalmente a los causantes de este lodazal infame donde chapoteamos, se descargan de antemano infinitos ataques contra el ser juvenil, velados o no tan velados, salvo pocos "locos" permitidos. Y si cualquier joven —ante tales agresiones— elige algún medio de legítima defensa, esa legítima defensa es rotulada como "delictiva" y velozmente reprimida por una vasta ferretería orquestada al efecto. *Ser joven en la Argentina es un delito punible.* No hace falta llegar a ser patotero o drogadicto (en el caso de quienes no poseen recursos intelectivos decorosos), o volverse guerrillero (en el caso de quienes encarnan el credo de los ideólogos de la insurrección armada), o hacer como otros tantos que sólo dicen basta y echan a andar. EL SOLO HECHO DE SER JOVEN —AQUÍ Y AHORA— ES UN DELITO. Esto es preciso empezar a denunciarlo, sin tregua alguna.

Toda impugnación que no implique instantáneamente la creación de una alternativa viable es un fútil salto al vacío.

Soy básicamente no-violento, si bien considero que en situaciones de amenaza uno debe protegerse y defender a su familia mediante todo medio efectivo. Hay otros jóvenes que intentan superar la ciénaga argentina transformando su vida cotidiana, dejando de jugar roles en el infierno comprimido, experimentando opciones, asumiendo sus poderes de invención y creación, no apuntalando más al Aparato. Creando los cimientos de *contra-instituciones* imprescindibles: escuelas paralelas, publicaciones autónomas, foros esclarecedores, comunidades rurales o urbanas. Rescatando a sus hijos del ritual negador de Eros.

También hay ciertos jóvenes que meramente desertan y se van (o se quedan) volviéndose contemplativos. Yo no diré que está bien ni que está mal. Digo que *hay* modos de *descompresión*, necesariamente no-espectaculares ni publicitables. Todos los modelos de *Revolución* por allí girando son insuficientes, viejos. También a la "revolución" hay que descomprimirla en vez de fabular réplicas de experiencias ajenas inadecuadas en nuestro contexto, tan *distinto* al resto de Latinoamérica o del llamado Tercer Mundo. Por eso, si bien la comprendo, no veo hasta el presente alternativa alguna en la denominada *contraviolencia*.

Digo que todos tenemos la posibilidad de liberarnos y florecer. Y eso no se logrará desalojando a los Visires del Palacio y poniendo en su sitio a presuntos legítimos voceros del pueblo. Se toma realmente "el poder" cuando se deja de sustentar la mitología del poder. Si no se eterniza al Sistema.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El primer paso es dejar de lamentarse. El resto, como diría un poeta, es ponerse en órbita, con el corazón, con los puños, con la vida entera, aunque ladren mastines amenazantes, aunque aturdan las sirenas. Ante una sociedad perimida, sólo cabe gestar una nueva sociedad, descentralizada, donde en nadie se delegue la facultad de decisión. En cada ser lúcido se anida un embrión de su porción de la sociedad nueva. No tengas miedo, nada es más fácil que esa creación que implica la continuidad incesante de nosotros mismos, allí donde no hay principio ni fin, allí donde sólo predomina la capacidad de fraternidad. Allí donde los seres *confluyen* y disuelven los opuestos fabricados por la mentalidad opresora para que uno se haga añicos. Nada es más fácil que ser nuestros propios libertadores. Eso exige replanteárselo todo, creando instituciones inéditas, *zonas liberadas* psíquicas donde ningún represor puede acceder porque son invisibles. En el terreno establecido por cualquier déspota, llevamos las de perder. En *nuestro* terreno ya carece de sentido ponerse a *ganar*: allí (aquí) sólo importa nuestra aptitud para la vida total, en definitiva, nuestra capacidad para ser humanos nuevamente. Probablemente, otros dirán que vamos por una senda errada. Que ellos sigan la suya. Reclamamos nuestro derecho a seguir la que consideramos adecuada. Desconfiemos de todo aquel que nos quiera modelar a su imagen y semejanza. Ese no es un *revolucionario,* es apenas un candidato a preservar el ritual de la *compresión*, sólo que bajo otro rótulo. Y nosotros no concebimos otra Revolución que esa realización suprema donde es abolido para siempre hasta el símbolo más trivial de toda idolatría.

ECONOMÍA Y VIOLENCIA

Por Enrique Silberstein

Si entendemos por violencia la utilización de la fuerza para obligar a otro a hacer lo que de otra manera no hubiera hecho, es innegable que economía y violencia son sinónimos. Desde el esclavo y el siervo que trabajaban en beneficio de sus dueños, debido a la acción violenta que éstos desarrollaban, hasta llegar al obrero y empleado que trabaja en beneficio del propietario por la acción sutilmente desarrollada por la arquitectura levantada y estructurada de manera tal que quien no tiene dinero no come, siendo la única forma de tener dinero el trabajar en beneficio de otro, toda la historia de la economía ha sido (y es) la historia de la violencia, en sus distintas etapas.

Por supuesto, que cuando antes se dijo que la "única forma de tener dinero" era trabajar para otro, tenemos plena conciencia de las excepciones. Excepciones que se basan, precisamente, en la presencia y vigencia de la violencia. Puesto que se tiene dinero (o se lo obtiene) haciendo trabajar a los demás o violando todas las leyes escritas, acción que da nacimiento al contrabando, la bolsa negra, la evasión impositiva, que son formas cultas y adocenadas de la violencia. Son la expresión doctoral de una violencia que surge como consecuencia de la violencia básica; son, diría, violencias anecdóticas y secundarias. Pero, violencias al fin. Y fundamentales, como lo demuestra la historia argentina basada en el contrabando que realizaban nuestros honestos y probos próceres; o en el robo de las tierras a los indios; o en la ley de vagos,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que obligó a trabajar a los gauchos en beneficio de los terratenientes so pena de pasarse la vida en el cepo; o en la moderna y sofisticada acción que hace que los precios aumenten continuamente, como consecuencia del aumento creciente de las ganancias de los empresarios, de lo que resulta que uno tiene que trabajar en un empleo, en dos empleos, en tres empleos, y, encima, se ve obligado a pedir prestado a cuanto ciudadano o institución tiene dinero para prestar.

La consecuencia de la violencia económica del pasado sigue vigente en el presente, no sólo en la vida diaria, sino en los nombres e instituciones. Por ejemplo, Wall Street, que literalmente significa calle del muro, de la pared o del paredón, recibió ese nombre porque los holandeses que se instalaron primeramente en la actual Nueva York levantaron un muro para mantener a los esclavos negros dentro del recinto de la ciudad y a los familiares y amigos fuera del mismo. Hoy, uno va caminando por Wall Street, oscura y sucia (lo primero, porque la altura de los edificios no deja que el sol llegue al suelo, y lo segundo, porque es tanta la actividad que no hay tiempo de limpiar) y encuentra que en esa calle está la "United Fruit", o los escritorios de la Banca Morgan, y se alcanza a comprender cómo han cambiado las cosas. Ahora los esclavos están fuera del muro, y los esclavistas, dentro.

Y ya que hablamos de la violencia de la esclavitud, no podemos dejar de recordar que todo nuestro comercio de exportación se basaba, fundamentalmente, en la venta de tasajo, que era la carne en sal, y que constituía la alimentación de los esclavos negros. Toda la riqueza argentina del siglo pasado se basó en la esclavitud. Sin los negros africanos que comían el tasajo ninguna de nuestras fortunas hubiese sido una realidad. Una realidad, para ellos, por supuesto.

Gracias a la esclavitud se produjo una enorme acumulación de capital en pocas manos, que reinvirtieron sus fondos en la industria textil o en la construcción de ferrocarriles. El auge de la industria textil, creada y acrecentada con el dinero que producían los esclavos negros, originó las grandes invenciones mecánicas, que produjeron, como consecuencia, la necesidad de otro tipo de mano de obra. Y se reemplazó al es-

clavo por el obrero. Obrero que trabajaba desde los ocho o nueve años de edad, catorce o dieciséis horas por día. Pero, como el obrero ya era un hombre libre, trabajaba si quería. Si no, se moría de hambre. Pero esa era una decisión libre y voluntaria. O se trabajaba las dieciocho horas o se moría de hambre. Pero, sin que nadie lo obligase a nada. Tal sutileza violenta fue consecuencia de la aparición del capitalismo. Y como las desgracias nunca vienen solas, con el capitalismo nace la Economía Política, que es la ciencia teórica y abstracta que fundamenta la violencia, dentro de un plano de estricta neutralidad y con el solo manejo de ecuaciones y gráficos. ¡Toda una hazaña!

En la esfera económica la violencia *siempre* se originó, continuó y mantuvo por acción de los señores feudales, de los esclavistas, de los capitalistas, de los empresarios y de los ejecutivos. Es decir, de arriba hacia abajo, debiéndose señalar que los de arriba están arriba, gracias a la violencia que ejercen sobre los de abajo.

Los de abajo carecen de capacidad para ejercer la violencia contra los de arriba, excepto como acción individual y anecdótica. Es decir, la acción violenta de *un* siervo contra *un* señor feudal, no detenía la presencia del feudalismo; la acción violenta de *un* esclavo contra *un* esclavista, no ponía en peligro a la esclavitud; la acción violenta de *un* obrero contra *un* capitalista, *un* empresario o *un* ejecutivo, no pone en peligro al capitalismo. En cambio, la acción violenta de un señor feudal que convertía a un ser humano en siervo, mantenía y consolidaba al feudalismo; la acción violenta de un esclavista contra un ser humano para convertirlo en esclavo consolidaba la esclavitud; la acción violenta del capitalista, empresario y ejecutivo contra un ser humano que pasa a convertirse en empleado u obrero, consolida el capitalismo.

Con una diferencia, índice de la civilización y el progreso. Mientras que el señor feudal y el esclavista obligaban a trabajar por medio del látigo, del cañón y de la amenaza de muerte, el capitalista, el empresario y el ejecutivo obligan a los otros a trabajar por mera presencia física. Sin mover un dedo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Porque capitalista, empresario y ejecutivo presuponen e implican mercado, oferta, demanda, precio, producción, eficiencia, ganancia, propiedad, empresa, organización, contabilidad, que se expresan, en última instancia en el precepto de que para comer hay que tener dinero y para tener dinero hay que trabajar, con las excepciones dadas al comienzo. Con el agregado que producción, eficiencia, organización y contabilidad son inherentes al progreso, a la industrialización, a la tecnología, a la ciencia. Lo que hace que bajo la capa de lo insustituible (por lo menos a la actual altura de los conocimientos) se metan de contrabando y pongan cara de inocente, el mercado, la oferta, la demanda, la ganancia y la propiedad.

Y si se castiga a la ganancia se resiente la eficiencia, la organización, y si se castiga la propiedad se resiente la producción y la contabilidad. Y para complicar la cosa el capitalista, el empresario o el ejecutivo, lo cargan a uno, abriendo los brazos, inocentemente, y preguntando: ¿Dónde está la violencia que nosotros ejercitamos? Y vaya uno a demostrar que la oferta y la demanda son la violencia más pura. La violencia es un tiro, es un grito, es una huelga. No es violencia aumentar los precios con lo que se descoloca a quienes no tienen dinero. No es violencia cerrar una empresa y dejar desocupado al personal. Sí es violencia romperle los vidrios de la casa del empresario o del ejecutivo que lo dejó a uno cesante y sin un mango para comprar nada.

El peligro de este planteo es que alguien se avive y diga que lo que hay que hacer es redefinir el concepto de violencia, con lo que el hambre, la desocupación, la subocupación y la sobreocupación, se convierten en un problema semántico. Por lo tanto, creo que hay que apurarse para cambiar el concepto de "economía", pronto, rápido, ya.

LA LEGISLACIÓN REPRESIVA DE LA "REVOLUCIÓN ARGENTINA"

Por Raúl Aragón

I. — Se autodenominó "Revolución Argentina" un intento de desarrollo económico del país, encuadrado en un contexto político autoritario, con el objeto de reestructurar la sociedad y la cultura según un modelo caro al nacionalismo hispanizante y tradicionalista. Comenzado dicho proceso el 28 de junio de 1966 entró en liquidación a mediados de 1969, cuando una cadena de rebeliones populares masivas, iniciadas en Corrientes y culminantes en Córdoba, barrió con el presupuesto de la pasividad popular (el ministro Borda había desarrollado sobre esa base la teoría del "consenso") que hacía del pueblo argentino una arcilla dócil a la modelación patriótica de los generales gobernantes y de sus amigos asesores. No dudamos que el modelo que inspiró todo el proceso fue el implantado en España: inversiones extranjeras, mano de obra barata y sumisa, orden y seguridad dentro de un estado policíaco, Concilio de Trento en la Universidad, en la cultura y en la Sociedad (también en la Iglesia).

Si bien dicho proceso no tenía auténticas connotaciones revolucionarias, implicó un esfuerzo gigantesco para encarrilar una sociedad como la nuestra —con gran desarrollo de la población urbana, de la educación popular, del movimiento sindical, de la clase media politizada— dentro de un modelo que ha funcionado sobre una sociedad de características muy diferentes, al costo de una guerra civil con millones de muertos y heridos, de la emigración y de la muerte de los más elevados valores culturales, y en una coyuntura internacional

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en que el valor estratégico de España fue cotizable en muchos millones de dólares que capitalizaron su economía, pero convirtieron a todo su territorio en escenario de un posible conflicto atómico. Con el propósito de rodear al proceso de apariencias legales —algo así como un Estado de Derecho Revolucionario— se produjo una gigantesca actividad legisferante: cada ballena, cada cintita que se colocaba en el corset que modelaba el cuerpo de la fláccida y decadente República para darle la esbelta figura del Estado Corporativo, llevaba número y nombre de ley.

Las múltiples rebeliones militares triunfantes que habían precedido a la "Revolución Argentina" no se habían atrevido a pensarse fuera del marco de la provisionalidad; no creyeron que alguna vez sus decisiones podrían dejar de ser sometidas a la revisión popular. En alguna forma creían que venían a devolver al pueblo la plena facultad de gobernar, arrebatada o subvertida por la "demagogia yrigoyenista", el "fraude conservador", la "corrupción de la dictadura peronista" o el "maquiavelismo frondicista". Tenían cierto pudor en manifestarse como usurpadores de la voluntad popular. Legislaban por medio de "decretos-leyes". La "Revolución Argentina" subordinó la "Constitución Nacional" a un "Estatuto de la Revolución" y reemplazó a la Corte Suprema de Justicia por otra dispuesta a no obstaculizar la "legislación revolucionaria" y que se derramó sobre el país como un torrente. El Presidente, comandante de las fuerzas militares y policiales y administrador, fue también legislador, y cuando hubo jueces que perturbaron el absoluto ejercicio de tales funciones, se los removió —como pasó en Santa Fe—, se los atemorizó con amenazas y explosivos, o se limitó sus atribuciones con las reformas al hábeas corpus y del funcionamiento de tribunales militares y del Fuero Penal Federal.

II. — La febril actividad legislativa de los sucesivos gobiernos de la "Revolución Argentina" se centró en la acción represiva, capaz de doblegar toda oposición a la consecución de los objetivos planteados. La ley 16.896, quinta de las dictadas por el presidente Onganía, el 6 de julio de 1966, ofrecía evidencia suficiente de cuál sería la tónica legislativa del nuevo

gobierno. Si bien sólo por 30 días autorizaba a la Policía Federal, a la Gendarmería y a la Prefectura Nacional Marítima a allanar domicilios y a detener personas sin ponerlas a disposición del juez durante 10 días, la ley 16790 (10-X-1966), de Defensa Nacional, estableció la intervención de las Fuerzas Armadas en caso de conmoción interior, para lo cual pueden declararse zonas de emergencia bajo la autoridad militar. Se establece el Servicio Civil de Defensa que, posteriormente, la ley 17.192 (9-III-1967) reglamentó. Todos los habitantes están obligados a su prestación. Basta para ello la convocatoria comunicada por cualquier medio de difusión, a partir de la cual ya están sometidos los convocados al Código de Justicia Militar, cuyas sanciones son aplicadas por los Consejos de Guerra y Tribunales especiales. Son causales para convocar al Servicio Civil de Defensa "...cuando los intereses vitales a la integridad del Estado se vean amenazados, interferidos o perturbados sustancialmente y resulte necesario preservar el orden interno, el bienestar de la comunidad, el normal y pleno desenvolvimiento de las actividades y servicios que hacen al desarrollo de la Nación..."; los servicios a prestar por los convocados pueden consistir en "tareas y responsabilidades de su actividad específica y permanente..." Se equiparan grados y jerarquías militares con las administrativas de los funcionarios o empleados civiles. Las sanciones militares que se apliquen no obstan a las medidas de orden laboral o administrativas que resulten pertinentes. Se prevén sanciones —prisión de un mes a un año— para toda persona no convocada que "...de cualquier modo desarrollare actividades idóneas para entorpecer el normal desenvolvimiento de la convocatoria...". "Las asociaciones o entidades que incurrieren en los mismos hechos podrán ser intervenidas por el P. E. de la Nación y privadas temporal o definitivamente de la personería." La ley apunta claramente a los conflictos laborales e implica un grado de militarización de la sociedad ajeno a todos los antecedentes nacionales.

La ley 17.401, de Represión del Comunismo (29-VIII-67), es la que mejor manifiesta las contradicciones entre el afán de modernizar al país que expresan las actas iniciales de la "Re-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

volución Argentina" y la estructura mental de sus promotores. Se establece la calificación de "comunistas" a las "personas físicas o de existencia ideal que realicen actividades de indudable motivación ideológica comunista", pudiendo tenerse en cuenta las actividades anteriores a la ley. La calificación la realiza la Secretaría de Informaciones del Estado, mediante trámite secreto. Sólo se notificará al calificado cuando se produzca algún impedimento al ejercicio de un derecho, lo cual le abre la vía judicial ante la Cámara Federal. La calificación inhabilita para obtener carta de ciudadanía, desempeñar cargos públicos, ejercer la docencia en establecimientos públicos y privados, tener becas y subsidios del Estado, instalar, adquirir, dirigir o administrar emisoras de radio y televisión, imprentas y editoriales, etc., y para desempeñarse con cargos en asociaciones profesionales de empleadores o trabajadores. Además, se establecen sanciones penales aumentadas por la ley 18.234 (6-VI-1969), que van desde 1 a 6 años de prisión por toda actividad tendiente a "propiciar, difundir, implantar, expandir o sostener el comunismo", o que requiera o preste ayuda para tales actividades, o tienda a sustituir el sistema institucional de la Nación o el orden social existente, forme centros de adoctrinamiento o concurra a ellos, tenga en su poder materiales de propaganda, recaude fondos, haga pública la apología de un delito o de un condenado por un delito previsto en la misma ley, participe en congresos internacionales comunistas, "cualquiera sea la forma que asuman", y para quien "trabe la producción de bienes de consumo o destinados a la industrialización o comercialización, o perturbe el ciclo normal de distribución de esos bienes". Los procesados por delitos en dicha ley no gozarán de los beneficios de la excarcelación ni de la condena de ejecución condicional.

La ley 18.235 (6-VI-1969), de expulsión de extranjeros indeseables, sanciona con la deportación al extranjero de residencia permanente o no, que realice actividades que afecten la paz social, la seguridad nacional o el orden público, por decisión irrecurrible del P. E. N.

La ley 18.232 (30-V-1969), de Consejos de Guerra Especiales, pone bajo la Justicia Militar toda suerte de delitos de posible repercusión política, "a partir de la oportunidad que se determine mediante decreto del P. E. N.", y siguiendo el procedimiento sumario que prevé el Código de Justicia Militar.

La ley 17.567 (12-I-1968) modifica el art. 252 del Código Penal, estableciendo prisión de 3 meses a 2 años, al que incitare al abandono colectivo del trabajo a funcionarios o empleados políticos.

La ley 18.799 (9-X-1970) traba todo el mecanismo de Garantías del Recurso de Hábeas Corpus, establece la obligatoriedad de presentarlo ante la Cámara de Apelaciones que debe determinar el Juzgado actuante —coartando en consecuencia la libertad anterior para presentarlo ante cualquier Juez del Crimen— y supedita el cumplimiento de la orden de libertad impartida por el juez de primera instancia a una decisión confirmatoria de la Cámara de Apelaciones.

La ley 18.701 (3-VI-1970) implanta la pena de muerte en caso de secuestro, si resultare la muerte o lesiones gravísimas para alguna persona o no se entregare al secuestrado o no se diere razón de su paradero. También puede ser condenado a muerte quien atente con armas contra establecimientos militares o de fuerzas de seguridad o quien utilice ilegítimamente insignias o uniformes de fuerzas militares o de seguridad para perpetrar otro delito que tenga una pena máxima prevista de 8 años de reclusión o prisión. Por la ley 18.953 (18-III-1971), modificatoria del Código Penal, la pena de muerte se extiende a quienes maten a un juez o fiscal, quien desempeñe un acto de servicio propio de las fuerzas armadas o de seguridad, siempre que el homicidio no hubiese sido precedido de un grave abuso de sus funciones, vejaciones o apremios ilegales por parte del que desempeñaba el acto de servicio.

La ley 19.053 (1-VI-1971) creó la Cámara Federal en lo Penal de la Nación (*Fuero Antisubversivo*), cuya jurisdicción se extiende a todo el país, para juzgar mediante un procedimiento sumamente sumario —que dificulta la labor de la defensa— todos los delitos con connotación político-social.

La ley 19.081 (21-VI-1971) autoriza al P. E. N. para utilizar durante la vigencia del estado de sitio a las fuerzas mi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

litares en tareas represivas. A partir de la vigencia de esta ley las fuerzas militares han tomado la dirección directa de la represión, desplazando a las fuerzas policiales a una función auxiliar.

III. — Del conjunto de normas enumeradas se evidencia la presencia de un Estado Policial, que puede disponer, conforme a la discrecionalidad de sus funcionarios, no sólo de la libertad y de la seguridad de las personas, sino también de su propiedad y hasta de su vida. Tan tremendo aparato represivo no ha traído al país el orden ni la seguridad anhelados. Al contrario, cada día asistimos a hechos más graves, a una mayor tensión política, a enfrentamientos más enconados, en el curso de una crisis económico-social cuyo pico más profundo aún no se vislumbra. Cabe plantear aquí, y los responsables de este estado de cosas deben ya planteárselo sin demoras, si la concepción autoritaria y antipopular que ha informado toda su gestión no debe considerarse definitivamente perimida, y debe ser reemplazada por un orden de libertad —de libertad auténtica— en que podamos los ciudadanos de este país decidir sobre nuestro destino sin tutores. *

[6] En prensa este número de *Testigo* acaba de dictarse otra ley por la cual se incorpora al Código Penal el art. 212, que reprime severamente la difusión de comunicados o noticias de grupos "terroristas" o "extremistas".

LA AUTOCENSURA: MENTIR POR OMISIÓN

Por Gregorio Selser

Cuando pretenda analizar la historia de los tiempos que corren a partir del 28 de junio de 1936, el estudioso tropezará inicialmente con una dificultad casi insalvable. Los hechos cotidianos, que los periódicos reflejan en cumplimiento de lo que se considera es la misión fundamental del periodismo, informar, aparecen lavados, asépticos, como neutrales cuando rozan lo político-social en relación con el gobierno de Onganía. Se trata de respaldar esos sus primeros pasos tras el cuartelazo de los hermanos Alsogaray, un golpe de Estado minuciosamente preparado, con años de antelación, y para el cual diarios y semanarios comerciales brindaron generosamente sus páginas al estado mayor golpista.

Misión cumplida, caído Illia, se produce un reordenamiento. El oficialismo no rinde dividendos a ciertas publicaciones de "opinión"; se impone, pues, aparecer como opositores de aquellos a quienes se ha encumbrado en la cima del poder. Tan a pecho se lo toma un director, que a poco más "alguien" le previene la inminencia de una acción punitiva gubernamental contra él, y opta entonces por un estruendoso exilio temporario. No mucho después resuelve desprenderse, por conveniente precio, de esa publicación, que en lo sucesivo hará oficialismo militante.

Onganía se estrena como presidente con decretos tales como la prohibición contra el órgano del Partido Comunista, *Nuestra palabra*, y el veto al ingreso al país del semanario uruguayo *Marcha*, que en tiempos de Aramburu, Frondizi e

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Illia jamás fue interdicto. Se trata de una publicación independiente, izquierdista tanto como nacionalista, y antiimperialista, pero el Ejército la ha fichado maliciosamente como comunista, en venganza por ciertos artículos que se ocuparon de él mientras hacía de presidente José María Guido. Por eso, hasta tanto no haya régimen constitucional, *Marcha* no podrá entrar en el país, al menos mientras la SIDE pueda impedirlo. La tercera hazaña de Onganía en el campo periodístico la constituye la clausura de *Tía Vicenta*, el suplemento humorístico del matutino *El Mundo*. Su director, Landrú, jamás dejó títere con cabeza en materia de presidentes; fue Landrú quien sin proponérselo y sin medir las consecuencias de su "hallazgo" popularizó la imagen de tortuga aplicada a Illia y a su gobierno, que los golpistas capitalizaron en su favor mediante una adecuada acción psicológica que dio muestras acabadas de su eficacia cuando se produjo el Plan de Lucha de 1964, en el cual se entreveraron ciertos servicios de informaciones y no precisamente en contra, como lo refirió la revista *Inédito* en su serie "El golpe contra Illia".

En el caso de Onganía, Landrú imaginó en su célebre tapa de *Tía Vicenta* una reunión de morsas, una de las cuales, muy parecida al dictador en el rubro bigotes, exclama: "¡Ya somos gobierno!" Con su característica falta de sentido del humor, tanto como por la prevención hecha por sus asesores sobre las consecuencias que podría tener para su imagen la popularización de la caricatura, Onganía dispuso el cese de la publicación. Y aquí llegamos al punto clave de lo que será el periodismo durante el onganiato y su sucesión. No había entonces estado de sitio y por lo tanto ninguna justificación más o menos legal que no pudiese ser llevada ante los tribunales con la casi absoluta seguridad de ser derrotada por abusiva y arbitraria. Pero por lo que se sabe, la dirección del diario *El Mundo* prefirió el "sufrir en silencio" y no chistar ni discutir en momentos en que una publicación mucho menos poderosa y casi desconocida, *Prensa confidencial*, peleaba con éxito su subsistencia.

Lo de "sufrir en silencio" es una expresión célebre en los anales del periodismo argentino. La acunó un matutino porteño a las pocas horas de caído Juan Domingo Perón, a modo de explicación de su actitud no crítica durante los casi diez años de gobierno peronista, una abstención voluntaria tanto más significativa cuanto que era público y notorio que su inmensa masa de lectores y avisadores se reclutaban entre lo más selecto y dedicado del antiperonismo. A partir de lo de *Tía Vicenta* el periodismo en pleno se consideró notificado y obró en consecuencia, con alguna que otra excepción confirmatoria de la regla. Cuando a fines de julio de 1966 se produce la intervención a las universidades y el onganiato muestra sus primeras uñas en materia de "disuasión" policíaca, los diarios recogen tímidamente y en escasas líneas el operativo conocido como "La noche de los bastones largos". Serán revistas como *Así*, *Análisis* y *Primera Plana* las únicas —especialmente *Así*— que se referirán con lujo de detalles y hasta con fotografías al salvaje episodio. Empero, el lector o el estudioso inútilmente buscarán algún editorial condenatorio en la prensa grande, la que cuenta, la comercial. Y ello es así porque precisamente esa prensa era la que más denodadamente luchaba, desde años atrás, por la liquidación del régimen tripartito universitario y por la intervención en esa singular experiencia que se llamó la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA).

Era a todas luces improbable que censurara algo que íntimamente la llenaba de regocijo. Esa prensa grande era la que bramaba contra la toma de facultades por estudiantes que exigían aumentos en el presupuesto universitario, o por el dictado de clases en la vía pública para llamar la atención de la población; pero esa misma prensa había aplaudido análogas tomas de casas de estudio en 1945, porque en aquella época esa acción iba enderezada contra el gobierno de Farrell y su ministro Perón. En una palabra, lo repudiable no es qué acto se comete, sino el fundamento o la ideología que lo sustentan. Será bueno, o será malo, en función del objetivo que procura alcanzar. Y como suele ocurrir en tales casos, el público de Europa o de Estados Unidos pudieron tener detalles exhaustivos y hasta leer editoriales como el del *New York Times* condenatorios del episodio del "viernes negro universitario", referencias que la prensa grande argentina retaceó o negó a sus

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lectores VOLUNTARIAMENTE, es decir, sin que nadie la amenazara ni presionara. Es más, hasta juraríamos que el onganiato tenía interés en la divulgación de la salvajada, puesto que permitió trabajar a los cronistas y reporteros gráficos sin los obstáculos que semanas más tarde comenzaría a colocar invariablemente a su labor. Y ese interés estaba determinado por el propósito fundamental de la acción punitiva contra Ciencias Exactas y Arquitectura: atemorizan al estudiantado universitario con el ejemplo de qué podían esperar de la policía aun cuando fuesen mansos y pacíficos, aun cuando alzaran los brazos en señal de rendición y aun cuando no resistieran a la invasión de los claustros siquiera con una hoja de afeitar. No obstante, la prensa grande minimizó esa expresión de barbarie porque tenía conciencia, y conciencia culpable, del grado de su participación en el clima que preparó e hizo posible "La noche de los bastones largos". Y además, porque su norma para lo sucesivo será destacar en titulares, subtitulares, fotografías y sus epígrafes toda acción violenta o pacífica de estudiantes y trabajadores contra la dictadura, y rebajar, tanto en la información como en el comentario, los actos de represión de la policía, por muy brutales que sean y aunque alcancen a los propios cronistas y reporteros gráficos, no pocas veces víctimas de esa indiscriminada brutalidad.

Para entonces ni siquiera era necesario que la dirección o las jefaturas de redacción impartieran instrucciones precisas a su personal sobre el modo de tratamiento de la información local. Por regla general existe algo así como un condicionamiento automático de cronistas y redactores, mal llamada deformación profesional, y mejor denominada "olfato", que les indica de qué lado sopla el viento, cuándo se transforma en tempestad y cómo capearla sin riesgos. Riesgos de sustentación, por supuesto, en primer término en la empresa que le paga; y en segundo término riesgos que no dependen de la empresa sino del aparato de represión. Únanse ambos y agrégueseles la existencia del estado de sitio, que todo la sacraliza y consiente cuando de opositores al régimen se trata, para explicarse por qué aunque no pocos periodistas querrían ser fieles a la verdad y describirla según su leal saber y entender,

un muro de autocensura se alza entre él y su profesión. A veces es sutil, etéreo, se lo percibe sin razón palpable y evidente; en general, rebosa de materialidad, se toca su contextura y su sustancia. En todo caso, casi con la asunción de la profesión de periodista, se descubre que hay un *nosotros* y un *ellos* que opera con prescindencia de la verdad objetiva. Y si hay un *nosotros* y un *ellos*, ¿no es natural que prive la subjetividad incluso para noticias aparentemente inocuas como podrían serlo las descripciones de partidos de fútbol? (¿Qué diario publicó, por ejemplo, aquella memorable silbatina y abucheo de que fue objeto Onganía cuando asistió a un partido internacional en el estadio de Racing?)

Para colmo de males, en tiempos de Onganía hubo un genio en materia de administración de empresas, con un apellido que sonaba a estornudo, que descubrió el modo de dulcificar al periodismo sin necesidad de medidas tan antipáticas como la de clausurar publicaciones como *Azul y Blanco* y *Prensa confidencial* o secuestrar ediciones íntegras de *Inédito*. Aunque estas dos publicaciones no entraban en el rubro de periodismo comercial sino en el de publicaciones políticas y por ende no dependientes de la publicidad, la repercusión interna y externa se hacía sentir sobre entidades tan solemnes y bien nacidas como la SIP y ADEPA. Federico Frischknecht descubrió que la publicidad oficial, desperdigada a la buena de Dios, podía ser centralizada a través de TELAM, agencia cablegráfica de propiedad de la SIDE, con la añadidura de que las comisiones quedaban en casa en lugar de ser cobradas por las tradicionales agencias de publicidad. Ni siquiera Perón había dispuesto de un ente tan persuasivo para domesticar al periodismo renuente. Juzgada con la óptica librempresista, la nueva forma jurídica que se dio a TELAM, más las atribuciones conexas, debería haber sido combatida por todos los diarios como medida típicamente totalitaria y contraria al espíritu de la "libertad de prensa". Pero salvo muy tibias objeciones de alguno que otro diario, la aceptación del nuevo engendro fue general. Y es lógico, puesto que tanto TELAM como los diarios de empresa responden al mismo e idéntico sistema, el *establishment*, es decir, *nosotros*. El periodismo de *ellos* es

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de combate, algunas sacrificadas hojas de la CGT de los Argentinos, *Propósitos, Inédito* que sobreviven a duras penas y a los que se puede clausurar de un plumazo cuando se ponen molestos y aumentan peligrosamente su circulación. ¿Por qué habría de protestar ahora *Primera Plana* porque TELAM la haya borrado de sus asignaciones de publicidad, si no protestó cuando hace algunos años hizo lo propio con ella la empresa Bunge & Born, disgustada por algunas notas? Las leyes del juego las dicta quien está en condiciones de estipular el reglamento, y o se allana uno a ellas o no juega. TELAM y Bunge & Born son el *establishment* e imponen desde hace mucho ese reglamento que, de ser aplicado en la hipótesis de que un gobierno al estilo de Allende en Chile triunfará en la Argentina, sería denunciado como dictatorial y totalitario. ¿Imagina alguien el tenor de los editoriales de la gran prensa en caso de que una TELAM socialista discriminara la publicidad en la forma en que lo hace hoy pero al revés?

Casi sin temor a equivocarnos, podríamos afirmar que de unos años a esta parte la sección "policía" de la prensa comercial es la más vigilada, tanto interna como externamente. En un régimen asentado sobre la fuerza luego del abatimiento del gobierno constitucional, el rubro represión es tan sensible como el económico, y a veces quizás mucho más. Nada lo demostró mejor que el manejo de la información *a posteriori* del "Cordobazo". La irrupción de un fenómeno impensable según la limitada mira de los diarios capitalinos; la rebeldía del interior del país expresada a través de gremios y entidades con problemas localizados y muy particulares; el repudio generalizado a una política de entrega simbolizada por el titular del Ministerio de Economía; y la eclosión multitudinaria de sectores hasta ese momento —y tradicionalmente— encontrados, como el de los estudiantes y obreros, desconcertó a sus dueños y editorialistas, con o sin firma. Releer las páginas de los diarios de Buenos Aires de fines de mayo y todo el mes de junio de 1969 implica un ejercicio mental en el que la sorpresa sucede a la admiración, y ésta a la sonrisa: contradicciones, incomprensiones, interpolaciones, supresiones, se suceden o intercalan en los textos procedentes de Córdoba y "mejorados" o alterados en Buenos Aires. Hay, empero, un factor de comparación que rescata involuntariamente la verdad: las crónicas filmadas por los canales de televisión, ese moderno elemento de competencia que desespera cada vez más a la prensa escrita, entran por los ojos y cerebros de millones de espectadores, una posibilidad cada vez más alejada de los propietarios de diarios, que a lo sumo cuentan con algunos centenares de miles de lectores en conjunto, con tendencia a disminuir más todavía.

Quizás esta nueva realidad explique la prefencia, mostrada en los años recientes por la policía, en atacar a los camarógrafos de la TV con el mismo entusiasmo mostrado para con los cronistas de la prensa escrita. Son los testigos molestos, aun sin proponérselo, de lo que ocurre cuando la policía disuelve una manifestación obrera o estudiantil, cuando recupera una fábrica o una facultad, cuando actúa en función represiva político-social. La ley del juego prescribe que el periodista descalabrado no puede esperar ser defendido ardorosamente por el medio periodístico en el cual está empleado. Se trata, evidentemente, de un accidente de trabajo, como el del albañil que cae de un andamio; el culpable es él aunque la empresa no haya colocado los correspondientes resguardos para impedir la caída.

Hay, como siempre, resquicios, como ocurre en cualquier dictadura, sea de modelo paraguaya, brasileña o griega; pero son contados y tan escasos como las entrelíneas de alguna crónica que escapó a la vigilancia del secretario de redacción. Pueden contarse con los dedos de una mano los casos en que un cronista y un diario se jugaron tras una información que afectaba al régimen (el corresponsal de *La Razón* en Córdoba, que relató la represión policial a pacíficos vecinos que asistían a la representación de Carnaval previa al segundo "cordobazo"; el corresponsal de *Clarín* en Mar del Plata, que durante varias semanas cubrió el caso del asesinato de Silvia Filler; el corresponsal de *La Nación* en Córdoba, se refirió el "comisariazo", etc.); pero la norma postula un silencio tácito o selectivo, o algo que sigue siendo lo peor en periodismo: decir una verdad a medias, lo cual no implica que la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

otra mitad es mentira sino que es una mentira el todo. En algunos países, entre ellos Uruguay, se asegura por ley una justa asignación de la publicidad oficial a todas las publicaciones que impriman un tiraje mínimo estipulado, sin que se tenga en cuenta su posición política o ideológica; y también prevé su legislación que si un ciudadano es lesionado en su honor por una publicación maliciosa o falsa, tiene el derecho a la rectificación en el mismo lugar, espacio, página y diario que le ha afrentado, sin tener que pagar por ella. En la Argentina no rige ninguna de esas previsiones y quien quiera defenderse de una imputación calumniosa o injuriosa, deberá pagar una solicitada en espera de que sea el juez quien limpie la mancha, si es que tiene dinero para darse ese lujo. Si se toma el recordado caso Penjerek, ¿qué satisfacciones se le dieron al comerciante Vecchio después de varias semanas de llenar los diarios columnas y hasta páginas enteras con el relato de sus presuntas aberraciones? ¿Quién proporcionaba esa interesada —y falsificada— información?

Aquí tocamos otro de los puntos esenciales del problema. Según las leyes, un ciudadano acusado de un crimen es inocente hasta que su culpabilidad quede demostrada; también prescriben que nadie puede ser obligado a declarar contra sí mismo. Cabe hacer justicia a Onganía y admitir que la norma de violar ambos preceptos es muy anterior a su gobierno. Las oficinas de prensa policiales o sus voceros oficiosos proveen de información detallada de hechos que inculpan a ciudadanos no sólo antes de que el juez haya tenido oportunidad de expedirse sino incluso antes de que el sumario llegue a sus manos. En cuanto a la compulsión que se ejerce para que un detenido acepte uno o muchos cargos contra él —no importa que el preso lo sea por razones políticas o por delitos comunes—, tenemos el triste privilegio, según lo historiaron el *New York Times* y el *Financial Times* de Londres, de haber sido los precursores de ese mecanismo manual y de manejo simple llamado picana eléctrica, que logra algunas veces información para la investigación, pero por norma provoca admisiones falsas y hasta delirantes. Con tal de librarse del suplicio, el

preso admite todas las culpas, desde la muerte de Cristóbal Colón hasta la de Carlos Gardel, por así decirlo.

Las presunciones policiales y las confesiones arrancadas de esa manera son publicadas por los diarios sin que el acusado —o ensuciado— tenga la más mínima posibilidad de defensa, entre otras cosas porque está preso, pero con mayor razón porque ningún diario le daría espacio para rebatir lo que se supone es palabra sacrosanta de la policía. Ésta, pues, siempre tiene razón contra el acusado, desde el primer momento, en los diarios. Y para cuando la justicia ha dictaminado su inocencia, si tal es el caso, la "reparación" se ha producido mucho tiempo después de ocasionado el daño... y los diarios dedican unas pocas líneas, si las dedican, en contraste con las columnas o páginas publicadas originalmente y que quizá serán un baldón de por vida.

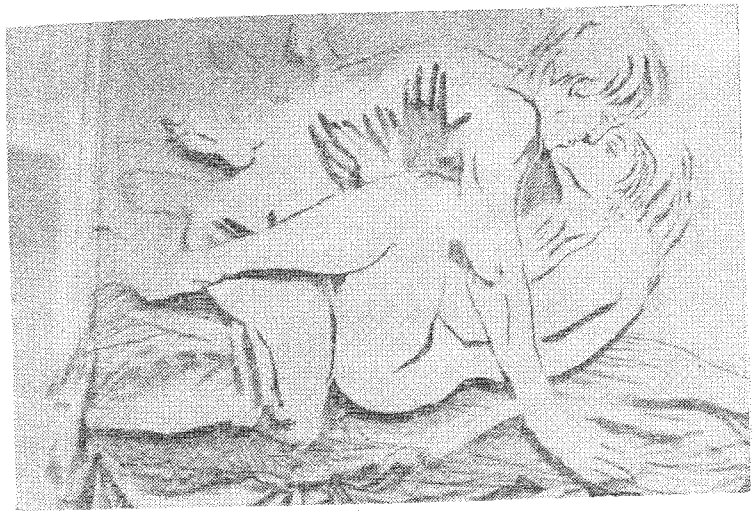
Dar una versión unilateral de un suceso es una verdad a medias, o sea una mentira, ya lo indicamos, pero silenciar del todo un episodio sobre el cual existen denuncias de personas responsables o en todo caso minimizar su importancia o, ya del todo peor, justificar veladamente la violación de los derechos humanos si la víctima no es de *nosotros* y quizás —no es indispensable que así sea— en cambio es de *ellos*, es en los tiempos que corren una novedad que sacó carta de ciudadanía con el onganiato. Si se buscara una demostración de cómo opera la autocensura en el periodismo argentino, esta sería la más rastreable y computable. Otra sería la medición, en líneas, centimetraje y si se quiere, columnas, de cuánto han destinado los diarios, desde el onganiato en adelante, para describir y comentar sucesos policiales atendiendo a la versión de los de *nosotros*, por una parte, y la versión de los de *ellos* por la otra.

El caso de la maestra Norma Nubia Morello podría ser la "muestra" sociológica capital. Solamente un semanario, *Primera Plana*, seguramente por ser de *ellos* hasta el punto de que TELAM la ha dejado sin avisos oficiales, se atrevió a reproducir textualmente la historia de su calvario desde que fuera arrestada en Goya y trasladada a Rosario, hasta su puesta en libertad meses después. Pero *Primera Plana* no tiene el tiraje de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

los diarios, imprime apenas alguna que otra decena de miles de ejemplares. Y así y todo, la sensación producida por esa publicación no dejó de reflejarse en los cuarteles, con una sensación de amargura y horror. Y no fue necesario que los sacerdotes tercermundistas mostraran ante Lanusse, durante la Retreta del Desierto, un cartel en el que se acusaba a las fuerzas Armadas como responsables de las torturas a presos políticos, para que aquél se diera por enterado de su existencia. Como lo declaró en Rawson ante familiares de presos que protestaban por su aplicación, "me hace sentir con la angustia de no ser más hábil para saber si existen realmente torturas y eliminarlas. Yo de ninguna manera las voy a permitir en ningún lado".

Si el periodismo hubiera sido fiel a su misión, Lanusse no habría tenido motivos para sentirse angustiado por la duda. Si los diarios que fueron valientes para contar en la década del 50 lo ocurrido al estudiante Bravo y al doctor Ingalinella sin preguntarse si eran de *nosotros* o de *ellos*, repitiesen su conducta sin preferencias ni selecciones, los gobernantes tendrían elementos de juicio bastantes como para no lamentar ser inhábiles, y preciarse en cambio de ser justos. Y respetuosos de la condición humana. Y de sus derechos. El mal no reside sólo en su comisión. Se complica con el silencio y ocultación cómplices de quienes tienen la obligación material y moral de denunciarlo y condenarlo. La gran prensa está, en este sentido, en deuda con el país.



BLANCO SOBRE BLANCO

Por Lea Lublin

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA HUMANIDAD HERIDA

Por Andrew Graham - Yooll

La tortura ha pasado a ser parte de la vida del país. El "no te metas" o un alto grado de civilización (la civilización que determina no inmiscuirse en asunto ajeno) permiten que tal aberración se tolere.

Se ha planteado una cuestión de humanidad herida. No debe continuar el uso de la tortura como una herramienta de gobierno.

Al igual que otros momentos del mundo que quedaron signados por la brutalidad, la tortura ha marcado a este período de la historia. Se ha justificado como método de interrogatorio. Hay hombres, hasta dirigentes de grupos populares, que atacan la tortura al protestar contra el régimen, pero reconocen que al llegar ellos al gobierno podrían estar junto a los torturadores, admitiendo la posibilidad de "torturar a los enemigos del pueblo". Pero el respaldo de la masa hace innecesario para un gobierno el uso de semejante castigo. Es resorte del usurpador.

El Tte. Gral. Alejandro Agustín Lanusse, en su viaje por ciudades patagónicas durante la segunda quincena de mayo, lamentó la posibilidad de que existiera la tortura — pero no fue más allá de la conversación. En el Chaco antes, y luego en la Patagonia, declaró que el haber sido víctima de prisión y tortura le daba la autoridad para tratar el tema, pero esa experiencia no la usó para imponer la detención de las atrocidades que le denunciaban. Los cronistas de la Casa de Gobierno desecharon sus palabras como mera necesidad del momento. Tortura hubo siempre —dijeron sin remosquearse— y estaba fuera de su alcance detenerla. Los dueños del oficio fueron heredados por un gobierno tras otro. Las palabras del presidente desataron la protesta editorial[1], condenando los apremios (ya con beneplácito oficial); pero, salvo excepciones[2], no se convirtió en campaña y quedó en un sesudo y pasajero comentario.

[1] *La Opinión* (Rodolfo Terragno), 10/6/72; *El Cronista Comercial*, 18/5/72; *La Nación*, 13/6/72; Revista *La Familia Cristiana*, Junio de 1972, y otros.

Es que no hay conciencia contra la tortura. No hay reparos en bestializar al enemigo por medio del horror, en defensa de los intereses de un gobierno. No hay meditación masiva sobre el hecho de que la tortura fomenta odios irreconciliables. Contra tan poca resistencia colectiva, ha sido fácil responder que los alegatos de tortura son un plan extremista para ensuciar la imagen de las fuerzas de seguridad.

¿Quién recuerda ahora a Raquel Luna, a Luisa Veloso, a Elena Codan, a Emma Elida de Benedetti, y a muchas mujeres que fueron vejadas y humilladas en la mesa de torturas? ¿Quién no está olvidando ya a Andrés Alsina Bea, a Eduardo Jozami, a Ignacio Ikonicoff, a Hugo Monti, a Juan Lanchowski, a tantos otros? ¿Y quién recordará dentro de algún tiempo a Norma Morello, aunque fuera el de ella uno de los casos más publicitados?

El olvido lo determina la falta de conciencia contra la tortura. Si hasta se puede ver gracioso el tema: vista está la máquina de torturas usada como fondo para un programa de humor político en televisión los domingos.

La tortura se acepta en este medio como se admite el antisemitismo. Pero en caso de crítica se niega su existencia, o se justifica con cierto tipo de individuos o grupos. La Argentina es, de hecho, aunque no como político, tolerante con el antisemitismo y la tortura. Ambos son casos límite, pero índices de subdesarrollo e ignorancia. La solución es, naturalmente, educar. *

[2] Revista *Primera Plana* (ver números de abril, mayo y junio de 1972).

* Entre los materiales de este número de *Testigo* dedicado en parte a dar testimonio de la violencia figuraban algunos testimonios textuales de varios torturados. Nos abstenemos de hacerlo, dada la vigencia del art. 212 del Código Penal dictado por el Gobierno cuando estas páginas se hallaban en prensa. Rescatamos sólo, de la nota del presentador de aquellos testimonios, los siguientes párrafos: "La tortura se aplica tanto a delincuentes comunes como a presos políticos, pero mientras a los primeros, en general, 'sólo' se los golpea bárbaramente o directamente se los asesina, con los presos políticos se utilizan procedimientos terroristas mucho más refinados, como la picana eléctrica en los órganos genitales o en la boca; el agua hirviendo en los tímpanos; los simulacros de fusilamiento; la violación, los baños de ácido en las partes más sensibles del cuerpo, además del mencionado asesinato cuando consideran que las circunstancias lo requieren. Una cantidad creciente de hombres y mujeres sometidos a torturas mueren durante la aplicación de las mismas o quedan inútiles para el resto de sus días." (*N. de la R.*).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CUENTOS

Por Inés Hosking

Nº 1

Atravesé el parque con paso resuelto. Se diría que conocía el camino. Sin embargo, cada paso que daba, cada pisada tan segura y fuerte en apariencia, era en realidad nada. Sentía cada vez con más nitidez que me acercaba a ningún lado. Las hojas secas y crujientes bajo mis pies se me antojaban gritos que surgían de mí mismo, para repetirme a cada instante que el parque estaba vacío, que mi paso resuelto no conducía a ninguna parte. Pero no podía detenerme aunque presentía, sabía que me encontraría con mi desesperanza, con mi nada. El parque era cada vez más amplio; el aire limpio, liviano, transparente, casi se diría que no existía. Como mi vida, como mi sueño.

Estaba rodeado de cosas, de seres muertos, quietos, espectrales; todos me observaban, espiaban mis movimientos desde todas partes, pero nada se movía; yo iba hacia las cosas, hacia los rostros duros, helados, de los bancos, de las plantas, de las inexplicables estatuas de blanco marmóreo y frío. Todo estaba quieto allí, y permanecía lejos del sendero. De *mi* sendero.

A lo lejos creí ver un camino entre las flores, cerca de la pequeña laguna. Me dirigí hacia allí apresurando el paso. Mis manos comenzaron a humedecerse y sentí un leve estremecimiento: sí, allí había alguien, en aquel banco una figura se destacaba nítidamente; yo ya casi corría, dejé de oír los gritos de las hojas secas, sentí que respiraba más ansiosamente, los árboles ya no eran sombras duras y ausentes, las estatuas se movieron y extendieron sus brazos hacia mí, y seguí corriendo, corriendo...

Me detuve jadeando ante el banco blanco, estaba cansado y trataba de recuperar el aliento afanosamente; gruesas gotas de sudor me bañaban el rostro. Quise decir algo; extendí mi mano, y choqué con una superficie fría y dura. Un débil rayo de luna apareció de pronto, y a su luz descubrí horrorizado que mi mano estaba entre las manos de una estatua.

Nº 8

—Pensó qué diferente sería si todo hubiera ocurrido hace un año. O diez. O cien siglos antes de encontrarse con ese hastío y esa desesperación que hielan los sentidos.

—X entreabrió sus labios... ¡qué dulces y deseables debían de ser sus labios! X recorrió su cuerpo y depositó su amor en cada célula.

—Trató de imaginarse cómo sería el amor. Hizo un esfuerzo: sólo un poco, y retroceder en el tiempo, ser el que antes fue, el que buscaba, el que soñaba con esos labios que ahora le pertenecían... o que podrían pertenecerle si él fuera algo.

—X habló; muy quedo, y dijo aquellas mismas palabras que tantas veces él había repetido a su espejo, exactamente esas que lo mantenían despierto noches enteras, creyendo oírlas a cada instante.

—Sintió lo frío que es el silencio que cabe dentro de la boca y de las manos, cuando hay alguien que dice muchas cosas que quisiéramos aprisionar en el aire para que no dejen de repetirse nunca. Y sin embargo... sin embargo tembló cuando supo que esas paredes que los rodeaban, ese techo, todo lo que allí había, recibía más amor que él, que estaba allí, pero hacía tiempo que se había ido.

—X se incorporó. Lo miró con esos ojos deliciosos, chispeantes. Hubiera querido extender los brazos y apretar al amor. Para qué. Ya no era lo mismo. Sus brazos eran aquellos que habían encerrado su secular soledad durante tanto tiempo, que ya no le quedaba lugar para otra cosa. Y supo que se llamaba cien veces espera, y que ya no podía cambiar de nombre.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CUENTOS

Por Claudia Prieto

I

Había llegado la hora más linda del día. La hora de la sopa. Fue al comedor y se sentó en una silla blanca. Al lado de la ventana. Con el plato sobre sus piernas, empezó a comer. Suavemente introdujo la cuchara y, más suavemente aún, la llevó a su boca. Sintió cómo la sopa pasaba por su garganta, sintió cómo llegaba a la punta de sus pies. Volvió a meter la cuchara y la movió adentro del plato. El humo le empañó la tristeza. Tomó otra cucharada. De nuevo la sensación de llenarse. Esta vez la sopa se dirigió a sus manos y a su alma.

Entre trago y trago, miraba la gente que caminaba por la calle.

Cuando terminó, tomó el plato y lo estrelló contra la pared. Fue a la cocina y esperó a que llegara el día siguiente. A que llegara una nueva hora de la sopa.

II

Estaban cansados de estar solteros y decidieron casarse. Al principio todo iba más o menos bien. Vivían en una sola habitación. Con un baño y algo medio raro que utilizaban para comer cuando tenían hambre. No era ni siquiera una cocina. Nunca se preocuparon por saber lo que era exactamente. Pasaron dos o tres años. Las cosas empezaron a cambiar. No tenían dinero y tuvieron que vender las camas. Él dormía en una valija y ella en el ropero, que era más cómodo. El tiempo siguió pasando y tuvieron que vender las dos únicas sillas que tenían. Se sentaban en el picaporte o en el inodoro. A veces en la manija de

la puerta. Al final, se dieron por vencidos y resolvieron pedir ayuda. Les prestaron unos pesos y se compraron dos máquinas de tejer.

Así empezaron a tener dinero. Pero no eran felices. Las mañanas empezaban a las ocho y cada uno se sentaba en su máquina. No se hablaban. Entonces se les ocurrió inventar un idioma con las máquinas de tejer. Y así lo hicieron. Sin siquiera mirarse sabían perfectamente lo que el otro quería decir. Ya fuera por la cantidad de vueltas o por la lana que usaban o por la fuerza que ponían en correr el carro. Y así pasaban los días. Tejiendo y tejiendo. Tan lejanos pero a la vez tan cercanos uno del otro (la habitación era muy chica).

Ya no se querían, uno se daba cuenta porque usaban lana de color negro y tejían punto Santa Clara. Cada vez se hablaban menos en ese idioma que habían inventado.

Ella se fue a su ropero. Él a su valija. Ya no existían. Un cuarto vacío, dos máquinas de tejer. La nada.

III

Siempre pensó que era una desgracia no haber nacido negro. No sabía exactamente por qué. Su sueño era ser uno de esos grandes negros del África. Esos que uno sólo ve en fotos y que imagina que nunca va a conocer. Uno de esos negros inmensos, oscuros, más oscuros que lo desconocido. Altos, sosteniendo el mundo, inacabables.

Siempre pensó que era una desgracia no haber nacido negro. Inventó muchas cosas para convertir su piel blanca en una piel que se pareciera un poco a la de ellos, pero todas fallaron.

Hasta que un día se dio cuenta que lo único que le quedaba por hacer para cumplir su sueño era irse a vivir a una chimenea. Ahí sí que sería negro. En la piel, en los pensamientos, en la soledad, en todo negro.

Eligió un gran edificio, con una chimenea muy estrecha. Se metió y se acurrucó en un rincón. Pasaba los días, ya sin morir. Pronto el hollín lo empezó a cubrir. No veía nada, sólo a veces cuando el sol brillaba mucho. Entonces alcanzaba a divisar su piel, oscura como la muerte y se ponía a reír y a reír y a reír. A la noche rodeaba sus rodillas con los brazos, bajaba la cabeza y se ponía a vivir...

IV

Porque Sor Sebastiana tenía calor y necesitaba un poco de sol, fue a dar una vuelta. Caminó por las calles arrastrando las hojas de los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

árboles con su hábito y trató de llenar sus puros pulmones con un poco de aire más puro todavía. Una gran cruz de plata colgaba de su cintura y de vez en cuando Sor Sebastiana la tomaba entre sus manos y miraba al cielo, como queriéndose disculpar por poner sus santos zapatitos abotinados sobre esas calles tan ateas y prostituidas de la ciudad. Porque Sor Sebastiana se cansó fue que paró en esa esquina. Y sucedió. Una fuertísima ráfaga de viento comenzó a soplar. El hábito de Sor Sebastiana se empezó a levantar. Bordado en el ruedo con letras de oro se leía una frase que había sacado de un libro de Cortázar: "Inventen nuevas perversiones, por favor, que ya estoy cansada." Al lado, pegada con goma, una estampita de la virgen Maríasinpecadoconcebida. Más arriba, un fajo de cartas envueltas en cinta azul; en una de ellas, que no estaba en el sobre, sino que había cosido muy prolijamente a la tela, decía: "Querida Seba: Jamás olvidaré tu figura, ni tu dimensión, ni tus palabras, ni todo lo que vivimos juntos. No sé por qué te empeñas en irte y lastimarme..." Pegados a la combinación con durex, fotos de los Beatles y un poster que decía: "post is fun". Dentro de la bombacha, junto al vientre, el diario del Che Guevara, un libro de John Lennon y una postal que reproducía el David de Miguel Ángel. Todo un mundo dentro de su hábito. En esa oscuridad que por fuera parecía tan blanca, el universo.

Y el mundo la vio. Amén.

V

Vivía en un desierto. Lo único que tenía era una silla de madera, pintada de blanco. Se pasaba los días sentado en ella. Miraba al cielo y cuando el sol lo quemaba hasta romperle la piel, se acurrucaba debajo de su silla. A la tarde, parado sobre ella, pensaba. Y divisaba el horizonte, ese al cual nunca llegaría. Y trataba de contar con los ojos los miles de granitos de arena. Todos los días empezaba pero nunca llegaba a terminar. A la noche se acostaba en la silla (sólo el estómago porque las piernas y la cabeza le quedaban en el aire). Escuchaba. Los médanos rugiéndole y el viento haciéndolo tambalear. Cuando comenzaba a salir el sol se quedaba muy fijo mirándolo y sus ojos se empezaban a llenar de rayos y su sangre era un caleidoscopio. Las piernas se le empezaban a doblar y caía, abrazado a su silla. Entonces el viento empezaba a soplar muy fuerte y lo arrastraba rodando. Hacia el horizonte. O tal vez adonde los muertos guardan sus voces. Y el día empezaba de nuevo. Vivía en un desierto.

EXISTE UN HOMBRE QUE TIENE LA COSTUMBRE DE PEGARME CON UN PARAGUAS EN LA CABEZA

Por Fernando Sorrentino

Existe un hombre que tiene la costumbre de pegarme con un paraguas en la cabeza. Justamente hoy se cumplen cinco años desde el día en que empezó a pegarme con el paraguas en la cabeza. En los primeros tiempos no podía soportarlo; ahora estoy habituado.

No sé cómo se llama. Sé que es un hombre común, de traje gris, levemente canoso, con un rostro vago. Lo conocí hace cinco años en una mañana calurosa. Yo estaba leyendo el diario, a la sombra de un árbol, sentado pacíficamente en un banco del bosque de Palermo. De pronto, sentí que algo me tocaba la cabeza. Era este mismo hombre que, ahora, mientras estoy escribiendo, continúa mecánica e indiferentemente pegándome paraguazos.

En aquella oportunidad me di vuelta lleno de indignación (me da mucha rabia que me molesten cuando leo el diario): él siguió tranquilamente aplicándome golpes. Le pregunté si estaba loco: ni siquiera pareció oírme. Entonces lo amenacé con llamar a un vigilante: imperturbable y sereno, continuó con su tarea. Después de unos instantes de indecisión y viendo que no desistía de su actitud, me puse de pie y le di un terrible puñetazo en el rostro. Sin duda, es un hombre débil: sé que, pese al ímpetu que me dictó la rabia, yo no pego tan fuerte. Pero el hombre, exhalando un tenue quejido, cayó al suelo. En seguida, y haciendo, al parecer, un gran esfuerzo, se levantó y volvió silenciosamente a pegarme con el paraguas en la cabeza. La nariz le sangraba y, en ese momento, no sé por qué, tuve lástima de ese hombre y sentí remordimientos por haberle pegado de esa manera. Porque, en realidad, el hombre no me pegaba lo que se llama paraguazos; más bien me aplicaba unos leves golpes, totalmente indoloros. Claro está que esos golpes son infinitamente molestos. Todos sabemos que, cuando una mosca se nos posa en la frente,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

no sentimos dolor alguno: sentimos fastidio. Pues bien, aquel paraguas era una gigantesca mosca que, a intervalos regulares, se posaba, una y otra vez, en mi cabeza. O, si se quiere, una mosca del tamaño de un murciélago.

De manera que yo no podía soportar ese murciélago. Convencido de que me hallaba ante un loco, quise alejarme. Pero el hombre me siguió en silencio, sin dejar de pegarme. Entonces empecé a correr (aquí debo puntualizar que hay pocas personas tan rápidas como yo). El salió en persecución mía, tratando infructuosamente de asestarme algún golpe. Y el hombre jadeaba, jadeaba, jadeaba y resoplaba tanto, que pensé que, si seguía obligándolo a correr así, mi torturador caería muerto allí mismo.

Por eso detuve mi carrera y retomé la marcha. Lo miré. En su rostro no había ni gratitud ni reproche. Sólo me pegaba con el paraguas en la cabeza. Pensé en presentarme en la comisaría, decir. "Señor oficial, este hombre me está pegando con un paraguas en la cabeza." Sería un caso sin precedentes. El oficial me miraría con suspicacia, me pediría documentos, comenzaría a formularme preguntas embarazosas, tal vez terminaría por detenerme.

Me pareció mejor volver a casa. Tomé el colectivo 67. Él, sin dejar de golpearme, subió detrás de mí. Me senté en el primer asiento. Él se ubicó de pie, a mi lado; con la mano izquierda se tomaba del pasamano; con la derecha blandía implacablemente el paraguas. Los pasajeros empezaron por cambiar tímidas sonrisas. El conductor se puso a observarnos por el espejo. Poco a poco fue ganando al pasaje una gran carcajada, una carcajada estruendosa, interminable. Yo, de la vergüenza, estaba hecho un fuego. Mi perseguidor, más allá de las risas, siguió con sus golpes.

Bajé —bajamos— en el puente del Pacífico. Íbamos por la avenida Santa Fe. Todos se daban vuelta estúpidamente para mirarnos. Pensé en decirles: "¿Qué miran, imbéciles? ¿Nunca vieron a un hombre que le pegue a otro con un paraguas en la cabeza?" Pero también pensé que nunca habrían visto tal espectáculo. Cinco o seis chicos nos empezaron a seguir, gritando como energúmenos.

Pero yo tenía un plan. Ya en mi casa, quise cerrarle precipitadamente la puerta en las narices. No pude: él, con mano firme, se anticipó, agarró el picaporte, forcejeó un instante y entró conmigo.

Desde entonces continúa golpeándome con el paraguas en la cabeza. Que yo sepa, jamás durmió ni comió nada. Simplemente se limita a pegarme. Me acompaña en todos mis actos, aun en los más íntimos. Recuerdo que, al principio, los golpes me impedían conciliar el sueño; ahora creo que sin ellos me sería imposible dormir.

Con todo, nuestras relaciones no siempre han sido buenas. Muchas veces le he pedido, en todos los tonos posibles, que me explicara su proceder. Fue inútil: calladamente seguía golpeándome con el paraguas en la cabeza. En muchas ocasiones le he propinado puñetazos, patadas y —Dios me perdone— hasta paraguazos. Él aceptaba los golpes mansamente, los aceptaba como una parte más de su tarea. Y este hecho es justamente lo más alucinante de su personalidad: esa suerte de tranquila convicción en su trabajo, esa carencia de odio. Esa, en fin, certeza de estar cumpliendo con una misión secreta y superior.

Pese a su falta de necesidades fisiológicas, sé que, cuando lo golpeo, siente dolor, sé que es débil, sé que es mortal. Sé también que un tiro me libraría de él. Lo que ignoro es si, cuando los dos estemos muertos, no seguirá golpeándome con el paraguas en la cabeza. Tampoco sé si el tiro debe matarlo a él o matarme a mí. De todos modos, este razonamiento es inútil: reconozco que no me atrevería a matarlo ni a matarme.

Por otra parte, últimamente he comprendido que no podría vivir sin sus golpes. Ahora, cada vez con mayor frecuencia, tengo un presentimiento horrible. Una profunda angustia me corroe el pecho: la angustia de pensar que, acaso cuando más lo necesite, este hombre se irá y yo ya no sentiré esos suaves paraguazos que me hacían dormir tan profundamente.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

MARILYN, EL FIN DE LOS DIOSES

Por Alberto Giudici

La sociedad desprecia al suicida. No es el ser que *da* su vida por los demás; es el que se la *quita* porque le pesa la de los demás. El primero es un héroe; el último, un antihéroe. Pero, ¿por qué ese paso que es como una afrenta para el mundo de los vivos? ¿A qué se desea acceder? ¿Qué se procura abandonar? La respuesta parece sencilla. En un caso, a la muerte; la vida, en el otro. Es así, pero no tan simplemente. Se accede sí, a la-Muerte, pero no se deja la-Vida; se renuncia a aquella que habitaba en nuestro cuerpo, que latía bajo nuestra piel; aquella que cada uno, en la estrecha latitud de su ser, ha gozado o ha sufrido. La muerte, en cambio, es un absoluto y por lo tanto relativiza y equipara todas las vidas. Fueron los pintores alemanes del fin del Medioevo, esos artistas austeros, tan alejados del paganismo vital del Renacimiento italiano, tan acosados por tremendos preanuncios apocalípticos, los que presintieron esa fuerza corrosiva, niveladora, de la muerte, la que, de alguna manera, cantaron. Porque en esas premoniciones amargas palpitaba una aguda crítica social: la vida humana que desaparece cada día en cada hombre que muere arrastra con él todas las vanidades, todas las ambiciones, todo el poder que se ha acumulado irreflexivamente.

Claro que el hombre es un ser histórico, tiene el sentido de la especie, el impulso conservador de su casta, de su clase, y trabaja para ella; pero los artistas germánicos con sus delirios atormentados veían más lejos, preanunciando el fin de las dinastías, de los grandes reinos, de todo lo que merece morir. La nueva fraternidad de los huesos despojados de todas sus envolturas da la medida cabal de lo que realmente se hereda; algunos, la genealogía de un apellido, la fastuosidad de una riqueza. Esos mueren más rápido porque las lápidas, los inmensos monumentos funerarios, las lujosas criptas que se le levantan —el homenaje que los vivos creen hacerse a sí mismos, a través de sus muertos "queridos", en un

desesperado intento de perpetuación— es apenas una mueca cruel: no hacen más que acentuar el destino de esos cuerpos que se corrompen dentro, tan idénticamente allanados, en un común destino, a lo que acontece en la más humilde de las fosas, apenas adornada por una cruz y un nombre.

Buscar deliberadamente la muerte es desear una nivelación; para aquellos que renuncian a su vida en favor de esa macabra igualdad, es casi una venganza. Hace diez años exactos —el 6 de agosto de 1962— en los Estados Unidos, víctima de una dosis excesiva y deliberada de barbitúricos, moría Marilyn Monroe. Inesperadamente, esa sociedad, la suya, que la había convertido en su ídolo necesario, a través del cual podía sublimar todas sus frustraciones y canalizar todas sus fantasías, se descubrió definitivamente huérfana. Pero, ¿qué paridad podía buscar un ser como Marilyn que, justamente, había accedido al pináculo de la fama? No es difícil intuirlo. Tenía, sí, un cuerpo; pero ese cuerpo ni la vida que transcurría en él le pertenecían, porque con su carne se había fabricado el ídolo que sostenía un mito, el de la sociedad americana... "M. M. tiene lo que llamo impacto carnal. Algo que se da muy pocas veces. Las tres que recuerdo son Clara Bow, Jean Harlow y ella. Estas chicas tienen carne que da en la fotografía como carne", Billy Wilder, director de cine. El suicidio de la última de "estas chicas" fue un acto de posesión de sí misma y, también, el fin abrupto de la diosa feérica que encandilaba multitudes.

Un mito. Un ídolo. Un mito vivo. Un ídolo de carne...

El mito es la sublimación de una impotencia por la fantasía de la posesión; instalarse más allá del más acá que nos domina y aprisiona. Por eso, los griegos, que como ningún otro pueblo del mundo antiguo tuvo el presentimiento de la orfandad, instalaron, en un Olimpo mítico, seres creados a su imagen y semejanza que controlaban las fuerzas de la naturaleza y regían sus actos humanos. Estas personificaciones —sus dobles— eran dioses y, por lo tanto, todo lo regulaban. Más acá, los hombres de carne y hueso superaban a través del culto la dicotomía entre su imaginería fantástica y todopoderosa y el inevitable desamparo de sus cuerpos. El médium era el ídolo, una falsa divinidad con materialidad concreta. Sublimación y realidad. Está en el cielo y en la tierra. Un ídolo.

Así fue desde los tiempos primeros y así pasó con todas las religiones. Pero la sociedad industrial, la sociedad de las dicotomías más tajantes, más dolorosas, más alienantes, necesitaba también otros ídolos. Mostrar que esa enajenación por el mito no era sólo una fantasía y que la deidad era algo más que un distanciado objeto que se adora con recogimiento. Que ellos mismos, las víctimas de la sociedad, segregaban de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tanto en tanto el ser arquetípico, hecho a la imagen y semejanza de sus sueños.

El mundo del cine, una quimera-realidad, dio como ninguno esa posibilidad hasta ahora inédita, porque el cine era también un producto industrial, un objeto a fabricar; porque a partir de ahora, el mito tenía —como en el retrato de Dorian Grey— una doble vida: una en la ficción y otra carnal. Con la particularidad de que el personaje real se debía al personaje imaginario...

Cuando la 20th Century Fox "descubrió" a Norma Jean Baker y decidió "lanzarla" al mundo de la fama, no hizo más que proceder con los métodos habituales en este tipo de empresa. Primero, fabricar la diva. Sustraerle su nombre, su historia, su destino. Y darle un nuevo nombre, una nueva historia, un nuevo destino mítico. Bel Lyon, un *producers* de la Fox, observó en ella una simbiosis casi mágica: tenía el cuerpo y el físico de Jean Harlow y el rostro y la expresión de Marilyn Miller. Su nombre entonces debía seo o Jean Miller o Marilyn Harlow. Le aceptaron el sustituto de Monroe —apellido de Norma Jean Baker (a) "Marilyn"— porque sonaba bien. Luego "me inventaron una historia, según la cual yo era una *baby-sitter* que había cuidado a los niños del director de un film y así fue como me descubrieron. Me exigieron que contara a todo el mundo esa fábula. Desde luego, no podía decirse que tuvieran mucha imaginación". Es probable, pero sí la necesaria. Los griegos fabricaron dioses omnipotentes y en esa fábula evidenciaron la dimensión gigantesca de sus sueños; una diosa *baby-sitter* era una fábula poco imaginativa, pero la necesaria para los sueños del hombre-medio-americano. La razón suficiente.

Una historia de hada buena (los desposeídos) caída en manos de un arcángel benefactor (la sociedad), abriendo a todos las puertas del éxito y la gloria. Para ello debía olvidar —como lo habían hecho tantas divas antes de ella— su historia verdadera. Olvidar que sus abuelos habían estado internados en un manicomio y que su madre —que la había abandonado el día de su nacimiento— lo estaba desde años atrás. Que desde los cuatro años en que el Servicio de minoridad la entregó a un hogar adoptivo hasta los 15 en que *fue* casada, transitó por once hogares diferentes; que en uno de ellos —tenía siete años— la dueña de casa le prohibió que la llamase mamá; que en otro de esos hogares alquilados —tenía 8 años— fue violada por un amigo de la familia, "un viejo que tenía una cadena de oro que le rodeaba el vientre" y que cuando ella se quejó a su "mamá" ésta le reprochó que "mister Parker es un señor excelente, dejate de contar mentiras e inventar cosas"; que a los diez años sus padres de turno le hicieron prometer que cuando fuera grande jamás bebería y le hicieron firmar una promesa de no fumar y tampoco

jurar; que los siguientes, en año después, consumían en cambio dos litros de whisky diarios cuyas botellas vacías iban a manos de la niña; que otra de las familias le advertía permanentemente sobre el inminente fin del mundo y que si esto acontecía mientras ella se encontraba en un cine —un pecado horrendo— "te irás abajo, muy abajo"; que a los 15 años, sus padres, al tener que abandonar la ciudad de Los Ángeles —donde había nacido el 1º de junio de 1926—, ante la imposibilidad de llevarla consigo, le buscaron un marido: James Dougherty, un joven mecánico del barrio; que cinco años más tarde, ya divorciada de James, y víctima del hambre tuvo que posar desnuda para un fotógrafo que le pagó 50 dólares por las tomas, las vendió en 500 a un fabricante de almanaques que obtuvo de ellas 750.000. Que en realidad no fue descubierta por ningún director generoso sino por un fotógrafo militar cuando ella trabajaba en una fábrica de aviación y observó en ella a un magnífico ejemplar de la sonriente "chica del pulóver" que —Lana Turner de por medio— era el prototipo de la *vamp* de Hollywood de los años cincuenta; un pulóver estrecho, lo suficientemente ceñido al busto como para advertir sobre los encantos ocultos tras la frágil lanilla... Que este desamparo, estas miserias eran, en realidad, una síntesis de la sociedad americana: el abandono de los jóvenes empujados a una brutalidad sin remedio —véase si no *La última película*, un reciente estreno en Buenos Aires—, el puritanismo hipócrita, el alcohol, el hambre y el sexo y la violencia, permanentemente la violencia.

No, en la Fox habían imaginado bien. Por inversión, sólo por inversión debía construirse el mito; el ascenso por la beatitud de los actos, por la nobleza de las intenciones, mientras afuera todos se devoran, todos se desconfían. Tan bien pensada estuvo la historia que pronto, muy pronto, el ídolo pudo instalarse en el Olimpo definitivo: el 17 de junio de 1953, los amos del cine consintieron que estampase sus manos y sus pies en una loza de cemento fresco del Hall del Teatro Chino de Hollywood, como lo venían haciendo desde 1927 todos los grandes astros y estrellas de La Meca del Cine. Pero todavía faltaba algo. Un marido. Un marido arquetípico. Pola Negri —la *vamp* polaca, una inmigrante— fabricaba permanentes matrimonios con príncipes y nobles destronados o tronados. A Marilyn había que buscarle otro arquetipo, acorde con la imagen de la *baby-sitter* angelical y sensual a la vez. Y la casaron. En 1954. Con Joe Di Maggio. Un famoso jugador del más famoso deporte de los Estados Unidos: el baseball. Con el que había sido el número uno de "Los yanquis de Nueva York" y que ahora, desde 1952, disponía de una cadena de restaurantes en toda California y una red de lavaderos mecánicos en Nueva York. Un *boy* con la goma de mascar estampada en el rostro. La imagen positiva del éxito...

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Obsérvese cualquier película americana. Obsérvese esos rostros surcados por la violencia. Allí, en el fondo de los ojos, en el gesto de la boca, persiste, como una morisqueta tragicómica, una mirada y una sonrisa infantil. Mientras la violencia devora sus vidas, mientras el vacío es cada vez más insoportable, como una mascarilla atornillada en el rostro, subsiste la imagen de una inocencia posible pero jamás vivida. Un mismo rostro para todas las edades, porque es un rostro sin edad, sin historia; un rostro que no madura, pero sí se agrieta. Si cada día se mirasen a un espejo, inevitablemente deberían descubrir ese vacío sin remedio, esa crueldad latente y esa inocencia sacrificada. No, no es posible mirarse en el rostro de uno, sino en el rostro único que sublime todas las impotencias, todas las frustraciones. En el rostro del ídolo. En el retrato de Marilyn Monroe, el sueño de una pureza jamás tocada, jamás herida. Muerta ella, como en el retrato de Dorian Gray, descubrieron sus rostros monstruosos; porque ahora seguirían vivos, pero huérfanos de dioses.

Es que ella había sido el mito perfecto; el ídolo rodeado de un halo de candor y sensualidad; una simbiosis perfecta. También había visto bien en la Fox cuando imaginaron para ella un nombre que sintetizase la *carne* de Jean Harlow, la *expresión* de Marilyn Miller y, según este patrón fabricaron para ella una historia de cenicientas. Era el tipo americano. Una *good-bad-girl* que es, según Edgar Morin, una "síntesis de la *vamp*, de la enamorada y de la virgen". "La *good-bad-girl* tiene un *sex-appeal* igual al de la *vamp* en la medida que se presenta bajo las apariencias de la mujer impura: vestidos ligeros, actitudes audaces y cargas de sobreentendidos, profesión equívoca, amistades equívocas. Pero al final del film nos revelará que ella ocultaba todas las virtudes de la virgen: alma pura, bondad natural, corazón generoso"...

Claro que los griegos tuvieron además sus dioses indómitos —Prometeo— y los cristianos sus ángeles rebeldes, expulsados del Paraíso. Condenados ambos a vagar en una zona intermedia de castigo: ni en la gloria infinita del Olimpo-Cielo, ni en el escarnio absoluto del Infierno-Tierra. Lo que sus fabricantes no imaginaban es que en Marilyn también latía un espíritu complejo, un alma rebelde.

Buscó nuevos contactos. Arthur Miller, el Living Theatre. Otro destino. Construir su propia historia y no la que habían amasado a costa de su carne y de su sangre inmoladas. "Todo el mundo está tironeando de una. Todos parecen querer un pedazo, pero una mujer quiere seguir intacta y parada sobre sus pies. La fama es una carga especial que bien puedo notar ahora. No me interesa ser atractiva y sexualmente incitante, pues lo que ello trae es un yugo." Y más adelante: "Es agradable formar parte de la fantasía de la gente, pero también es bueno ser aceptada

como una es. Yo no me miro a mí misma como un artículo de consumo, pero creo que muchos lo hacen. Incluso cierta empresa que no voy a nombrar." Y esa empresa terminó despidiéndola de sus estudios, interrumpiendo la filmación de su "última película", también como la que se ve en Buenos Aires, el fin de un mito. Dos meses después, Marilyn Monroe transitaba por el camino de los barbitúricos...

Pero seguirían tironeando de ella. Menos de un año más tarde, la misma Fox que la expulsó de los estudios recopilaba, en su "homenaje" fragmentos de las trece películas protagonizadas por ella exclusivamente para la empresa. En los entreactos, los tics, los estereotipos, los mohines falsos, los gestos estudiados, repulsivos, del relator —Rock Hudson—, el almibarado texto de Don Medford eran más que suficientes para delatar la fariseica generosidad de esa cripta grotesca, a la que Marilyn renunció deliberadamente un 6 de agosto de 1962.

LA POESÍA DE OLGA OROZCO

Por Enrique Molina

El núcleo inicial de la poesía de Olga Orozco es un paisaje solitario y vasto, en la región de arenas donde transcurrió su infancia. En esa grandeza desierta se mueven seres entrañables, de proporciones gigantescas pero que siempre se alejan dejando una estela de ternura, una resonancia secreta que no cesa jamás. El cielo y la tierra se confunden, los objetos flotan en un espacio donde la refracción del aire crea un mundo doble, una realidad de espejismos. Cada ser, cada cosa, linda allí con el horizonte, emerge a medias hacia lo visible, su otra mitad se prolonga en una dimensión insondable. Los sonidos, los colores, los cuerpos se ahondan en ese vacío que todo lo devora, se tornan imponderables, pasan a través de los muros, circulan con el rastro indeleble *de un país abismado con el mundo bajo las altas sombras de mi frente.*

Ese paisaje inicial es el de La Pampa, donde nació Olga Orozco, pero medido con el asombro y los mitos de la infancia, que lo tornan inaudito, lo transforman en una extensión desmesurada, un mundo desamparado y fascinante que a veces *era sólo un llamado de arena en la ventana,* un fondo de océano seco calcinado por el sol, que ondula con el viento de los sueños y del que se alzan mariposas y estrellas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mezcladas con las pelusas errantes del cardo. Tales experiencias crean un sentimiento melancólico, oscilan entre el terror y el milagro. No hay animales allí, apenas alguna vez *el golpe tormentoso de la piel del lagarto,* algún pájaro detenido en el aire, algún sulky con un caballo que se disuelve como si fuera de humo. Las gentes surgen como apariciones, están en el umbral de otra realidad que las reclama constantemente con la memoria del Paraíso. La soledad, la desnudez de esa llanura de médanos es sólo el reverso de una plenitud entrevista, o mejor aún, recordada, del otro lado de ese umbral. En torno hay un país polvoriento, envuelto en lianas y follajes secos: *el rumor apagado de las hojas sobre la juventud adormecida,* o *la hiedra cenicienta que sostiene el verano,* todo eso que es apenas *un leve polvillo de violetas cayendo inútilmente sobre olvidadas fechas.* País cautivo bajo *la paciencia inagotable de la hormiga* y por el cual la memoria vaga sin límites, con un sabor cósmico y legendario.

Desde lejos, el primer libro de Olga Orozco, es la conquista de un tiempo perdido y rescatado del sueño, un retrato que fluye como una corriente con la imagen de *la niña clara y cruel de la alegría coronada de flores polvorientas.* Poesía que se extiende con largas nervaduras, con grandes ritmos, que confiere a las cosas una especie de trascendencia mágica, torna rituales los gestos, despliega sin cesar escenas entrevistas en el fondo de la reminiscencia y el exilio. Un universo surgido de lo profundo de la memoria, pero de una memoria que tiene siempre el carácter de un presente total, tiñe con un resplandor vivo cada nueva sensación, hace desaparecer el tiempo, funde pasado y presente en una ardiente melodía vital, lo transforma todo en pasión.

El tono elegíaco, lleno de ecos profundos como los que suben de un aljibe hasta el oído de la infancia, *como el rumor del musgo en las mejillas de aquella niña incierta de leyenda,* se transforma después. Deja de ser la nostalgia de un pasado desvanecido en la vastedad de la arena para convertirse en la ardiente interrogación de un corazón, no ya arrancado a un melancólico paraíso infantil envenenado por la magia, sino enfrentado al vértigo de su condición humana. En adelante esa poesía deja de estar cautiva *tras un cerrojo de lianas y de hiedras.* Aquella primera semilla de nostalgia crece y estalla, da paso a la avidez de una existencia a la que se reclama su pureza del primer día. Se transforma en una exigencia que reclama de cada latido su verdad total de sangre y de infinito. Ahora esa poesía es nostálgica en el sentido en que lo son *Las flores del mal,* en que Maldoror es la expresión suprema de la nostalgia. La verdadera vida está lejos. La intuición de esa carencia es una provocación constante que puede resolverse en un humor desesperado o en la consigna de Rimbaud de cambiar la vida.

En los libros que siguieron, *Las muertes* y *Los juegos peligrosos,* la visión poética de Olga Orozco extiende una y otra vez su insaciable ola, ese rumor de abismo, ese movimiento unánime de todo, pasión, destierro, sueño, realidad, perdición y presencia, adioses y ahora. Esa alta tensión que da la medida de un alma, su intensidad, su entrega

de pasión por todo lo imposible,
por cada soledad,
por cada tierno brillo destinado a morir,
por cada frágil brizna movida por un soplo de belleza inmortal.

Incluso ese pasaje de un reino de infancia al sentimiento de una existencia no degradada, entrevista como un don irrenunciable y condenado, se torna lúcido:

Mi sueño no es ahora un recuerdo de gestos marchitos desasidos,
ni un árido llamado que asciende ásperamente las cortezas,
es un clamor perdido...

O bien:

¿Cómo encontrar bajo invencibles lianas
esa respuesta a un alma que interroga incesante,
ese lugar perdido para una oscura forma cuyos lindes se borran,
prolongándose en lágrimas, en huellas, en ademanes vagos, en [nombres
tan inciertos para el amor y el odio...?

Rozo apenas los temas esenciales de una obra poética cuya unidad es ejemplar. Su energía de pasión fusiona en un punto único el mundo interior, las cosas y "los otros", realizando simbólicamente la presentida unidad del mundo. Cada uno de sus poemas se despliega como una constelación de todos los elementos, como un vínculo de todos los planos de la realidad, aunque resuene en ellos la misma pregunta infinita: *¿Quién soy? ¿Y dónde? ¿Y cuándo?,* y sean la expresión de una extrañeza esencial, que es sólo la evidencia de que *la tierra en algún lado está partida en dos.* Su poesía es la conciencia de esa fractura, inaceptable como la muerte, y al mismo tiempo, su solución, el ámbito en que toda antinomia desaparece. La misma Olga Orozco nos revela su secreto, la clave de su identidad en este planeta terrible y adorable: *Yo elegí los delirios, las magias y el amor.* *

* Palabras pronunciadas en el acto de entrega a Olga Orozco del Gran Premio de Honor instituido por la Fundación Argentina para la Poesía (agosto/72).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

UNA EPOPEYA NARRADA POR MARTA LYNCH

Por Fina Warschaver

La literatura es la obra que tiene el poder de hablar por sí misma a través de una percepción de la realidad, externa e interna, objetiva y subjetiva. La obra es el resultado de la simbiosis entre la época y el autor. Pero ello no quiere decir que admitamos sólo las teorías finalistas sobre los objetivos del arte y su reducción exclusiva a una función utilitaria, porque ello significaría el peligro de aceptar las premisas de un arte dirigido. Lo social es todo lo que el hombre manifiesta en sus múltiples facetas. Y el reclamo virulento de una literatura y un arte militantes puede soslayar los derechos del autor a su libertad de elección, a su forma singular de reaccionar frente a los fenómenos del mundo. Los hombres son el hombre. Y es esta pluralidad lo que hay que rescatar si no se quiere reducirlo a una unidad ficticia, a un concepto abstracto que, en lugar de abarcarlo, lo conduzca a la uniformidad.

Hemos podido constatar que el soldado —que vive una experiencia épica— es un lírico por naturaleza, un lírico que se evade de la actitud bélica con el recuerdo, con la carta, la fotografía, el diario o la canción que lleva en su mochila. Es el desquite de su condición humana. Y entonces uno se pregunta si para él no es más útil un poema lírico que un poema épico. El soldado, condenado a vivir o matar, vuelve a las impresiones frescas y hondas de su infancia y de la vida civil. También el combatiente actual es un lírico que lleva en su mochila el poema de un ideal.

Desde su primera obra, Marta Lynch ha optado por el tema político. Y preconiza ahora la necesidad de una literatura militante que responda y registre las luchas de la hora actual. Pero lo singular de este momento histórico es el estado de guerra generalizada (aunque no declarada) que pareciera confirmar aquella fórmula de Clausewitz de que la guerra es la consecución de la política por otros medios. Marta Lynch acepta el desafío de la época al abordar, en *El cruce del río*, la acción de la guerrilla. Y si las literaturas de las dos contiendas mundiales, de la guerra civil de Rusia y de España, nos habían revelado

los aspectos salientes de los frentes de batalla de nuestro siglo, la novedad de *El cruce del río* es que nos acerca el panorama de la lucha al contexto geográfico y humano del suelo americano. Es que América ha entrado en la liza de la Historia Contemporánea con el episodio más resonante de los últimos años protagonizado por la campaña del Che Guevara y sus hombres. Se trata de un ejército irregular, clandestino, y lo extraño e irreal de este ejército es que objetivamente no exista ni sea reconocido como tal. Parece vivir en un tiempo alterado en su cronología, en su geografía, en su identidad biológica: el hijo antecede al padre, lo nuevo corta los lazos con el pasado y hasta la acción parece anticiparse al pensamiento. Así lo siente Marta Lynch. En la obra, dividida en dos partes, la primera, titulada "El río", toma al hijo, Pablo, como centro, mientras en la segunda parte, titulada "La madre", ésta asume el papel protagónico.

La novedad de la primera parte, en sí misma una obra completa, es esta evocación guerrera en suelo americano. Es cierto que hay relatos sobre el tema pero no conozco una obra orgánica de tan sostenido aliento y en estructura de novela. Es de señalar también que la mayoría de las obras de guerra han sido escritas por protagonistas directos de ellas. Tanto más es de admirar cómo Marta Lynch supera las dificultades de la evocación y ambientación, la autenticidad de lo narrado, su identificación apasionada con el asunto tratado, la tensión e intensidad crecientes del relato, la riqueza de sus inflexiones, la minuciosa progresión con que lo lleva al clímax épico del holocausto final, la unidad estricta de tiempo y espacio, de forma y contenido. Aunque no se den las motivaciones ideológicas de la lucha, la austera conciencia del sacrificio de esos hombres revela su condición de revolucionarios. No es la vida del vivac exaltada por D'Annunzio, ni es el soldado romano de Spengler que muere como un autómata porque se han olvidado de relevarlo. Lo que conmovió al mundo fue el sentido moral de esa muerte afrontada como acto de protesta y rebeldía, como un llamado a la conciencia de los hombres. Fue pues un acto de libertad. Tal lo que trasunta la obra sin una formulación explícita.

Esa marcha insistente, "nosotros hemos decidido caminar porque caminar es una forma de la guerra", cien veces renovada a través de un territorio mudo, es una especie de bajo continuo sobre el cual se inscribe el conflicto de la huida en medio del cerco de las fuerzas represivas: "...el juego suele darse sólo entre perseguidos y perseguidores". El marco del altiplano árido, ascético, impenetrable, es un personaje primordial del relato. Y esa prolongación del tiempo en el sufrimiento sin respiro, sin fin. "Hoy, hace mil años, Rafael abría la marcha..."

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Una palabra del pasado surge en nosotros: resistencia. Porque la palabra resistencia fue la palabra contra los invasores hace un cuarto de siglo. Y nos damos cuenta de que el tiempo ha pasado y que otra generación, en otra forma, retoma también la lucha contra otra ocupación y otros invasores. La marcha continúa, es el verdadero río de la historia, esa marcha aferrándose al suelo, al peñasco, en una vida larval del grupo humano reducido a sus necesidades mínimas, en la descarnada situación límite entre la vida y la muerte, en que la vida se reduce a un presente sin pasado y sin futuro. "¿Quién ha dicho que es posible imaginarse el día siguiente? Se llega a imaginar la acción; se rompe la fina película de hielo sobre la que se nos ha enseñado a caminar; fuera la costra, dar a luz ese deseo de violencia que lastima la buena voluntad de cada día y la envidiable conformidad de otrora." El presente del soldado configura, así, una nueva realidad dolorosa, otra vida fuera de la vida de las normas, una rebeldía tácita contra el conformismo del pasado y la incógnita del porvenir. No es la actitud heroica de los apologistas de la acción por la acción misma. "Los hechos te hacen héroe." Es cierto. Y no es el dogma del heroísmo sin embargo, sino esa vida de sufrimiento asumida por el combatiente. "Hincado, hundido en la tierra, uno se dispone a proteger la vida y sin embargo se piensa en las cosas habituales, la forma de lavarse el cuerpo..." "Esa larga perplejidad que era, hasta ahora, la participación en la gloria."

Marta Lynch compone un cuadro impresionante del encuentro y combate final que cierra el drama con el exterminio de los revolucionarios. La muerte tiene así un sentido, el sentido del holocausto voluntario. Y es el silencio de los muertos lo que habla a la conciencia de la humanidad. Sin grandilocuencia, pero con profundidad de epopeya.

Después de esta cadencia final, el paso a la segunda parte de la obra, "La madre", se hace difícil y por momentos desconcertante, por el contraste brusco que nos propone entre los dos mundos, el de la lucha, tan dramático, y el vegetativo y cotidiano, tan intrascendente. Pero, sobre todo, porque su realización mediante el recurso de un realismo lineal y cronológico altera el tono general de la obra. Y uno se pregunta cómo de esos elementos surgirá la toma de conciencia de la protagonista. Admitimos que en un movimiento contrastante no puede existir el mismo clima, la misma dinámica, pero debe subsistir el espíritu conductor que lo lleve a la obtención de la finalidad perseguida. Este proceso de la toma de conciencia debe ser necesariamente emocional y motivado. Los componentes de una contradicción, lo antagónico, son partes de una totalidad. Aquí, en cambio, aparecen dos obras distintas y no dos partes contrastantes de una obra única. Los acontecimientos no

son significantes para la toma de conciencia, salvo en las páginas finales, cuando la madre se encuentra ante el hijo muerto. No queda claro, pues, cómo de una Argentina inmersa en los tejemanejes de la política tradicional, de su insalvable frivolidad, la madre será la continuadora de su hijo. Porque en ella faltan, en el transcurso de su vida, los estímulos afectivos y humanos que son el punto de arranque de cualquier actitud revolucionaria. Sin embargo, después del impacto producido por la muerte del hijo, la madre, despojada de todo, anuncia que sabe ya lo que tiene que hacer. ¿Nos dará Marta Lynch, en una obra posterior, la tercera etapa de este proceso, como pareciera insinuarlo la dedicatoria que encabeza el libro? En tal caso será la lucha de ideas que inspira toda acción.

LOS PEQUEÑOS SERES

Por Raúl Gustavo Aguirre

Publicada por vez primera en 1959 *, esta novela reveló a uno de los mejores novelistas venezolanos de la joven generación. Nacido en 1931, Salvador Garmendia ha escrito ya dos libros de cuentos —*En el parque* y *Doble fondo*— y cuatro novelas: *Los Habitantes, Día de ceniza* y *La mala vida*, aparte de ésta cuya reedición se publica ahora en una serie que se propone, con su bajo precio, llegar a un vasto público.

Con *Los pequeños seres*, Garmendia introduce definitiva y decisivamente la novela psicológica en la literatura venezolana. Con una prosa de singular pureza y flexibilidad, dúctil para expresar finos matices del relato, emprende aquí el análisis de una conciencia como método narrativo. Es, en cierto modo —como en Joyce, como en alguna novela de Bioy Casares, como en algunos intentos de Eduardo Mallea—, el examen de un día en la vida de un hombre, pero a través de esta odisea subjetiva se encadenan y vienen a cobrar sentido los motivos centra-

* Salvador Garmendia, *Los pequeños seres*, Caracas, Monte Ávila.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

les del argumento: una fugaz recuperación de la auténtica existencia justamente en *el extravío*, en un hombre —un hombre como vemos todos los días, quizá en el espejo— cuya vida "normal" es justamente la enajenación, la rutina de las convenciones sociales, el amor institucionalizado y perdido, la mezquina ansiedad por un pequeño sitial más alto en la escala de la burocracia.

Con recursos honestos, pero brillantes, Garmendia obtiene en estas páginas un singular modelo de unidad narrativa, algo así como un relámpago silencioso, pero vívido y amenazador, que irrumpe en la monotonía cotidiana para iluminar el rostro yerto de los pequeños seres, de las pequeñas vidas prisioneras detrás de los muros que han levantado para protegerse contra los misterios y los sobresaltos de la existencia.

PAREDES Y VIOLENCIAS

El poeta Osvaldo Rossler elige como tema para su primera novela la época argentina más dramática de su historia: la que estamos viviendo. Dos jóvenes han escrito sobre *Paredes y violencias* las notas que van a continuación.*

ESE SONIDO DE VERDAD

Por Milton Rodríguez

Señalo de antemano que quien escribe estas líneas es una persona de 22 años. No trato de justificarme sino simplemente de poner en claro que lo que yo pretendo no es la confección de un comentario sobre la novela de Osvaldo Rossler *Paredes y violencias*. Para tal cometido acaso me faltan formación o edad. De lo que puedo estar seguro es de ciertos sentimientos, de ciertas certezas que precisamente las ha convocado dicho libro. No creo de un modo fanático en la literatura. Me

* Osvaldo Rossler, *Paredes y violencias*, Editorial Losada.

agradan y me tientan algunas de sus perspectivas, pero no sé hasta qué punto la literatura tomada como un modo absoluto puede derivar en una deformación.

Hay un estilo literario, una manera de operar con la literatura que han concluido en un campo cerrado. Concretamente, cierta literatura contemporánea obedece al deseo de practicar un puro ejercicio de lenguaje. Esto se deduce de la lectura de textos y de las entrevistas hechas a algunas figuras encumbradas del momento actual.

Y bien, el lenguaje —radical instrumento de trabajo— debe ser una de las metas, no la única. Esa insistencia en merodear y en acosar el instrumento y no el fin último de ese instrumento puede correr el grave riesgo de enemistarse definitivamente con la realidad.

De acuerdo con las declaraciones de algunos novelistas latinoamericanos parecería que la "novela de lenguaje" es un invento de ellos. La novela, en verdad, ¿no fue siempre antes que nada un problema de lenguaje?

Cuando Rossler, en diversos pasajes de su novela, se entrega a la creación de imágenes —centenares de ellas pueblan las 344 páginas—; cuando para narrar los sueños del protagonista u otros procesos íntimos, intensifica el orden poético, el ritmo de las frases, ¿no está resolviendo y culminando obviamente la cuestión del lenguaje

El protagonista de *Paredes y violencias*, en el tercer capítulo plantea las opciones, traza el panorama de quien intenta la aventura de escribir: "Entro en otro café. Quisiera escribir, ordenar algunas de las mil palabras de que dispongo: carne, violencia, orígenes, espacio, isla, nacimiento, calle, materia, noche, habitación, orillas, mordedura, realidad, costumbre. La cuestión es unirlas de una manera válida, emocionante. Aquí, entre estas paredes impersonales podría comenzar con mi ajedrez de letras, con mi sentimental albañilería, con mi guitarra bajo tierra. A ver, empecemos ya con el deporte soberano de arder con una frase, de investigar los pozos donde sobrevuelan los fantasmas de la niñez. ¡Los yacimientos locos! ¡Ese petróleo de la sangre! Cada palabra responde por un dibujo, por un sonido, por una explosión. Cualquiera sirve para revelar mi cara, recomponer mi atmósfera, llenarse de ternura y odio. Hay que tener paciencia, hay que seleccionar, tratar a las palabras como cuerpos y en el momento justo arrojarse de cabeza aunque los huesos se rompan y la carne se incendie."

He aquí una exposición vital de existencia, una ardiente ecuación entre palabra y vida, y simultáneamente una estética, una declaración de principios que vale para toda una obra. Se trata, claro está, de unir

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

válidamente las palabras. Se trata de que respiren, de que penetren con abierta limpidez en la conciencia del lector. Ese propósito únicamente se obtendrá con sostenido ritmo interior, con desgarradura, con esa violencia que sin duda es la que da sentido verdadero al título de la novela.

Así, y solamente así, es como se alcanza ese sonido de verdad, ese sonido opuesto al de la literatura a secas. Yo, lector, no crítico de oficio, en *Paredes y violencias*, más allá de los múltiples conflictos que exhiben sus criaturas, del contenido autobiográfico, de la pintura ciudadana, de los distintos planos —social, político, individual— en que se manifiesta la obra de Rossler, hallé ese acento, ese "sonido de verdad" que me parece lo más sustancial que puede dar una obra literaria.

SALTAR EL CERCO

Por Rodolfo Rabanal

Cuando Carlos Fünkel se larga a caminar bajo la lluvia, percibe que un impulso ajeno a su voluntad lo empuja a empaparse, a sentir sobre su propio llanto el llanto mayor del aguacero. Está solo —exiliado en sí mismo por vocación de martirio— y escoge ese estado (escape agridulce de todo romántico) con la fascinación y el espanto de quien bordea un abismo sin atreverse a saltarlo. En ese momento, la novela *Paredes y violencias*, primera incursión en el género del poeta Osvaldo Rossler, intenta abordar lo definitivo, pero desafortunadamente no lo hace; prefiere el equilibrio, la compensación del justo término, y alarga la madeja de su historia hasta un final epilogado que no debió existir. Es que cuando se esperaba ya el aniquilamiento del asco burgués (pregonado en escenas claves y llenas de tensión y *pathos* como la del almuerzo con los Parodi), éste no ocurre, se soslaya y evita, restándole fuerzas a un narrar compacto.

El día que se me solicitó este trabajo pensé que descifrar las claves de una novela parece jugar con trampas cuando quien lo hace conoce de cerca a la persona del autor. Carlos Fünkel, indiscutible identidad dramática de Osvaldo Rossler, no tiene sin embargo toda la fuerza de la que es capaz el hombre Rossler; si en su vida el autor se atreve a amar y a odiar, Fünkel en cambio se contenta degustando frustraciones. *Paredes...* incurre así en esa agonía, desnuda las represiones que asolan

a muchos que hoy pasaron los treinta años y viven, entre el tedio y el asombro, en la geografía vulgar y deslumbrante de Buenos Aires.

Como impulsivo, Fünkel, el periodista y poeta, está siempre a punto de concretar el golpe de su vida; como dubitativo, vive postergándolo eternamente. Es un hombre que sueña parodias cruciales en las que el estigma de Freud pone en descubierto su complejidad erótica acuñada en la represión de un medio deformante. La duda y el desprecio caracterizan la relación con su esposa, una mujer impasible, pintora mediocre, voluntariosa, perfecta ama de casa. No se sabe, por momentos, si Fünkel terminará por abandonarla para echarse en los brazos de un adulterio estupendo, casi doble, casi homicida, y vagamente homosexual: Mara, la mujer de Manuel, su mejor amigo, le ofrece esa opción difícil. Por lo visto, no hará ni una cosa ni la otra; Fünkel es un niño, un rebelde edípico que sabe jugar al lobo estepario —acaso honestamente— sin descuidar las prevenciones de un pequeñoburgués de Buenos Aires. Uno de sus ejes anímicos es el sentimiento (que todo lo ablanda), otro es el moralismo (que todo trata de justificar), y en el fondo, o en el medio, es capaz de olvidar un agravio por un rato de ternura. Es por eso tal vez que no deja a Graciela ni aborda a Mara: la costumbre, la seguridad de una caricia después de una reyerta. Mara, en cambio, acarrearía lo insólito, la dura pasión de un ser dominante (Mara lo es), sereno, con el sedicioso encanto (para Fünkel) de una madre-hembra, de una hija-mujer. Cuando ella enviuda, Carlos la besa en la frente. Su actitud angélica, amistosa, no es más que la castración violenta que el suicidio de Manuel le impone al enamorado secreto.

Curiosamente, Rossler transfiere las valentías y determinaciones que no tiene Fünkel a su contraparte, que es Manuel —último romántico, hecho añicos por esperar del mundo lo que el mundo no puede dar—. Y Manuel termina el gesto que Fünkel es incapaz de acabar: se mata.

Esta novela de Rossler tiene sin duda otros cuantos flancos por donde abordarla a fin de mostrar su riqueza, su cosmovisión tumultuosa, pero personalmente he preferido destacar lo que me pareció medular. Las secuencias del mundo político señaladas a través del gremialismo, por ejemplo, sería uno de ellos. La parafernalia del periodismo como profesión descastada y ubicua, sería otro. Hay también el conflicto racial o el descubrimiento tierno de Buenos Aires (inmejorable la secuencia del Club Italiano), aunque a veces, una incomprensible vocación didáctica, declamatoria y principalista estropea algunos pasajes. No hablaré de los méritos de la prosa, porque sería martillar en lo obvio, y es en general irreprochable aunque contenga imágenes poéticas donde hubiera debido haber sequedad.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Por último, *Paredes y violencias* tiene la virtud de leerse de cabo a rabo, acaso debido a su ritmo, tal vez porque la vacilación existencial de Fünkel irrite; o quizá por las dos cosas. Esa virtud parece convocar a una segunda parte donde al fin Carlos Fünkel resuelva una ecuación ineludible: la distancia que media entre la tristeza y el dolor es tan grande como aquella que separa al bienestar de la dicha; creer que los cuatro caminos pertenecen a un mismo circuito es, por lo menos, una ingenuidad. Un día, Fünkel, o como se llame entonces, habrá de saltar el cerco, y estoy obligado a creer que Rossler le dará el empujón.

MÚSICA INDÓMITA

Por Miguel Grinberg

Dentro de la estructura industrial de los medios de comunicación, el negocio del disco representa una de las facetas más significativas de los mecanismos aplicados a sustraer la atención general de todo lo que constituye la realidad. Se puede aceptar la música de esparcimiento, hecha con calidad, pues el esparcimiento es una necesidad humana. Pero el negocio del disco va más allá, pues tiende a institucionalizar la mediocridad, la tontería y la evasión. La mala música comercial, denominada "complaciente", carece en la Argentina de elementos creativos, y se manufactura en base a un ritmo primitivo y a letras de extrema pobreza imaginativa. Un Burt Bacharach —en EE. UU.—, por ejemplo, compone música altamente comercial, pero sus melodías tienen cierta calidad y sus románticas letras se diferencian bastante del producto infradotado que aquí se fabrica, e impuesto masivamente a través de la radio. Volveremos a hablar más extensamente de este tipo de contaminación auditiva.

De todos modos, durante los últimos seis años se ha desarrollado en nuestro país una corriente musical que los entendidos definen como "progresiva", y que nosotros denominamos Nueva Música Urbana. El tronco principal de esta corriente realiza sus creaciones tomando como base el

ritmo de rock o de blues, lo cual —contrariamente a lo que sostienen ciertos opositores prejuiciosos— no es un acto de mimetismo o de imitación. Sostenemos que se trata de música argentina, compuesta y ejecutada por músicos nuestros, tan válida como una ópera, una sinfonía o una suite, en resumen, el ritmo al cual se recurre es secundario, lo importante es lo que se expresa. Asimismo hay expresiones *progresivas* dentro del folklore argentino (Domingo Cura, por ejemplo) y dentro del tango. La Nueva Música Urbana abarca también a los compositores de música electroacústica. Quienes sostienen que es "argentino" únicamente lo que tiene algo que ver con el tango, la baguala o la milonga, no peca sólo de prejuicioso sino de ignorante. La Era Electrónica plantea exigencias netas y de nada sirve aferrarse a formas musicales rígidas que pertenecen a eras superadas. De ningún modo negamos las valiosas tradiciones musicales argentinas, pero tampoco aceptaremos que se nieguen las creaciones de aquí y ahora, en cierta medida potenciales tradiciones del mañana. Los innovadores del folklore y del tango son tan conscientes de las necesidades expresivas actuales como los jóvenes que crean a partir del Rock. La música es un medio de comunicación, de fraternidad, no un casillero.

La discografía reciente en el plano indómito aporta nombres y actitudes válidos para nuestra Nueva Música Urbana, aun en el caso de quienes se nutren en cauces tradicionales. He aquí algunos títulos:

CUARTETO CEDRÓN (Phonogram). Cedrón, Praino, Stroscio y Sarraute rescatan para la expresión porteña un sonido al mismo tiempo de siempre y nuevo, esto último acentuado por el aporte poético de Juan Gelman. Esta placa los expone en versiones cantadas e instrumentales, todas intensas y sugerentes, caso *El oscuro de flores* o *A Lola Mora*. En verdad, más que "progresivo" debería decirse "posesivo", absorbente, cabal.

EL ACUSTICAZO (Trova). Música acústica puede ser rock o blues hechos sin instrumentos eléctricos, es decir, guitarras acústicas, percusión, flautas, etc. Este es el primer álbum grabado "en vivo" con intérpretes de esta corriente, destacándose Raúl Porchetto, Litto Nebbia (aquí con Domingo Cura), Miguel y Eugenio, etc.

HUINCA (Trova). Si bien este cuarteto se disolvió, queda como testimonio musical de cuatro jóvenes músicos de Baires en un momento de transición, con temas para recordar.

PAPPO'S BLUES 2 (Music Hall). Segundo LP de un guitarrista intenso, Pappo, con apoyo de batería y bajo. El trío se funda en la personalidad abrupta del titular, cultor de un estilo en torbellino permanente.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

AQUELARRE (Trova). Un cuarteto con músicos provenientes de formaciones disueltas, en un esfuerzo por ir más allá de los lugares comunes del género, en especial los arreglos y el encuadre poético.

DESATORMENTÁNDONOS (Microfón). He aquí al trío Pescado Rabioso (Spinetta-Black-Bocón más Cutaia) en un poderoso alarde de imaginación y emotividad, descarnada a veces, honesta siempre.

Están además otros conjuntos: *Color Humano, Piel de Pueblo, Arco Iris, Vox Dei,* y nuevas formaciones de la Capital y el interior. Rodeados por una hostil maraña de mediocridades, pero enfocados en una latitud donde sólo los creadores prevalecerán.

NOTICIAS

—UN GRAN PREMIO PARA GARCIA MARQUEZ. El colombiano Gabriel García Márquez recibió el II Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos (22.700 dólares) por *Cien años de soledad*. La distinción se acordó en Caracas a fines de julio. El concurso correspondía al último quinquenio de novelística hispanoamericana y lo patrocinó el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes de Venezuela. En 1967 Mario Vargas Llosa ganó el primer premio.

—TESTIGO 7. Para presentar este número se realizó un acto en la antigua galería de arte Nexo, actualmente sede de la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos (Viamonte 458), el 7 de julio. Se refirieron a la revista y la citada entrega el arquitecto Jorge A. Togneri y los escritores Miguel Grinberg y Oscar Peyrou. El actor y director de cine Fernando Siro leyó los poemas que aparecen en el número 7 y el grupo La Canción Permanente, coordinado por Poni Micharvegas, cantó canciones de su repertorio.

—LIBRE, REVISTA CRITICA DEL MUNDO DE HABLA ESPAÑOLA. En setiembre/71 apareció en París esta nueva revista trimestral, de la cual conocemos los dos primeros números. Cada entrega cuenta con un director distinto: el primero es Juan Goytisolo; el segundo, Jorge Semprún. "En la actual división del mundo en bloques rivales, *Libre* se propone luchar contra la injusticia fundamental del sistema capitalista, particularmente en su bárbara explotación del Tercer Mundo, así como ha de luchar por la libertad de expresión y la auténtica democracia toda vez que le parezcan amenazadas dentro de cualquiera de los países socialistas." "Los escritores agrupados en torno a *Libre* se proponen defender las aspiraciones liberadoras de la época en que vivimos, y en su búsqueda de la más alta libertad intelectual y estética modelada por el ideal revolucionario, someter iglesias y sistemas a una crítica necesaria y purificadora." Textos inéditos o poco conocidos, reportajes y entrevistas, relatos, poemas, documentos, comentarios sobre política, arte y libros, ensayos —en ambos números, excelente—, son la expresión actual de todo lo que un importante grupo de escritores hispanoamericanos buscan reflejar (26, rue de Bievre, Paris 5).

—LA IGLESIA Y EL TERCER MUNDO. "A nosotros, sacerdotes del Tercer Mundo, se nos quiso ubicar como políticos. Es un error, somos sacerdotes y punto." Lo dijo el padre Carlos Mugica (*La Razón*, 3 de agosto/72).

—LA SADE Y LA LEY DEL LIBRO. La Sociedad Argentina de Escritores insiste desde hace varios años en que se dicte en la Argentina una Ley del Libro, con normas referidas a su protección (tal como hacen otros países, por ejemplo España y México). Hay un proyecto en la Subsecretaría de Cultura, que moviliza el eficiente Subsecretario, profesor Horacio Carballal. "Reclamamos —dijo el presidente de la SADE en reciente conferencia de prensa— una política oficial en favor del libro

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

argentino. No se trata de oficializar la cultura; se trata de crear las condiciones de expansión del mismo. Deben actualizarse las técnicas de impresión, abaratando los costos, ampliando el mercado lector, habilitando nuevos canales de distribución. El órgano regulador de esa política debe ser el Instituto Nacional del Libro."

—NOVEDADES DEL CENTRO EDITOR. En estos días aparece, en la colección Narradores de Hoy, la novela *La vida tranquila* de Marguerite Duras, traducida del francés por Alejandra Pizarnik. En la misma serie también aparecerá *El jactancioso y la bella* de Héctor Tizón.

—PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA "MEXICO". La Asociación de Escritores de México y la Organización Editorial Novaro han abierto un concurso para los escritores de habla hispana. El premio único es de 10.000 dólares. Plazo: 30 de abril de 1973 (Filomeno Mata Nº 8, México 1, D. F., México).

—NUEVOS AIRES: NUEVA REVISTA. Apareció a fines de 1971. Directores: Vicente Battista y Gerardo Mario Goloboff. Trimestral. Estudios de crítica literaria (en el número 4 sobre Rulfo, Benedetti, Cortázar, Borges, Puig, García Márquez), documentos, ensayos (Casilla de Correo 1172, Correo Central, Buenos Aires).

—ANGEL LEIVA Y SUS LIBROS. En la colección Poetas de ayer y de hoy, este poeta tucumano, radicado en Buenos Aires, da a conocer su tercer libro: *El pasajero de la locura.* Al mismo tiempo viaja por Europa y escribe un libro más: *Cenizas y señales,* al cual pertenece el poema incluido en este número de *Testigo.* De Leiva dijo Guillermo Ara: "hay algo totalmente infernal en esta poesía, en este despojamiento que hace que la palabra solamente pueda sostener al poeta, como él dice, entre las memorias y el olvido".

—EDICIONES DE LA CASA PARDO. Ya hemos hablado (Nº 5, p. 111) de la antigua Casa Pardo instalada recientemente en el barrio de San Telmo. Además de sus actividades en el comercio de antigüedades, documentos y numismática, en sus salas se realizan actos culturales y de vez en cuando publica libros (muy buenos). Entre los últimos la excelente *Guía bibliográfica de la literatura hispanoamericana,* desde el siglo XIX hasta 1970, por Walter Rela, investigador uruguayo. Otras ediciones: *Ritos caníbales en América,* por Blanco Villalta; *Historiadores argentinos y americanos,* de Vicente Osvaldo Cutolo; un *Martín Fierro* ilustrado por Luis Macaya, etc. (Defensa 1170).

—LA NOVELISTICA ARGENTINA EN USA. Para estudiar *in situ* la obra de los argentinos Manuel Puig y Daniel Moyano, una estudiante de la Universidad de Stanford, Jane Bussey, obtuvo una beca y los entrevistó a ambos. Permaneció en el país tres meses. El trabajo resultante lo presentará a fin de año.

—ORION: NUEVA EDITORIAL. En setiembre de 1972 aparece en la Argentina, con un ambicioso plan de avanzada: contribuir al afianzamiento editorial argentino y a la difusión en el extranjero del libro argentino (Crámer 1941; teléfono: 782-9372, Buenos Aires).

—PREMIO PARA JORGE CALVETTI Y ROQUE RAUL ARAGON. En el concurso de Eudeba ganaron el premio único (un millón de pesos m/n.) Jorge Calvetti, poeta jujeño residente desde hace mucho en Buenos Aires, y Roque Raúl Aragón, ensayista tucumano, por el libro inédito en colaboración sobre *Genio y figura de José Hernández.* Una de las tesis sostenidas en esta obra es que en el gaucho Martín Fierro, el autor

fijó el tono del habla de los argentinos —no sólo del hombre de la campaña bonaerense o de la llanura pampeana, sino del país todo.

—LAS EDICIONES DE MARIO PELLEGRINI. Bajo el sello *Insurrexit* dio a conocer hace un tiempo *La imaginación al poder.* Este título aludía a uno de los slogan más difundidos por los estudiantes franceses en mayo del 68, y efectivamente el libro recogía documentación, desconocida entonces entre nosotros, sobre ese movimiento que tuvo y tiene, guste a no guste, una trasoendencia universal. Mario Pellegrini había estado en París entonces y había podido captar lo más singular de aquellos episodios. Ahora M. P. prepara otro libro sobre la lucha de los estudiantes japoneses —los sengakuren—; aparecerá a fines de 1972.

—PREMIOS DE ARGENTORES 1972. En cine: *Juguemos en el mundo,* de María Elena Walsh y María Herminia Avellaneda. Hubo galardones para teatro, radio y TV.

—GALERIA JORACI AHORA EN DOS LOCALES. José R. Cipolla, director de esta Galería, en Florida 683, abrió otra más a pocos pasos de la anterior: Viamonte 640. Además de su actividad como expositor Joraci ha comenzado la edición de carpetas de arte, con grabados y serigrafías de artistas argentinos.

—EL MUNDO: 144 NACIONES. 72 de ellas obtuvieron su independencia después de la Segunda Guerra Mundial. El continente que produjo mayor cantidad de países libres es Africa: de 4 Estados soberanos hasta 1945, pasó a 43. En Asia surgieron 24 nuevas naciones.

—EL ESCARABAJO DE ORO. Dirigida por el narrador Abelardo Castillo, conocemos una nueva entrega, correspondiente a agosto-setiembre/72, número 45. Una larga vida con los previsibles claros que terminan por abatir a las revistas literarias, pero que felizmente no abaten —ni abatirán, esperamos— a este *Escarabajo* que ya tiene asegurado un nombre en las letras argentinas.

—UN MUSEO DEL TRAJE. Dependiente del Museo Histórico Nacional, pronto aparecerá en una vieja casa del barrio de San Telmo (Chile al 800). En el mismo barrio ya está funcionando el Museo de la Ciudad de Buenos Aires, dependiente de la Municipalidad. Y otro museo viviente: el mercadito de las pulgas de Humberto Iº y Defensa, los sábados y domingos, al aire libre.

—PANICO EN EL PARQUE, FILM LIBERADO DE LA CENSURA. En agosto/72 pudo estrenarse en Buenos Aires esta película de Jerry Schatzberg: una visión desolada, sórdida, desesperada, del mundo de los drogadictos. "Es increíble que haya estado prohibida por la oensura local, cuando es una obra que incluso debería mostrarse a los adolescentes que están ya en edad de poder ser atrapados por este infierno", comentó el crítico de *Clarín,* Juan C. Frugone.

—DOCUMENTOS DE POLEMICA. En setiembre/72 el Centro Editor de América Latina inicia otra colección: correspondencia privada, memorias, documentos públicos, pactos secretos, maniobras diplomáticas. Fascículos de publicación semanal.

—LO LINDO DE BUENOS AIRES: ARTE EN LA CALLE. Cuadros y esculturas exhibidas por sus propios autores, en la "cortada" 5 de Julio, entre Belgrano y Venezuela, los sábados. Es una buena iniciativa del todavía reciente Museo de la Ciudad de Buenos Aires (Alsina 412; director: arquitecto José María Peña).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—NUEVA GALERIA DE ARTE. El 5 de setiembre se instaló en Suipacha 1168 (frente a Rubbers) la galería Serra. La fecha coincidió con su primera muestra: Horacio Blas Mazza, óleos donde resplandecen luces y colores oscuros y suntuosos. Son sus directoras: Diana Bassart, Cristina Serra y Dolores de Estrada.

—JUAN MOREIRA SUPERSHOW. Con este título Pedro Orgambide estrenó en el Teatro del Centro una farsa teatral con la que pretende, y consigue, desmitificar al legendario personaje y cargar la escena de símbolos y alusiones muy bien logrados. Es un espectáculo de ritmo vertiginoso, visual y musical, donde todo alcanza un altísimo nivel.

—PREMIOS DE POESIA 1972. Cuatro poetas cabales ganaron los premios municipales correspondientes a la producción literaria de 1971 en la ciudad de Buenos Aires: Rubén Vela, 1º, por su libro *La palabra en armas;* Carlos Latorre, 2º, por *La vida a muerte;* Julio Arístides, 3º, por *Estar y ser,* inédita; Alicia Dellepiane Rawson, por *El signo de las cosas.*

—CLAUDIO GASTON SEGOVIA, ESCENOGRAFO. Ganó el premio Fundación María Calderón de la Barca, otorgado por la Academia Nacional de Bellas Artes, entre diez artistas invitados (6.000 pesos nuevos).

—DESPUES DE LA CENSURA VUELVE PINTER. En agosto/67 la censura interrumpió las funciones de *La vuelta al hogar,* una pieza de Harold Pinter que se daba en un teatro de Buenos Aires. Cinco años después ha vuelto a la escena, esta vez en el teatro Regina.

—COSMOS BUENOS AIRES, CATORCE AÑOS DESPUES. En 1958 aparecía este poema de Fernando Guibert, ilustrado por Rodolfo Castagna, en edición limitadísima: catorce ejemplares, impresos por Colombo. Ahora la impresora Carrillo lo ha reeditado en un librito de edición común, acompañado de un prólogo de Francisco Luis Bernárdez y de algunos de los comentarios que provocó su aparición, hace catorce años. Bernárdez recuerda que antes de conocer este poema en su edición para bibliófilos había leído *Poeta al pie de Buenos Aires*: "una infinita catarata de amor, pero de amor que, a fuerza de ser ciertamente humano y no capricho deliberado de una pluma, incluía también los contraluces más patéticos de la recriminación y del reproche". Guibert, dice Bernárdez, dio a Buenos Aires "la gran forma perdurable en dos libros que han de vivir más que muchos de los que hoy consideramos invencibles: *Poeta al pie de Buenos Aires* y *Tango*".

—ENCUESTA SOBRE LA SITUACION CULTURAL EN TUCUMAN. El suplemento literario que publica los domingos el diario *La Gaceta* —y que dirige Daniel Alberto Dessein— está dedicado en los últimos meses de 1972 a una valoración de los rasgos sobresalientes y los problemas más importantes en la situación cultural actual de esa provincia. La encuesta, de la que participan personalidades de la misma, indaga también sobre la relación entre la cultura y los problemas sociales y económicos, la acción de las instituciones relacionadas con la cultura y las soluciones que se ven para el futuro.

—MIKIS THEODORAKIS EN BUENOS AIRES. A fines de agosto pudo escucharse a este director y compositor griego, con su breve conjunto de músicos y cantantes. Tan famoso como creador musical y al mismo tiempo como luchador político. De los dos conciertos que ofreció aquí, el más sensacional fue el del Luna Park, ante cerca de diez mil

espectadores: "una de las más auténticas y emocionantes ceremonias musicales que hayan ocurrido en el país", dijo Jorge H. Andrés, crítico de *La Opinión.*

—LOS PERIODISTAS Y MARTIN FIERRO. Para los periodistas que hayan publicado artículos hasta el 31 de octubre organiza un certamen la Fundación Judía Argentina con el auspicio del Círculo de la Prensa.

—MUESTRA DEL FILM DE ARTE. En setiembre y octubre el Fondo Nacional de las Artes patrocinó una serie de exhibiciones de cortometrajes (Teatro Santa María del Buen Ayre).

—LA LIBERTAD DE PRENSA Y EL ART. 212 DEL CODIGO PENAL. Ante la sanción de la ley que incorpora el art. 212 al Código Penal y el cierre de la revista *Primera Plana,* el Círculo de Periodistas de la Casa Rosada se dirigió al Gobierno para expresar su preocupación por esas medidas "que constituyen una inesperada amenaza al ejercicio de la profesión". Por ello, "no compartimos, dice, el criterio gubernativo de que hay plena libertad de prensa en el país" (*La Nación,* 26 set./72).

—EDGARDO GARRIDO, PREMIO NACIONAL DE LITERATURA DE CHILE 1972. El 4 de octubre de 1972 le fue concedido a este escritor la máxima distinción que otorga su país a los escritores. Pablo Neruda ganó este premio en 1945, y el Nobel en 1971, y Gabriela Mistral, en 1951 y 1945, respectivamente.

—PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA AMERICA LATINA. El diario *La Opinión* y la Editorial Sudamericana instituyen por primera vez este premio. Jurado: Julio Cortázar, Juan Carlos Onetti, Augusto Roa Bastos, Juan Rulfo y Rodolfo Walsh. Consiste en 20.000 pesos nuevos; plazo: 15 de marzo de 1973 (*La Opinión,* Reconquista 580, Buenos Aires).

—VICTOR MAX WULLICH. Crítico avezado de teatro y de cine, en los últimos tiempos fue redactor de *Confirmado.* Con Erwin F. Rubens y Sigfrido Radaelli codirigió la segunda época de la revista *Megáfono.* En aquellos tiempos hacía notas y comentarios para la revista *Nosotros;* después, durante muchos años, fue secretario del diario *El Pueblo.* Murió el 19 julio de 1971.

—PROXIMO NUMERO DE "ARS". La perseverante y excelente aventura editorial de I. I. Schlagman dará otro fruto a fin de año: un número especial dedicado al músico austríaco Gustav Mahler (Rodríguez Peña 339).

—CAMBIO DE DOMICILIO: PRIMER LIBRO DE OSCAR PEYROU. Primer libro de relatos, con el sello del Centro Editor, aparecerá en Buenos Aires en noviembre/72.

—HASTA DONDE PUEDE LLEGAR EL FANATISMO. Hasta enviar un cable al Papa Paulo VI acusándolo de "traicionar no sólo los principios de la cristiandad sino también los derechos naturales de los pueblos de todo el mundo" y de "propagar material comunista y ateo". Lo hizo la Liga Mundial Anticomunista al clausurar su VI Congreso Mundial celebrado en México, en agosto de 1972.

—PREMIO DE LA FUNDACION EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA. Al mejor ensayo sobre el pensamiento de Martínez Estrada: lo ganó Jorge A. Giménez Dreller, de Rosario (2.500 pesos nuevos y medalla de oro). El jurado estuvo formado por Horacio Jorge Becco, Mario Ovidio

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Camacho y Sigfrido Radaelli (agosto/72). La Fundación tiene su sede en Bahía Blanca.

—VISITA DEL PROFESOR ANDREU. Estuvo en Buenos Aires en agosto-setiembre. Pertenece al Instituto de Estudios Hispánicos de la Universidad de Toulouse-Le-Mirail y es uno de los redactores de la revista *Caravelle (Cahiers du Monde Hispanique et Luso-brésilien)* que ella edita. El número 18 está dedicado a Puerto Rico.

—JUAN CARLOS LIBERTI. Hizo en Rubbers otra exposición de sus óleos (mayo/72). En la página 39 se reproduce una de sus obras, donde —según señala Rafael Squirru— "despliega Liberti ese virtuosismo en el dibujo, de línea hipersensible, de sombreado minucioso, que adaptado a formas que trastruecan la realidad cotidiana, logra insertarnos en la ambigüedad del soñar y estar despiertos a la vez".

INDICE DE TESTIGO 8

Al lector 1

El ojo fugitivo

Raúl Gustavo Aguirre: Amor en la oficina 3
Bernardo Kordon: El remolino 6
Marta Lynch: La lección de química 13
Pedro Orgambide: Los primeros juegos 24
Alfredo Veiravé: Saqueo 27
Roberto Paine: Cuenta regresiva 28
José Rabinovich: Ojales 30
Angel Leiva: Yo que escuché todos los cantos 32
Willy Bouillon: Una rosa en los ciegos ojos de Nathanael 34
Fina Warschaver: A la muerte de Tania 35
Sigfrido Radaelli: Los cómplices 37
Juan Carlos Liberti: La Gran Dama 39
David Maldavsky: La transmutación intelectual de las experiencias vitales en la narrativa de Borges 40

Viñas de ira

Iverna Codina: La violencia, instrumento del sistema en crisis 47
Miguel Brascó: Humor 55
Miguel Grinberg: Los jóvenes amenazados 56
Enrique Silberstein: Economía y violencia 65
Raúl Aragón: La legislación represiva de la "Revolución Argentina" 69
Gregorio Selser: La autocensura: mentir por omisión 75
Lea Lublin: Blanco sobre blanco 85
Andrew Graham-Yooll: La humanidad herida 86

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El trigo joven

Inés Hosking: Cuentos 88
Claudia Prieto: Cuentos 90
Fernando Sorrentino: Existe un hombre que tiene la costumbre de pegarme con un paraguas en la cabeza .. 93

Libros y espectáculos

Alberto Giudici: Marilyn, el fin de los dioses 96
Enrique Molina: La poesía de Olga Orozco 101
Fina Warschaver: Una epopeya narrada por Marta Lynch 104
Raúl Gustavo Aguirre: Los pequeños seres 107
Milton Rodríguez: Ese sonido de verdad 108
Rodolfo Rabanal: Saltar el cerco 110
Miguel Grinberg: Música indómita 112

Noticias 115

REVISTA DE OCCIDENTE Publicación mensual, fundada por José Ortega y Gasset Director: José Ortega Spottorno Secretario de redacción: Paulino Garagorri Bárbara de Braganza, 12 Madrid, 4	EL PEZ ORIGINAL Revista de la nueva literatura panameña Codirectoras: Griselda López de Romero y Bertalicia Peralta Apartado 129 Panamá, 9-A, Panamá
CUADERNOS DE SON ARMADANS Revista mensual Director: Camilo José Cela La Bonanova Palma de Mallorca (España)	CORMORAN Y DELFIN Revista internacional de poesía Director: Ariel Canzani D. F. F. de Amador 1805, 1°, 5 Olivos (Pcia. de Buenos Aires, Argentina)
SUR Buenos Aires Fundada en 1931 y dirigida por Victoria Ocampo Viamonte 494, 8° Buenos Aires	CUADERNOS HISPANOAMERICANOS Director: José Antonio Maravall Instituto de Cultura Hispánica Av. de los Reyes Católicos Madrid
DIOGENES Revista trimestral Distribuidor: Editorial Sudamericana Humberto I° 545 Buenos Aires	CONTRACULTURA Director: Miguel Grinberg C. de Correo Central 1332 Buenos Aires
TERCERA Publicación mensual O'Higgins 4617, 11°, 126 Buenos Aires	PUNTO CARDINAL Revista de acción poética 534 S.W.6 Court Miami, Fla. (U.S.A.)
ORFEO Revista de poesía y teoría poética Director: Jorge Vélez Casilla 14139 Santiago, Chile	LA TORRE Revista de la Universidad de Puerto Rico Director: Jaime Benítez Ap. X (Universidad) Río Piedras, Puerto Rico
ENSAYO CULTURAL Revista bimestral Chacabuco 1291, 2° B Buenos Aires	CASA DE LAS AMERICAS Director: Roberto Fernández Retamar G y Tercera, Vedado La Habana, Cuba
STROPHES Directeur: Jean Fremon 9, rue de Belfort - 92 Asnieres (Francia)	CUADERNOS DEL IDIOMA Director: Angel J. Battistessa Juramento 2291 Buenos Aires

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL ESCARABAJO DE ORO Director: Abelardo Castillo Subdirección: Liliana Heker Maza 1511, 2º C Buenos Aires	ACTION POETIQUE 16, rue des Capucins Honfleur (Calvados) (Francia)
NUEVOS AIRES Dirección: Vicente Battista y Gerardo Mario Goloboff Pacheco de Melo 2432, 11º C Buenos Aires	PROPOSITOS Semanario dirigido por Leónidas Barletta Av. Diagonal Norte Pte. R. Sáenz Peña 943 (subs.) Buenos Aires
CUADERNOS PARA EL DIALOGO Revista mensual Jarama, 19 Madrid - 2	PUNTO FINAL Política, información, cultura Unión Central 1010, Ofic. 1108 Santiago de Chile
POETIQUE Revue de théorie et d'analyse littéraires 6, rue de Tournon Paris, 6e.	NADAISMO Directores: Gonzalo Arango y Jaime Jaramillo Escobar Calle 24, Nº 4-65, Ofic. 101 Aptdo. Aéreo 16362 Bogotá
IZQUIERDA NACIONAL Director: Jorge Abelardo Ramos Casilla de Correo 323 Correo Central Buenos Aires	AMERICA LATINA Director: Edgardo H. Greco Cangallo 1958, dep. 16, Ofic. 2 Buenos Aires
MOMENTO Directores: Raúl Bustamante, Néstor Condro, Eugenio Mandrini Corrientes 2362, 9º F Buenos Aires	UNO POR UNO Cultura y sociedad Casilla de Correo Central 3149 Buenos Aires
RAICES La revista judía para el hombre de hoy Lavalle 1718 Buenos Aires	NUEVO HOMBRE Director: Silvio Frondizi Corrientes 2080 Buenos Aires

CAHIERS DU MONDE HISPANIQUE ET LUSO-BRESILIEN (Caravelle) 56, Chemin du Mirail 31 - Toulouse - 03 (Francia)	COMUNIDAD Universidad Iberoamericana Av. Cerro de las Torres 395 México 21, D.F.
MACEDONIO Directores: J. C. Martini y A. Vanasco Rivadavia 1711 Buenos Aires	LA PALABRA Y EL HOMBRE Director: Sergio Pitol Ap. postal 97 Xalapa, Ver. (Rep. Mexicana)
ZONA FRANCA Revista de literatura e ideas Director: Juan Liscano Apartado postal 8349 Caracas	MANTRANA 7000 Dirección y coordinación: Beatriz Eichel Güemes 4652 Buenos Aires

LIBROS CON SUERTE

OPERACION MASACRE, por Rodolfo Walsh
Nueva edición de un texto ya clásico de la literatura política argentina (la investigación de la matanza con que se intentó sofocar la insurrección peronista del 9 de junio de 1956), con un nuevo capítulo sobre el "caso Aramburu".

LAS TUMBAS, por Enrique Medina
La mala vida en los reformatorios, como réplica de la lucha de clases, en una estremecedora novela autobiográfica. Un nuevo autor argentino que rompe las barreras de la represión verbal para contar su historia.

JOHNNY FUE A LA GUERRA, por Dalton Trumbo
La novela del año: el guionista de Hollywood encarcelado por el maccartismo hace hablar al increíble Johnny: un pedazo de carne aún viva, restos de un soldado que fue a la guerra y la perdió. Una denuncia ilevantable contra el sistema belicista.

HOTEL FAMILIAS, por Pedro Orgambide
Dos novelas que calan ácidamente en la realidad argentina a través de la crueldad y el humor habituales en el autor de **Memorias de un hombre de bien.**

EDICIONES DE LA FLOR
Uruguay 252 - 1º "B"
Buenos Aires

HISPAMERICA
Revista de literatura
Director: Saúl Sosnowski

4330, Hartwick Rd., Apt. 608
College Park, Md. 20740
U.S.A.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Sigfrido Radaelli
Hombre callado
Poemas
Ilustraciones de Leopoldo Presas
Publicación auspiciada por el Fondo Nacional de las Artes
Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores
$ 5.—

Sigfrido Radaelli
Los rostros y el amor
Poemas
Dibujo de Raúl Soldi
$ 5.—

Sigfrido Radaelli
El hombre y la historia
Ensayos
Premio municipal de literatura
Premio S.A.D.E.
Publicación auspiciada por el Fondo Nacional de las Artes
$ 5.—

Sigfrido Radaelli
La irreverencia histórica
Ensayos
$ 4.50

EDITORIAL SUDAMERICANA
Humberto Iº 545
Buenos Aires

Han colaborado en los números 1 a 8 de Testigo:

Gloria Alcorta, Enrique Anderson Imbert, Abelardo Arias, Carlos Astrada, Roberto Aizenberg, Juan Enrique Azcoaga, Lawrence Alloway, Rodolfo Alonso, Homero Aridjis, Aída Aisenson Kogan, Ronnie Adamson, Raúl Aragón, Raúl Gustavo Aguirre.

Jorge Luis Borges, Antonio Berni, Leónidas Barletta, Silvina Bullrich, Angel Bonomini, Miguel Brascó, Horacio Jorge Becco, Norah Borges, José Bleger, Norberto Berdía, Marta Berlín, Armando Bauleo, Héctor Borla, Brandán Caraffa, Marcos Ricardo Barnatan, Willy Bouillon.

Bernardo Canal Feijóo, Córdova Iturburu, Iverna Codina, Juan José Ceselli, Rodolfo Castagna, Dardo Cúneo, Jorge Cruz, Adolfo Chamorro, Daniel Cherniavsky, Alfredo J. Cossi, Arturo H. Carrera, A. Coyné, E. Cardenal, J. S. Croatto, N. Candegabe, Ariel Canzani D., Hilda Cassini.

Ernesto Deira, Carlos Alberto Débole, Alicia Dujovne Ortiz, F. J. Díaz Alejo.

José Espósito, María Etchart.

Juan Filloy, Macedonio Fernández, Jacobo Fijman, Silvio Frondizi, Arturo Frondizi, Fermín B. Fevbre, C. Fernández Moreno, Aquiles Ferrario, Elsa Fenoglio, Enrique Fernández Chelo.

Raúl González Tuñón, Beatriz Guido, Alberto Girri, Gino Germani Fernando Guibert, Lysandro Z. D. Galtier, Eduardo Gudiño Kieffer, Joaquín Gómez Bas, Francisco García Vázquez, Arturo Horacio Ghida, Jorge Glusberg, Carlos M. Grünberg, Miguel Grinberg, Lucio Gera, Federico Gorbea, Alberto Giudici, Andrew Graham-Yooll.

Otto Hahn, Inés Hosking, José Isaacson, Rocco Incardona, Haydée Jofre Barroso, Roberto Juarroz, Bernardo E. Koremblit, Bernardo Kordon.

Marta Lynch, Juan Liscano, Arturo Lagorio, Héctor René Lafleur, Pedro Larralde, Jorgelina Loubet, Lea Lublin, Jorge Raúl Lafforgue, Lázaro Liacho, Diana Levinton, H. Ernest Lewald, Roy Lichtenstein, Ana Emilia Lahitte, Angel Leiva, Juan Carlos Liberti.

Eduardo Mallea, Leopoldo Marechal, Carlos Mastronardi, Ricardo E. Molinari, Manuel Mujica Lainez, Inés Malinow, Fryda Schultz de Mantovani, Antonio F. Molina, Italo Manzi, María Elba Marchisio, Clara Matzner, Angel Mazzei, Ramón Melero García, Rodolfo E. Modern, José Manuel Moraña, Carlos Mugica, Antonio Monti, Jorge Masciángioli, Thomas Merton, Armand Mattelart, Paulina Medeiros, Kato Molinari, Enrique Molina, David Maldavsky.

Conrado Nalé Roxlo, Beatriz de Nóbile, Horacio Núñez West.

Olga Orozco, Nicolás Olivari, María Rosa Oliver, Carlos Ossa, Pedro Orgambide, Quincoces.

Octavio Paz, Enrique Pichon Rivière, Ulyses Petit de Murat, Juan Carlos Paz, Manuel Peyrou, Lino Palacio, Ildefonso Pereda Valdés, Leopoldo Presas, José Portogalo, Eugenio Pucciarelli, Hugo Parpagnoli, Francisco

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A. Palomar, Alejandra Pizarnik, Marcelo Pichon Rivière, Claudia Prieto, Eduardo Pavlovsky, Jerónimo Podestá, Arturo Paoli, Oscar Peyrou, Roberto Paine.
Jorge Romero Brest, Osvaldo Rossler, César Rosales, Amílcar G. Romero, Perla Rotzait, Erwin Félix Rubens, José Rabinovich, Milton Rodríguez, Rodolfo Rabanal, Sigfrido Radaelli.
Ernesto Sábato, Nelly Sachs, Yorgo Seferis, Raúl Soldi, Luis Seoane, Horacio Salas, Nélida Salvador, Graciela de Sola, Amelia Sánchez Garrido, Fernando Sorrentino, Enrique Silberstein, Gregorio Selser.
Guillermo de Torre, Alejandro Tarnopolsky, Dora de la Torre, Jorge A. Togneri.
Francisco Urondo, Benjamín Uzorskis.
Javier Villafañe, Bernardo Verbitsky, Leonidas de Vedia, Juan Antonio Vasco, Silvia Verbitsky, Klaus D. Vervuert, Hernán Valdés, Alfredo Veiravé.
María Elena Walsh, Fina Warschaver, María Wernicke.
Lisardo Zía, Emilio Zolezzi.

Yo he conocido cantores
que era un gusto el escuchar,
mas no quieren opinar
y se divierten cantando;
pero yo canto opinando,
que es mi modo de cantar.

José Hernández, *La vuelta de Martín Fierro*, I, 61-66.

Impreso en ZLOTOPIORO S.A.C.I.F.
Sarmiento 3149 - Bs. Aires, Argentina

GUÍA BIBLIOGRÁFICA
DE LA
LITERATURA HISPANOAMERICANA
DESDE EL SIGLO XIX HASTA 1970

por

WALTER RELA

CASA PARDO

Fundada el 12 de octubre de 1892

Defensa 1170 Buenos Aires

Servicios especializados en exportación al por mayor y menor.
Búsqueda de obras raras y agotadas. Novedades.
Revistas: Suscripciones, Colecciones completas, Números sueltos.

SOLICITE NUESTROS CATALOGOS MENSUALES

* * *

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar